



Kevin Canty

Todo

Traducción de Damià Alou



Lectulandia

RL, un hombre de cincuenta años que regenta un negocio de pesca deportiva en un pequeño pueblo de EE. UU., se encuentra con June, la viuda de un amigo íntimo, para celebrar el que hubiera sido el cincuenta cumpleaños de su amigo. Tras once años atrapada por el recuerdo de su muerte, June ha decidido pasar página y pone a la venta la casa que habían compartido.

Las cosas también están cambiando para RL: Betsy, una antigua novia, le pide que la acoja en su casa mientras recibe un tratamiento de quimioterapia, y su hija de diecinueve años, Layla, tampoco pasa por su mejor momento. Su relación con esas tres mujeres afecta profundamente a RL; los cambios a los que ellas se enfrentan harán que se cuestione lo que ha hecho durante los últimos años y le empujarán a tomar de nuevo las riendas de su vida.

Ambientada en un pueblo del estado de Montana, cuya belleza y carácter se ven reflejados en los personajes, *Todo* es una novela sobre las segundas oportunidades.

Publicada en 2010, la crítica norteamericana la consideró como una de las mejores novelas del año.

Lectulandia

Kevin Canty

Todo

ePub r1.0

Castroponce 05.05.2017

Título original: *Everything*
Kevin Canty, 2010
Traducción: Damià Alou
Diseño de cubierta: Editorial

Editor digital: Castroponce
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El cinco de julio RL y June bajaron al río, se sentaron en las rocas con una botella de Johnnie Walker etiqueta roja y hablaron de Taylor. El cinco de julio era el cumpleaños de Taylor y hacían lo mismo cada año. Taylor habría cumplido cincuenta. RL había sido su amigo de infancia y June había estado casada con él. Llevaba muerto once años.

Aquel canal lateral había sido uno de los lugares de pesca favoritos de Taylor, pero cinco o seis años antes un distribuidor de cerveza de Sacramento había construido una casa de troncos de veinte habitaciones sobre la ribera, y luego había metido un tractor Cat D6 en el río y había levantado un dique lateral para impedir que su casa cayera dentro del agua. Aquella operación apartó toda la corriente del canal lateral y la condujo hacia el cauce principal del río. Unos pocos pescados grandes seguían merodeando por las profundidades del canal, pero en su mayor parte eran bagres. Sin embargo, era un lugar bonito para sentarse durante las largas tardes, y la sombra de los altos álamos de Virginia se adensaba lentamente en el agua verdosa. Un lugar bonito siempre y cuando procuraras no ver el palacio de troncos. Se sentaron en las rocas y observaron el parsimonioso discurrir del agua, el fresco chapoteo del agua sobre la grava.

Ojalá..., dijo June.

Ojalá ¿qué?, le preguntó RL.

Ojalá tuviera un cigarrillo, dijo ella, y soltó una carcajada. June fumaba exactamente un día al año, y ese era el día. RL sacó uno, se lo dio y lo encendió. Él estaba fumando un puro. Había comprado los cigarrillos especialmente para ella. Los dos se quedaron contemplando las volutas de humo en el aire quieto. RL apenas oía los camiones que pasaban por la interestatal, a un kilómetro y medio de distancia. Aquel sonido siempre le hacía sentirse solo, pensar en aquella autopista, toda aquella noche americana allí fuera.

Estos aniversarios, dijo June. No te das cuenta de cómo te afectan. Ya lleva muerto más tiempo del que le conocí.

Eso no es verdad.

Sí, lo calculé ayer por la noche. Tenía veintiocho años cuando le conocí. De veintiocho a treinta y nueve, de treinta y nueve a cincuenta. No parece que haya pasado tanto tiempo, pero sí.

Hace mucho que se fue, dijo RL. A veces, en cambio..., tengo la impresión de que voy a doblar una esquina y encontrármelo. Sabes, estoy sentado en casa y pienso, a lo mejor llamo a Taylor, a ver si quiere ir a tomar una cerveza. Al Mo Club. A ver si me presta su camioneta.

A mí eso no me pasa, dijo June. Ya no.

Cogió la botella cuadrada de whisky y dio un sorbo con gesto grave. RL admiró el movimiento de su garganta, el huequecillo de la base del cuello, su delicada clavícula. Era más joven que Taylor y él, y seguía siendo una chica guapa.

Últimamente he vuelto a ir a la iglesia, dijo ella.

No fastidies.

No es broma. El domingo por la mañana, a las diez.

¿A cuál?

June se sonrojó ligeramente. Era una de esas rubias transparentes cuya piel delata cualquier sentimiento, leve o apasionado. Cuando lloraba se llenaba de manchas rojas. RL la había visto llorar, no a menudo.

Voy a la católica, dijo June. Es raro, ya lo sé. Me llevaron un par de chicas del trabajo.

¿Te han hecho inscribirte? ¿Hay sacrificios humanos en el sótano y eso?

Creo que ya no lo hacen.

No es lo que tengo entendido.

Estaba segura de que te parecería horrible, dijo June. Quiero decir, que hasta las partes buenas te parecerían horribles, cuando hablan de hacer buenas obras y ser amable con la gente de América Central y todo eso. ¡Son serios de cojones! Pero sabes, eso es lo que me gusta de ellos.

Siempre has tenido una vena seria.

Y tú siempre has sido un cínico cabrón.

Con un corazón tan grande como las grandes llanuras, dijo RL. Ese soy yo.

No, dijo June. Ese es otro.

A las diez de la noche, el sol ya se había puesto del todo, pero el cielo conservaba un hermoso azul muy oscuro, decorado con las primeras estrellas. El ambiente era cálido cuando no corría el aire, y de pronto del río surgía una fresca brisa que hacía susurrar las hojas de los álamos y acariciaba el agua. RL sentía en el pecho una tristeza que era como música, una música triste. Taylor ya no estaba, no volvería nunca. Había vivido con aquella tristeza durante once años, hasta que los bordes irregulares habían acabado alisándose, como el canto rodado que tenía en la mano, aún cálido del día. Aquello casi le proporcionó placer, el placer de algo irrefutable y real. Recordó la sensación de estar sentado en la sala de espera del hospital y aguardar con la mano de June en la suya —esa sensación de bordes irregulares— como si se la hubieran arrancado. El tiempo la había convertido en algo diferente. *It's just like ice around my heart*^[1] se dijo, como el verso de una canción que recordaba. Tampoco era exactamente así.

June dijo: Estoy allí cantando una canción folk y dándole la mano a las dos ancianas que tengo a mi lado y me pongo a pensar: ¿Cuándo me volví así? Pacifistas hippiosos y mirapájaros.

Seguro que también llevas zapatos cómodos.

Sí, unos cómodos de verdad, dijo June.

Justo en aquel momento se separaron los arbustos que había en la otra punta del canal lateral, la isla que quedaba entre ellos y el ramal principal del río, y en el crepúsculo apareció una muchacha alta de pelo oscuro y aspecto serio, tocada con una gorra de béisbol y con una caña de pescar en la mano. Era la hija de RL, Layla, que tenía diecinueve años. Llevaba pantalón corto y sandalias, y sus largas piernas bronceadas vadearon el río con el agua arremolinándose hasta el borde de su pantalón corto. Avanzó por el agua casi en silencio, una costumbre de pescador. *Las truchas son unos peces muy nerviosos*, recordó; lo había leído en un libro. Llevaba una camiseta de los Montana Grizzlies y una especie de collar del que colgaban sus fórceps, sus tenazas y un frasco de flotabilizador para moscas Gink.

¿Te ha ido bien?, le gritó RL.

Layla recorrió el resto del camino antes de contestar. Tenía poder sobre los peces porque los respetaba; nunca cruzaba su terreno ni gritaba en las noches silenciosas. Sabía dónde mirar para divisar sus sutiles movimientos.

Casi todo morralla y lavareto, dijo Layla. Hace un rato que han dejado de moverse. He sacado uno de cuarenta centímetros de esa grieta de la ribera, pero eso fue nada más llegar. ¿Estás borracho?

Todavía no, dijo RL. Aunque quizá.

Voy a tu casa, dijo Layla.

Espera, quédate un momento con nosotros, dijo June. No te veo desde Navidad. ¿Cómo te va por la facultad?

Bueno, imagínatelo, dijo Layla. Ya sabes como es la universidad.

¿El año que viene te vas a quedar en el colegio mayor?

Layla aceptó su destino, apoyó cuidadosamente la caña de pescar contra un árbol y se sentó un rato con ellos, las piernas cruzadas sobre el suelo, como a punto de echar a volar.

Un par de amigas y yo hemos encontrado un piso en Ballard, dijo Layla. Es como una casita. También tengo una moto pequeña para ir y volver de la facultad, es *très, très* cojonudo hasta que llueve.

En Seattle no llueve mucho, ¿verdad?

No me molesta tanto como pensaba. En serio, no es peor que el febrero de por aquí. Al menos de vez en cuando sale el sol. Y no hay esa niebla helada.

No me lo recuerdes, dijo RL. Por mí que no vuelva el invierno.

¿Y cómo va tu vida amorosa?, dijo June.

No lo sé, dijo Layla. ¿Cómo va la tuya?

Las palabras le salieron de la boca tan amargas y malintencionadas que todos se

callaron. June había tocado un tema delicado, pero RL no sabía cuál era. No era la clase de secreto que Layla compartiría con él. Eso le confundía, le entristecía que las mujeres se cerraran tanto en su presencia. Layla era su hija, su amor, y, sin embargo, un misterio.

Layla se puso en pie de un salto en un movimiento delicioso.

Tengo mucha sed, dijo. Os veré en casa.

Recogió la caña de pescar y se marchó enseguida, y su estela dejó un rastro de iones negativos. Lo ha soltado sin querer, pensó RL, pero como ya se había dicho no había manera de no decirlo, y después ninguno de ellos supo qué hacer.

Cuando Layla hubo desaparecido, June dijo: Lo siento. No quería ponerla en evidencia.

No ha sido culpa tuya, dijo RL. Lleva así de imposible todo el verano.

Algo le pasa.

Eso mismo pienso yo, dijo RL.

¿Ha visto a su madre desde que ha vuelto?

No, que yo sepa. A lo mejor tampoco me lo diría. Últimamente Dawn y yo no pasamos una buena racha.

¿Habla con alguien?

RL sintió nacerle en el pecho un malestar conocido, casi una irritación. Sabía perfectamente que no era gran cosa como padre para Layla, y tampoco como padre y madre a la vez. La gente se lo había hecho saber desde que la chica estaba en séptimo de primaria y su madre se había fugado con un bombero de la brigada rural llamado Parker. Aunque esto no estaba del todo claro. RL se había quedado con Layla, había ido a los conciertos de su coral y a las conferencias de la asociación de padres, le había enseñado a ser una persona lo mejor que había podido. Y, sin embargo, todas las mujeres del mundo le habían hecho saber que nunca daría la talla. RL lo aceptaba, pero no deseaba que le recordaran sus fracasos. No se le olvidaban.

June no quiso insistir. El puro de RL se había apagado y volvió a encenderlo en medio de una espesa nube de humo, cogió la botella cuadrada de Johnnie Walker y dio un sorbo. En una ocasión habían hecho el ritual todos juntos: él y Dawn, Taylor y June. Antes de que Layla naciera. De nuevo sintió aquella tersa tristeza en el pecho, por el difunto Taylor, por Layla, por la solitaria June y las esperanzas que habían albergado todos juntos a la orilla del río. Iban a ser felices, iban a tener aventuras y vivir mucho tiempo y tener historias que contar. Por el contrario, él estaba viviendo la misma historia una y otra vez. Taylor ya no estaba, Dawn era tan infeliz que el peso del dolor la hacía bizquear. Solo Layla, la tímida estrella... RL la quería de verdad. Eso era un consuelo.

También era un consuelo el resplandor azul del cielo veraniego, la luz que por fin comenzaba a extinguirse, el fondo rojo del puro cuando daba una calada —como un abejorro encarnado— y la luna que intentaba asomar entre los árboles, y los dos, él y June, a rayas y desplazándose con la sombra de la luna. La verdad es que no había

ningún otro lugar en el que quisiera estar.

¿Te acuerdas de la vez que cogimos el coche en Great Falls para ir al Glaciar?, dijo RL. ¿Fuiste tú la que pidió prestado el descapotable?

Déjalo, dijo June.

¿Que deje el qué?

Voy a dejar de hacer esto, dijo ella.

RL lo oyó pero no quiso oírlo. Todo aquel tiempo había estado pensando una cosa y ella otra completamente distinta. RL parpadeó para apartar el humo de los ojos y dijo: ¿A qué te refieres?

Es la última vez que hago esto, dijo June. El año que viene ya no volveré. Taylor era un hombre estupendo, pero está muerto.

Eso ya lo sé, dijo RL. ¿Te crees que no lo sé?

Bueno, pues yo no. No hasta hace un rato. Como has dicho antes, Robert, doblaba una esquina y esperaba encontrármelo, ¿sabes? Me iba a la cama y casi esperaba encontrármelo allí echado. Me despertaba en plena noche, acariciaba el almohadón y soñaba que era él. Pero eso se ha acabado.

No podía leer su expresión porque cada vez estaba más oscuro, pero vio cómo acercó la mano a la garganta, un gesto que hacía cuando estaba triste o atribulada. RL dijo: No puedes acabar con esto así como así.

Puedo, dijo ella. Y lo hago.

Como si cerraras un grifo.

No, dijo ella. No se parece en nada. Es más bien como el agua sobre una piedra. Tarda, pero... Te despiertas una mañana y ya no está. No es que vaya a dejar de acordarme de él. No voy a dejar de amarlo.

No.

Pero voy a dejar de comportarme como si todavía estuviera aquí. Como si fuera a entrar por la puerta y no hubiera pasado nada.

Nunca ha sido así, dijo RL. Sentía que algo se escurría entre ellos y no quería que pasara. Dijo: Tienes tu trabajo, tus amigos.

Vaya mierda, dijo ella. Llevo una semana ensayando mentalmente todo esto, y sé que va a salir bien. En fin. Eres un buen hombre, has sido un buen amigo para mí y te he necesitado, ya lo sabes. Siempre has estado ahí cuando te he necesitado. Pero, joder, Robert, tienes a Layla y a Dawn y a como se llame; tienes tu negocio; tienes a tus amigos y tus viajes a Nueva Orleans y allí donde vayas... eres un hombre ocupado. Yo duermo sola, Robert, casi cada noche. Es más de lo que quieres saber, ya lo sé, pero me da igual. Me voy a morir y lo sé, y a lo mejor no falta mucho, y voy a morir sola porque todo el mundo muere solo. Pero no quiero vivir sola.

Lo siento, dijo RL.

¡No, no es eso! ¡No tienes nada que sentir, eres un buen hombre, Robert! Sé que no debería decirlo así. Estoy confusa.

Quedaron en silencio, mientras el agua acariciaba los guijarros y una brisa agitaba

las hojas de los álamos. Un cigarrillo, dijo ella.

RL encendió uno con el ascua de su puro y se lo entregó.

RL tuvo la impresión de que aquello no estaba ocurriendo, de que era un momento irreal. La cólera surgió en su interior, pero no sabía por qué ni contra quién. No contra June. Quizá contra sí mismo, que, de algún modo, había vuelto a fracasar. No entendía cómo. Nunca había pretendido ser suficiente para ella, pero ahora se daba cuenta de que no lo era. Había hecho todo lo que había podido, pero no había bastado.

Whisky, dijo RL, y ella le pasó la botella.

Hay gente que muere de no poder ver el cielo nocturno, dijo June, ¿no te parece?

Nadie se muere de eso.

Se mueren por dentro, y ni siquiera lo saben.

Pero no se mueren de eso, simplemente se vuelven insensibles.

Yo no, dijo ella. Cogió la botella de la mano de RL, a continuación se puso en pie y se adentró en el agua. RL puso una mueca al ver cómo el agua fría le lamía los muslos desnudos, y sintió una pequeña desazón testicular de solidaridad. No sabía qué estaba haciendo June. Se estaba poniendo dramática, y no era una mujer dramática.

Ahí te quedas, dijo June. Oficialmente, lo dejo. Todo. Ya he dejado de ser la viuda de nadie.

Destapó la botella y vertió el whisky que quedaba en el río, donde desapareció, fácilmente media botella. La sostuvo por encima del nivel del agua hasta que cayó la última gota. RL se sintió como si lo abandonaran a él. June le estaba diciendo adiós. No sabía si tenía razón o no, pero el corazón le formó una bola en el pecho y quiso detenerla. *No te vayas*, quiso decir. *Quédate aquí conmigo. Todo irá bien.*

Pero no dijo nada. Cuando cayó la última gota de whisky, June volvió a poner el tapón y por un momento quiso arrojar la botella, RL se dio cuenta. Al final no lo hizo. En el fondo no era una persona dramática y no quería que hubiera cristales rotos en la orilla del río solo para remachar el clavo. Alguien podría hacerse daño. Siguió sujetando la botella y salió del agua goteando y besó a RL, cosa que a este le sorprendió. Era algo que no solía hacer. RL se sometió a su abrazo y la sintió temblar en el aire de la noche.

Todo irá bien, dijo ella en voz baja, como si él fuera un bebé, como si fuera RL el que necesitara consuelo. Todo irá bien, dijo June.

Pero en su fuero interno, RL no estaba tan seguro.

Layla dejó la caña de pescar en el porche de casa de June y entró. La puerta principal no estaba cerrada con llave, como siempre. La casa estaba a diez minutos a pie del río si cruzabas un campo de heno que olía a hierba dulce; fuera se veía el último deslucirse del crepúsculo. Veía perfectamente para seguir el camino, bajo el último arbol del día y de las estrellas que iban surgiendo, pero cuando entró y encendió las luces, el exterior se convirtió en una noche negra y compacta.

Los platos para la cena estaban en la mesa, mazorcas de maíz y chuletas. Layla prepararía los platos en un momento y guardaría los huesos para *Rosco*, el golden retriever de June. En un momento dejaría salir a *Rosco* del corral de la parte de atrás.

Primero entró en el dormitorio, donde June guardaba el ordenador, para ver si había algún mensaje de Rusia. En San Petersburgo eran las ocho y media de la mañana, ya el día siguiente. Daniel estaría despierto, a no ser que se hubiera quedado en la cama hasta tarde. Solo, a no ser que estuviera acompañado. Layla sabía que no debía preocuparse, pero se preocupaba. No había ninguna razón, pero cuando miró el correo, seguía sin haber nada, y ya iban dos días. En una habitación de hotel en Rusia con una docena de futuros poetas. Daniel con su pelo castaño brillante y sus ojos profundos y reflexivos. ¿Qué le ocurría, que era incapaz de relajarse y confiar en él? (¿Y si, en realidad, no era cosa de ella? ¿Y si era a él a quien le ocurría algo, algo que ya sabía y no podía admitir?).

Diecinueve años, apenas universitaria. Daniel era estudiante de doctorado.

Joder, dijo en voz alta. Joder, joder, joder.

La palabra resonó por las remilgadas paredes de la habitación. June mantenía la casa impoluta. Un poco cursi y floreada como la habitación de una niña, encaje en la mesita de noche, aunque también había libros sobre la mesa, y en lo alto una luz grande y práctica. Sobre el tocador había un sorprendente tropel de perfumes y polvos, un espejo bien iluminado. June no parecía esa clase de mujer —su aspecto era de hierba verde y aire fresco, el pelo corto y práctico—, pero Layla comprendía que las cosas no eran nunca tan simples. Toda la casa parecía demasiado sensata, un poco demasiado ordenada, casi daba miedo. June no era así, pero era casi así, y mantenía alejado el pavoroso mundo mediante una pulcra magia. Mientras Layla pensaba todo aquello, se dio cuenta de que probablemente aún tenía las manos manchadas de viscosidades de pescado, y que había tocado las teclas del ordenador de June, que, si

había que guiarse por experiencias anteriores, al cabo de un día podría llegar a apestar de verdad.

Daniel era siete años mayor que Layla, y el cien por cien de la gente que lo sabía detestaba la idea. A lo mejor en ese mismo momento Daniel se estaba burlando de ella. ¿La gente se pone a follar a las ocho y media de la mañana? Si es de la que folla.

Layla dejó entrar al viejo perro y apretó su cara contra el cuello del animal, contra su pelo suave y que olía a perro. Mitad perro, mitad alfombrilla, Rosco estaba contento de que lo tuvieran en brazos. Pero apareció un brillo en sus ojos cuando ella recogió los huesos de la mesa, esa actitud de alerta y ese meneo de cola propios de un cachorro. Layla le hizo rabiarse un poco con los huesos y luego se los dio. Que el perro haga lo que quiera, de todos modos. Layla se quedó en pie junto al fregadero, los brazos hundidos hasta los codos en el agua caliente y jabonosa, y se dijo que tenía lo que se merecía. Aprende a protegerte. No te entregues como si nada, como una caja de cerillas de motel. En la noche las cosas comenzaban a agitarse, los murciélagos, los pájaros y las lechuzas. En una ocasión, Layla vio cinco lechuzas en el mismo árbol muerto, junto al río, justo donde June y su padre estaban sentados. Ratones de campo en busca de comida, corriendo para sobrevivir. Con las garras por delante, la lechuza aparecía en el cielo nocturno para caer sobre ellos.

Yo, el pequeño ratón de campo, se dijo Layla.

A su alrededor, la casa estaba satisfecha, soñolienta. Taylor y June la habían comprado en ruinas cuando se casaron, con las ventanas entabladas y mierda de ratón por todas partes. Layla había visto las fotos: era difícil creerlo. Los huesos de la casa eran buenos, así fue como lo expresó June: una estación de diligencia en la vieja Mullan Road, una de las primeras casas del valle. Formaba parte de un recinto de graneros hermosos y alargados y de casas destartadas para los trabajadores, con un sauce alto y fresco en el patio. En el granero principal, se podían ver las vigas de madera de pino ponderosa que antes crecía en el valle, piezas de veinte metros extraídas de un solo tronco. Todavía se encontraban algunos de esos árboles en el valle, no muchos. Las nuevas casas de mierda brotaban por todas partes.

Fregó los platos procurando no pensar en Rusia, sintiendo el silencio que la rodeaba.

June y Taylor reformaron la casa ellos mismos, con sus propias manos. O eso era lo que contaban. A veces Layla tenía la impresión de no haber tenido una infancia ni una historia que contar, tan solo un puñado de anécdotas que tenía que ensamblar por sí misma. Nunca supo qué era cierto o al menos cuál era toda la verdad. Sus padres pintando y puliendo por las noches y durante las vacaciones. RL y Taylor en el tejado clavando listones de cedro una noche de verano. RL y Dawn, felices juntos en el porche. La fiesta de demolición, cuando decidieron derribar una de las antiguas chozas para empleados a fin de abrir el patio. June y Taylor invitaron a todo el mundo que conocían a que viniera con un mazo, y la derribaron y le prendieron fuego, mientras tomaban pollo y cerveza y un grupo de música tocaba. ¿Estaba Layla

presente? No guardaba ningún recuerdo concreto, pero creyó recordar una gran hoguera, gritos y risas, los bomberos no muy lejos...

A lo mejor no fue más que un sueño. A veces sus pensamientos cobraban vida mientras dormía, y algo que le habían contado, o algo que había leído en un libro, vivía en su mente como recuerdo una vez que el sueño había desaparecido. Un recuerdo auténtico, algo que podía tocar. El calor del fuego en la cara, el humo y la cerveza. Una vez le preguntó a su madre, y dos de las tres primeras cosas de su vida que creía recordar no habían ocurrido. O a lo mejor Dawn simplemente las había olvidado. O quizá Layla se las había inventado. No había ningún lugar real, nada que pudiera tocar, solo sueños y recuerdos y cosas que deseaba. Como ahora deseaba a Daniel.

Le preguntaría a su padre, cuando regresara del río, si la fiesta de demolición había sido real. Estaba casi segura de que sí. Casi.

Cuando se hubieron marchado, June se quedó sentada a solas en la cocina. Sí, lo había jodido todo. Y le había hecho daño. Desde alguna parte, desde un lugar seguro, sintió el deseo de hacerse daño para compensarlo. No lo haría. Pero se lo imaginaba: sacaría un cuchillo del guardacuchillos donde dormía, afilado como un bisturí, el tacto del acero frío en la piel y la asombrosa facilidad de corte de una hoja afilada... No lo haría. Se quedó sentada a la mesa medio borracha y llena de humo y harta de sí misma. ¿Por qué no podía ser más sencilla? Aceptar el amor que le daban.

A sus pies dormía su viejo perro. Se sirvió un vaso de vino blanco del cartón que tenía en la nevera. Eran las once y media y tenía que levantarse a las siete para ir a trabajar, pero sabía que no dormiría. Su ropa no era de su talla y su pelo era como de otra persona, una persona vieja y cansada. Aquella vieja casa la rodeaba como una concha, como una piel de serpiente, algo que tenía que hendir, agrietar, expulsar. Aplastar, vomitar, cortar, partir. June estaba atrapada.

Rosco levantó la mirada hacia ella. A continuación reposó su cabeza deshinchada sobre el suelo de la cocina y emitió un largo y placentero suspiro.

Cuando se muriera, June vendería la casa. Lo haría ahora, pero la mudanza mataría a *Rosco*. No había vivido en otra parte, desconocía la existencia de los coches y los perros malos. Había tenido un par de peleas cuando los vecinos compraron un collie de la frontera, pero era lo bastante grande como para cuidarse solo. Nunca hizo nada malo excepto cuando se metió en el gallinero. Había cazado ciervos un par de veces. Se hacía extraño pensar que, en el fondo, *Rosco* era un asesino, un animal de manada, que acechaba crías de ciervo, las rodeaba, las mataba. Al menos una vez, June estaba casi segura, quizá dos, había salido a matar en la noche.

Cuando *Rosco* muriera se mudaría al pueblo, a algún lugar con un poco de vida, con ruido de gente. En aquella casa solo se oía el chasquido de la nevera al encenderse y apagarse, el viento en los aleros, sus suaves pisadas en el suelo de abeto pintado. Se acabó el vino de un sorbo largo y se dirigió a la cama. Entonces se dio cuenta de que no tenía la menor oportunidad de dormirse, todavía no. Se quedó en la cocina, entre la silla y la nevera, intentando decidir si se servía otro vaso de vino. Estaba casi paralizada. Era una decisión sin importancia, pero no conseguía tomarla. Totalmente sola y paralizada en mitad de todo: la noche, su vida, su cocina.

Al cabo de un minuto se sirvió otro vaso de vino y volvió a sentarse a la mesa de

la cocina. Se dijo: estoy aquí sentada, esperando que se muera mi perro.

En agosto, RL y Edgar fueron a pescar con balsa por un trecho del Bitterroot para ver si se podía hacer. No había llovido en seis semanas, y los regantes le habían chupado la vida al río para mantener verdes los campos de heno. El lecho del río serpenteaba entre bancos de grava, cuando había agua que lo cubriera, pero estaba seco ahora. Ver aquello irritó a RL. Amaba aquel río a pesar de lo traicionero y engañoso que era, y ahora lo habían insultado, consumido.

Edgar era guía en la tienda de RL, veinte años más joven y recién licenciado en arte. Era pintor, de facciones delgadas y afiladas, y manos rápidas. Tenía un instinto impecable para la pesca. A su lado, RL se sentía gordo, viejo y lento, las tres cosas. Oliver Hardy al lado de Stan Laurel. A la mañana siguiente, Edgar tenía que llevar a un par de clientes, así que él y RL bajaron por el río una tarde para echar un vistazo tan solo. Llevaban media caja de cerveza con hielo en la peor y más vieja balsa de RL, una taiwanesa especial sin nombre que ya había sido remendada media docena de veces. Si había que arrastrar algún bote, era ese. Comenzaron a beber cerveza en cuanto empujaron el bote en la rampa, a eso de las cuatro de una tarde calurosa, soleada y humeante. Unos grandes incendios forestales ardían junto a Darby y habían llegado al río Selway, y el valle estaba lleno de humo, como si fuera una taza llena de leche sucia. Las lejanas montañas estaban sumidas en una neblina marrón grisácea.

Un gorila, dijo Edgar desde el asiento del remero.

Ni hablar, dijo RL.

Un gorila africano de las tierras bajas.

RL hizo una pausa para echar la caña, una gran hormiga de espuma con un gusano de San Juan como señuelo. Era el tipo de pesca más perezoso y degenerado que había, quedarse sentado en una silla en un bote con una cerveza fría en la mano, arrojando basura a la orilla y dejando que el río se la llevara. Solo le faltaba un puro, y tenía planeado fumarse uno.

¿Alguna vez has visto de cerca un oso pardo?, preguntó RL.

En el Glaciar, claro.

Desde un kilómetro y medio de distancia, dijo RL. Con un guarda forestal al lado armado con un rifle de gran calibre.

Desde un poco más cerca.

Una vez estaba pescando en el río White, dijo RL, justo en medio del Parque Bob

Marshall. Estaba de pie en el agua, caminando por el río, y de pronto tuve la extraña sensación de que alguien me clavaba los ojos en la nuca, ya sabes, como cuando alguien te observa.

Un oso pardo.

Justo en la orilla, dijo RL. Grande como un vagón de carga.

¿Qué hiciste?

Se marchó antes de que pudiera cagarme en los pantalones, dijo RL. Se dio la vuelta y echó a correr. Si alguna vez se me había pasado por la cabeza que podía correr más que esos bichos, en ese momento cambié de opinión.

Rápido.

Como un caballo de carreras. Hablo en serio. Había desaparecido antes de que tuviera tiempo de asustarme, pero en cuanto me asusté ya no hubo quien me quitara el canguelo. Lo que quiero decir es que no paré hasta llegar al coche. Tampoco sé por qué echó a correr de ese modo. No creo que se asustara de mí.

Probablemente le llegó tu olor.

Es cierto, dijo RL. Un par de noches durmiendo al raso y recupero mi olor a hombre.

Estaba hablando con Edgar, pero, como siempre, no apartaba los ojos de la mosca, que flotaba delante de la orilla. Aún no había visto ningún pez que se acercara al cebo. Eso no importaba mucho cuando este era tan grande como una hormiga de espuma. En su visión periférica, se puso a buscar algún escondrijo, un tocón o un leño o algún arbusto cuyas ramas tocaran el agua y pudiera albergar alguna trucha rolliza. Era un hombre saludable y vigoroso y hacía lo que le gustaba, pero cuando pensó en aquel oso, algo en su interior se volvió débil y líquido. De aquel oso irradiaba un poder que era como la luz o el calor. Ni siquiera importaban las garras, los dientes, la velocidad o el tamaño. El auténtico poder era otra cosa, invisible.

La hormiga desapareció y RL tiró del anzuelo inmediatamente, sintiendo la estrepada de algo vivo en el otro extremo, el centelleo plateado que se convertía en marrón en el agua verdosa. Un bicho de cuarenta centímetros, quizá de cuarenta y cinco, había mordido el gusano. Una arcoíris. RL lo acercó a toda prisa hacia el bosque y la levantó. En aquella época del año el agua era bastante cálida, y el pez no podía luchar como en octubre. Lo llevó hasta la borda y se mojó la mano y lo levantó un momento, solo un instante para sacar la mosca. A continuación, el pez había desaparecido, de vuelta a las profundidades acuosas, a su luz plateada. Gracias, se dijo RL, un pequeño gesto automático como cuando un jugador de béisbol se santigua antes de empezar a batear. No sabía a quién le daba las gracias, pero sí sabía que él no había creado aquel río. Existía la gracia. RL lo percibía.

Prueba con algo amarillo, dijo Edgar.

¿Por qué?

No lo sé, el otro día funcionó. Algo grande, peludo y amarillo.

Madame X.

Seguro.

Obediente, RL ató el gusano feo y grande. RL conocía la secuencia de incubación de aquel río tan bien como nadie, y podía crear una imitación pasable, pero también había veces en las que no pasaba gran cosa, y ahí era donde Edgar le superaba. Sus corazonadas no tenían precio.

Lo que pasa con el gorila, dijo Edgar, es que el gorila es *inteligente*.

¿Y qué? La inteligencia no cuenta tanto cuando un tren de mercancías choca contigo.

Utilizan herramientas.

La inteligencia no importa, dijo RL. Lo que cuenta es el instinto. Yo soy inteligente como el que más cuando estoy sentado en la tienda o leyendo un libro, pero cuando estoy aquí casi nunca soy más inteligente que un puto pez. El cerebro de un pez no es más que un punto ancho de su espina dorsal, pero si lo pones en su entorno sabe todo lo que debe saber.

Pon ese oso pardo en África, dijo Edgar.

Dejaría a ese mono para el arrastre.

Justo en ese momento, el agua se arremolinó en torno a la mosca amarilla, y RL tiró del anzuelo y sintió el peso del pez y, a continuación, el carrete comenzó a canturrear esa hermosa nota aguda que tanto le gustaba.

Uno grande, dijo Edgar.

RL no dijo nada, simplemente apretó el borde de la bobina para que no girara tan deprisa. Ni con un sedal 3X iba a poder con ese. Un pez grande, a lo mejor muy grande. Al principio pensó que era una trucha parda, pero luego —a diez metros de distancia— saltó del agua y dio una vuelta en el aire, una trucha arco iris grande y hermosa que relució al sol de la tarde. A medida que el pez saltaba una y otra vez, RL mantuvo la guía levantada para que no pudiera moverse fácilmente. RL se puso a canturrear una cancioncilla alegre en voz baja, la musiquilla que oía cuando tenía un pez grande en el sedal, quizá un pez muy grande, y el carrete aguantaba y RL iba ganando unos centímetros poco a poco. Una cancioncilla alegre, los centímetros que iba ganando, y entonces la desbandada cuando el animal se soltó, el sedal con la mosca acuchilló el agua y luego la recuperación lenta, lenta, y, a continuación...

RL se quedó mirando el sedal flácido. El pez se había escapado.

La música se apagó de inmediato. RL recogió el sedal hasta que vio el lugar donde se había roto el nudo, el tirabuzón diminuto y patético en que se había convertido el sedal, justo donde la mosca estaba atada. Era culpa suya.

Gilipollas, dijo RL.

Edgar no dijo una palabra, simplemente tiró del cabo del ancla para que volvieran a ponerse en movimiento y cogió los remos. Lo único que tenía que decir era que estaba de acuerdo en que era un gilipollas, cosa que no haría. RL lo echaría a patadas. Lo volvería a contratar al día siguiente, pero aun así... RL podía percibir el recuerdo del pez en los músculos del antebrazo, el peso y las agallas. Ahora el bote estaba en

medio de la corriente, a la deriva pasando a riberas con peces, bajíos en sombra y masas de tierra y raíces cortadas. Cortó el sedal retorcido y ató una nueva mosca limpiamente, esta vez comprobando que estaba firme, tirando de la mosca, asegurándose de que el nudo resistía y asegurándolo en el ojete del anzuelo. Vistió la mosca con Gink y la arrojó otra vez al agua, aunque no le apetecía. No quería coger otro pez, quería coger el que había perdido, el grande.

Transcurridos unos cien metros del río, Edgar dijo: Lo importante es salir.

RL decidió reírse de ese comentario en lugar de matarlo.

Tomar el aire, dijo. Te irá bien.

RL encendió un puro y siguieron a la deriva; Edgar a veces cogía los remos para mantener la balsa alineada con la ribera, pero casi todo el tiempo dejaba que la corriente los llevara río abajo. Durante un rato los siguió un martín pescador que charlaba en voz alta, y luego RL divisó un castor. Abrió una cerveza fría. Cualquier pez que se acercara sería un pececillo triste, se dijo; nada en comparación con el que había picado antes. Pero cuando cogió uno, y luego otro, se dijo que eran unos luchadores alegres, y verlos le hizo feliz.

Llegaron a una presa de irrigación que ocupaba toda la anchura del río. Nadie lo sabía con certeza, pero corría el rumor de que regaba la hierba de la casa de Huey Lewis, o un campo de golf del Stock Farm, una urbanización vallada con casas estilo Lejano Oeste y parcelas de un millón de dólares. La presa estaba hecha de rocas y piedras amontonadas, y el agua que quedaba, después de que los golfistas cogieran la suya, se derramaba por la parte de arriba. Había una caída de un metro o un metro y medio. Edgar se puso en pie junto a los remos, intentando echar un vistazo a la caída, intentando calcular la profundidad del remanso que había debajo.

¿Crees que lo conseguiremos?, le preguntó a RL.

Ni idea.

¿Se te ocurre algo mejor?

Salir e ir andando, dijo RL. Descargar la balsa y arrastrarla.

No parece muy divertido.

Pues ponte el cinturón, dijo RL. Ataré con un cabo la bolsa con las provisiones y la nevera. Si se me moja el puro te lo haré pagar.

Me arriesgaré, dijo Edgar, y volvió a sentarse a los remos. RL lo ató todo y a continuación regresó a su trono en la proa de la balsa. Un agradable silencio excitable delante de la presa. El aire estaba caliente y espeso de humo; olor a fuego de campamento. Una garza azul los observaba desde los bajíos de un recodo interior. El remanso que había por encima de la presa era lento, avanzaban tranquilamente hacia el borde de la caída. Y ya habían llegado.

La proa de la balsa, en la que iba RL, se proyectó primero horizontalmente en el aire, una sensación extraña de vértigo cuando el agua desapareció de debajo de ellos y la balsa de goma se hundió bajo sus pies. A continuación, ocurrió lo mismo con la parte central en la que estaba Edgar y el asiento con los remos, y enseguida todo el

bote se inclinó hacia delante, expulsando casi a RL de su asiento y cayendo a gran velocidad. Este consiguió agarrarse a su caña de pescar mientras el extremo posterior de la balsa pasaba por encima de la presa. Iban a conseguirlo. Iban a conseguirlo hasta que la popa de la balsa hizo un giro en el borde casi sin agua de la presa y chocó con una roca afilada, y la goma quedó apretujada entre el armazón de remar y la roca, y entonces se oyó un desgarrón y esa cuarta parte de la balsa se deshinchó enseguida, arrastrando el equipo completo, aparejos y todo, de cabeza al agua.

Era más profundo de lo que RL había pensado, y tuvo que salir nadando estilo perrito, medio de lado, todavía agarrado a la caña de pescar. Lo primero es lo primero. Hubo un momento de pánico en el que no hizo pie y perdió una de las sandalias. Aquí no, se dijo, ahora no, yo no.

A continuación, estaba empapado y goteando sobre la orilla de grava. No tenía una idea clara de cómo había llegado allí, pero todavía apretaba entre los dientes su puro empapado y agarraba con fuerza la caña de pescar. Estaba a punto de echarse a reír cuando se dio cuenta de que no veía a Edgar por ningún lado. La balsa seguía colgada de las rocas y el agua pasaba por encima, y la nevera atada golpeteaba en medio de la corriente. Miró a ambos lados de la orilla y no vio señal de Edgar excepto su sombrero flotando río abajo. Volvió la mirada hacia la balsa y vio una mano.

Edgar tenía la mano atrapada en la correa que ataba la nevera a la balsa, en aguas profundas. Cuando RL se fijó mejor vio la cabeza de Edgar a través de la cortina de agua que caía de la presa. Edgar salió a la superficie e intentó tomar aliento, pero el agua seguía empujándole hacia abajo. Pugnaba con la mano libre, intentando soltarse. El agua lo empujaba hacia abajo. La nevera estaba atascada entre las rocas, y la presión del agua contra la balsa no le permitía moverse.

Sin pensárselo dos veces, RL se quitó las sandalias de una patada y nadó hacia el bote. Con la corriente en contra, iba lento. No tenía tiempo. En su cabeza oyó un zumbido blanco parecido a la cólera. Maldito río de los cojones. Edgar tenía una esposa joven y una hija, y RL las imaginó. Nadó hasta llegar a él, como pudo, temblando por el esfuerzo, los brazos blandos y doloridos. A continuación, estaba sobre las rocas sin saber qué hacer. Intentó tirar de la balsa, liberar a Edgar de lo que lo atrapaba, pero la presión del agua era superior a sus fuerzas. Edgar salía a la superficie y volvía a hundirse, salía y se hundía. Entonces RL se acordó.

Se acordó del cuchillo que llevaba en la bolsa, ¿y dónde estaba la bolsa? En algún lugar de la balsa. Se acordó de que la había atado al armazón de los remos. RL pasó la mano por el armazón, por debajo y por detrás, a ciegas, medio hundido hasta que encontró la correa y tiró de ella y *allí* estaba la bolsa y *allí* estaba el bolsillo lateral y *allí* en el bolsillo estaba el cuchillo, afiladísimo. Lo abrió con una mano y cortó la correa y todo el conjunto —balsa, bolsa, Edgar y RL— rebasó la caída del agua. Aún agarrado al armazón de la balsa, vio que Edgar se había soltado y que medio nadaba solo, con lo que decidió llevar la balsa a la orilla si podía. Fue a la deriva hasta que

sintió la grava bajo sus pies descalzos y a continuación arrastró la balsa rota a la ribera, una cuarta parte de la cual estaba deshinchada y fofa. La colocó sobre las hierbas de la orilla y miró río arriba y vio que Edgar estaba a salvo en la ribera, de pie, sujetándose un brazo con el otro. Una ráfaga de viento sopló entre los álamos, un sonido de tranquilidad, y una sensación de triunfo se hinchó en el pecho de RL. Lo había conseguido. RL se echó a reír, caminando descalzo por las rocas.

Me he roto el brazo, dijo Edgar.

RL dejó de reír cuando vio la palidez de la cara de Edgar, vacía de sangre.

¿Cómo te lo has hecho?

La verdad es que no lo sé, dijo Edgar. Veo todo borroso. Voy a sentarme un momento.

¿Duele mucho?

Sí, mucho.

¿Puedes moverte?

Pero Edgar ya no pudo contestar. Se sentó sobre la gavilla y le hizo una seña a RL para que se alejara; se dejó caer un poco demasiado fuerte, mareado. Un viento cálido y seco sopló a través del cañón. Las hojas vibraron con el humo de los incendios forestales.

Las mujeres se morían de hambre en la calle y nadie recogía los cadáveres, que se congelaban en la acera. Se comían a las ratas, a sus mascotas, a los animales del zoo; se comían los unos a los otros. Carnicería humana.

Layla apartó el libro y dio un sorbo a su limonada. Algo pasaba con uno de los dos, con ella o con Daniel. Daniel había vuelto eufórico de Rusia, todo le había gustado: la comida, el arte, las mujeres y el sufrimiento. Por correo electrónico y durante prolongadas conversaciones telefónicas —solo había hecho planes para llegar hasta Seattle, no se comprometía a llegar a Montana—, le decía qué tenía que leer y qué películas tenía que ver. Hasta aquel momento Layla ya se había tragado *Anna Karénina*, *Memorias del subsuelo* y *Solaris*. Uno de los dos estaba loco, o ella o Daniel. Este insistía en que tenía que acabar el libro que estaba leyendo, todo acerca del asedio de Leningrado, mitad historia militar y mitad puro sufrimiento. Layla no comprendía su entusiasmo. Sí, ocurrió. No, no fue hace tanto. Pero ¿por qué? Cuando pensaba en él, lo veía en la cama de ella al sol de la mañana, las piernas en un ángulo peludo, el castaño reluciente de su larga melena. Al parecer, aquello no era suficiente para Daniel. Y él no le aseguraba si iba a ir a verla, y solo estaba a un día de camino en coche...

Casi se había puesto el sol. La universidad empezaría en tres semanas. Entonces vería a Daniel y todo se aclararía. Al menos ella lo sabría. Esa chispa de miedo ante la idea de saberlo. Ese regusto a monedas.

Sonó el móvil y era RL. Necesitaba que fuera a recogerlos a la 93. Habían tenido un accidente. No, todos estaban bien, bastante. Donde se ensanchaba la carretera junto a Poker Joe.

Pero cuando Layla los vio, se dio cuenta de que no estaban tan bien. Reconoció a Edgar, pero nunca le había visto tan pálido. Los dos estaban junto a la carretera como el Gordo y el Flaco. Edgar era alto y delgado y tenía la nariz aguileña —un hombre huesudo pero elegante, hecho como de perchas de metal ensambladas—, y a su lado RL, sólido y carnoso. Mi padre, pensó. Mi sólido padre. Seguía detestando la barba y se preguntó si lo podría convencer de que se la afeitara antes de volver a la universidad. Pero incluso el sólido RL parecía confuso, parecía actuar como si se lo pensara todo mucho, ahora esto y ahora lo otro. Una balsa hecha una mierda al lado de la carretera, nevera, bolsas, remos.

¿Qué pasa?

Hemos tenido un pequeño percance en el río, dijo RL, sin darle importancia pero poco convincente.

¿Estáis bien?

Edgar cree que tiene un brazo roto.

Estoy casi seguro, dijo Edgar. No se quejaba, pero tampoco era una broma.

Layla le abrió la portezuela del coche y él entró, sujetándose un brazo con el otro, y se quedó sentado sin moverse, mirando al frente, mientras ella y su padre amontonaban el material en la parte de atrás de la camioneta. RL ni siquiera lo miraba y no hablaba con nadie. Edgar estaba cabreado. Cuando acabaron de cargar, RL se acomodó en el asiento que había detrás de Layla, pero no cabía. Layla sentía sus gigantescas rodillas huesudas en las lumbares.

Déjame en Chief Looking Glass, ¿te importa?, preguntó RL. Tengo que recoger la caravana y está de camino. Me reuniré con vosotros en Saint Pat's.

A Layla le llegó un olor a cerveza rancia y humo de cigarrillos, y bajó la ventanilla un dedo. No quería, no quería, no quería. Pero tampoco quería arrastrar la caravana. Edgar estaba sentado junto a ella, irradiando cólera. ¿Qué les pasaba a los hombres? Si se quedaba con Daniel el tiempo suficiente, ¿acabaría él también pareciéndose a esos dos? ¿Olería también a sudor, a bronceador y a cerveza? ¿Se arañaría y sangraría? A RL de vez en cuando le gustaba ver un poco de su propia sangre. Lo cierto es que no le importaba. Layla nunca lo había entendido.

Dejaron a RL para que se encargara de la caravana, y luego ella y Edgar se dirigieron al hospital. A Layla no se le ocurría nada que decir. Tardarían al menos media hora en llegar.

¿Qué ha pasado?, preguntó ella por fin.

No ha sido más que una gilipollez, dijo Edgar.

¿De qué tipo?

Edgar le relató el naufragio, y cuando llegó a la parte en que se quedó atrapado bajo el agua con la mano atada y sin poder soltarse, Layla se dio cuenta de hasta qué punto se había asustado. Todavía lo estaba. Edgar dijo: Creí que no podría salir de allí.

Edgar extendió el brazo, la palma en dirección al parabrisas, como para ahuyentar al ángel de la muerte; y por el rabillo del ojo ella observó que era un hombre de movimientos gráciles, como el arco que formaba el sedal cuando hacías un buen lance. Ella lo notaba en su cuerpo cuando funcionaba. La gracia.

Y el olor a sudor, cerveza y puro era de su padre. Ahora que se había ido, la camioneta solo olía a agua de río.

A veces RL es un auténtico gilipollas, dijo Layla.

Ha sido más culpa mía que suya, dijo Edgar. Yo remaba.

Es que parece que todas estas mierdas siempre pasan cuando él está *cerca*, ¿sabes? Y nunca termina de pasarle a él. Siempre a la gente que lo rodea: esos

afortunados cabrones.

Edgar se rió, y entonces sintió la risa en el brazo roto. Por el rabillo del ojo Layla lo vio palidecer.

Menuda lengua tienes, dijo él.

Ya me lo han dicho.

¿Siempre has vivido con RL?

Layla se rió. Dijo: ¿Crees que eso tiene algo que ver?

Es posible.

Casi siempre he vivido con él, dijo Layla. La primera vez que mi madre volvió al pueblo, quiso que intentáramos vivir juntas. Fui de una casa a otra hasta que volvió a marcharse.

¿Adónde fue?

¿RL no te ha contado la historia? Le encanta contarla. Mi madre se marchó y siguió a los Grateful Dead por todo el país, varios años seguidos. Vendía collares de cáñamo con piedrecitas y abalorios y eso.

No fastidies.

Ya, increíble.

Solo la he visto una vez en la tienda.

No, si la ves ahora no lo dirías. A no ser que la veas con una camiseta sin mangas: tiene una telaraña tatuada en la espalda y parte del brazo. Es enorme. De hecho, impresiona.

Ver para creer, dijo Edgar. Volvieron a quedarse callados, pero ahora era un silencio cordial. Estaban en el mismo bando, aunque Layla no supiera qué clase de bando era. Al cabo de un minuto, Edgar se echó a reír. No explicó por qué, ni ella se lo preguntó. No le hacía falta. Lo sabía perfectamente.

Luego, en el bar, tomaban cerveza y hamburguesas con queso bajo una pared llena de fotos de pescadores sonrientes y mujeres que exhibían unos peces grandísimos. RL ya estaba medio borracho, y tenía que levantarse a las cinco y media de la mañana para llevar a los clientes que Edgar no podría acompañar. Así que pidió un Johnnie Walker con hielo para él y otro para Edgar.

¿Quién te llevará a casa?, preguntó Layla.

Estoy bien, dijo RL.

A lo mejor ya te has gastado toda tu suerte, dijo Layla.

Querrás decir mi *mala* suerte. Ya hemos gastado toda la mala suerte. A partir de ahora seremos felices y comeremos perdices.

RL se recostó en su silla y durante un minuto observó el culo de la camarera. Se estaba portando como un capullo y lo sabía. Pero de un modo impreciso sentía que los otros dos estaban confabulados contra él, le llegó esa pequeña vibración cuando entró en la sala de espera del Saint Pat's justo en el momento en que Edgar salía con el brazo escayolado. A lo mejor debería haber ido antes.

Pero desde la muerte de su madre, RL odiaba los hospitales, su hedor, el silencio y los siseos maquinales. Detrás de la cortesía y las voces amables asomaban el sufrimiento y la muerte. Los últimos diez días que su madre estuvo con vida, cuando él dormía en la sala de espera o en una silla en la habitación mientras ella luchaba por respirar, RL a veces cogía el ascensor y subía a la Maternidad solo para asomarse a la felicidad, solo para creer en ella. Mientras recorría el pasillo, sintiéndose como un espía —no le correspondía estar allí, no pintaba nada—, RL se esforzaba por ver a las mujeres que acababan de dar a luz a través de la puerta entreabierta, ese pequeño fardo envuelto en una mano, el hermano o la hermana mayor con globos o flores, los maridos tristes y exhaustos que sentían felicidad pero también otra cosa al mismo tiempo, algo que nadie se molestaba en nombrar... Incluso en ese lugar de felicidad, lo otro también se colaba, sigiloso. Una especie de compasión maquinal, real, insuficiente. Joder, por mucho que lo sintieran, su madre no iba a volver.

Layla estaba bebiendo un refresco *light* y estaba guapa con su cuello largo y bonito. Puso un gesto de desaprobación hasta que Edgar dijo algo gracioso y entonces le cayó bien. A la luz escasa del bar, el yeso ya se veía sucio. La camarera desapareció en la sala de al lado, alta y rubia, quizá una jugadora de baloncesto. Tenía

el culito levantado como una negra y unas piernas largas y musculosas.

Puedes llevar la tienda, ¿no?, dijo RL.

¿Yo?, dijo Edgar.

Cobrando un salario, dijo RL. Probablemente saques suficiente para ir tirando. No ganarás tanto como haciendo de guía.

No, te lo agradezco. Tampoco sé de qué va el trabajo.

No es muy complicado, dijo RL. Mi pequeño rayo de sol puede enseñarte cómo funciona la caja registradora y eso.

No es muy difícil, dijo Layla.

No, te lo agradezco. Más o menos contaba con parte de ese dinero.

RL se lo quedó mirando, su cara agradecida y amable, y de repente ya no estaba allí: ya no estaba en aquella tarde, ni aquella escena. Las cinco de la mañana asomaban delante de él, y la balsa todavía medio deshinchada a la orilla del río y los clientes a los que había que complacer, lo cual no era nunca su parte favorita de la operación. La camarera rubia de hermoso culo no iba a acostarse con él, y el último vaso de whisky no iba a hacer que se sintiera mejor. Lo apuró, el hielo le golpeteó en los dientes, y le arrojó sesenta dólares a su hija.

Paga, dijo, si no te importa. Voy a hacer pis.

A Layla le sorprendió el cambio de humor, y él lo vio en la cara de ella, en la de ella y en la de Edgar. Soy tu padre, se dijo RL, te decepciono. Es lo que hago siempre. Es mi trabajo. A la luz verdosa del lavabo, sus ojos eran como los de un borrachín, vio el bulto de su gruesa barriga, su camisa de pescador con los absurdos bolsillos y botones. ¿Qué pretendía demostrar? Que todavía era un chaval. Atar moscas y remar, así es como creen los chavales que viven los hombres, y ahí estaba él con una hija y todo, con unas ojeras que le hacían parecer el puto Rembrandt. El pis llegaba cada día más lento y más débil. Había conseguido un poco de dinero — pescador y propietario— y mantener viva a su hija. Eso era todo. Había veces en que parecía suficiente, pero hoy, solo y a la luz verdosa con la picha en la mano, no.

Cuando volvió al bar los dos estaban cabizbajos, hablando. No es que le pareciera mal, pero tampoco bien. El cambio y la cuenta ya estaban sobre la mesa, podían marcharse.

Llevaré a casa al herido, dijo RL. Te veo en casa.

Puede que salga un rato, dijo Layla.

Que salgas, ¿adónde?

Que salga, dijo Layla. Que no esté en casa.

No me gusta que vayas de bares.

Que es justo lo que estamos haciendo ahora, dijo ella.

Vale, vale, vale, dijo él. Pero no hagas ruido cuando vuelvas. Tengo que madrugar.

Me traeré a la banda del pueblo, dijo ella.

Esa chica es la bomba, dijo Edgar en el coche.

A veces, dijo RL. Contigo se siente cómoda, tú ves ese lado de ella. De todas maneras es una chica complicada, y a veces se le acaba el combustible. Parece mucho mayor de lo que es en realidad.

Aquello pretendía ser una advertencia y así se lo tomó Edgar. Se sentó en su lado de la camioneta y estuvo callado durante todo el camino a casa. Era temprano pero tarde, las calles estaban llenas de universitarios borrachos y Layla estaba en algún lugar entre ellos. RL llevaba despierto desde las seis y no entendía por qué tantos chillidos, tanto beber y pasearse en coche. Aunque recordaba el momento en que el bote había rebasado el borde de la presa con gran placer. Una diversión peligrosa. Pero diversión.

¿Qué has hecho?

La mujer de Edgar estaba bajo la luz del porche como si no fuera a dejarlo entrar. Una niñita pequeña a la que aún se le caían los mocos observaba desde la sala, detrás de ella, asustada. Entonces Amy se volvió hacia RL.

¿Qué le has hecho?, dijo. ¿Por qué siempre pasan estas mierdas cuando sale contigo?

No es culpa suya, dijo Edgar.

No he dicho que lo fuera, dijo ella. Será mejor que entres.

Se apartó un poco y le lanzó a RL una mirada furibunda de soslayo. No iba a engañarla. Cuando Edgar estuvo dentro con su hijita en brazos Amy le cerró la puerta en las narices y RL se quedó solo en el porche. Tras la puerta cerrada oyó el comienzo de la discusión. Una noche hermosa, por fin refrescaba, los insectos zumbaban en las sombras y RL estaba solo de nuevo. La luz amarilla de la sala se derramaba sobre el césped, cálida: la promesa de una familia, una vida dentro, un sitio adonde ir.

Regresó a la camioneta y condujo hasta su casa vacía. La luz de los mensajes parpadeaba en rojo en el teléfono, pero RL no hizo caso y prefirió tomarse una última cerveza en la terraza. Y quizá un puro. Un puro, desde luego. Por la mañana lo pagaría, pero de todos modos ahora no podía dormir. RL estaba inquieto, inquieto. El pueblo se desperdigaba a sus pies, un cuenco de luces, faros, farolas, lucecitas que se derramaban de casas pequeñas y confortables, y los coches siempre yendo a alguna parte. ¿Quién había llamado? RL no quería saberlo. Se recostó y contempló las luces y dio un sorbo a su cerveza y observó el último vuelo de la Northwest a Mineápolis en el aeropuerto que había al otro lado del valle, a varios kilómetros de distancia. La pista de aterrizaje se iluminó a medida que el avión se acercaba, parpadeando en el aire nocturno. Encendió el puro y se recostó en la tumbona para observar. Hombre, bebida, terraza, noche de verano, puro.

A RL le proporcionaban un placer elemental los motores grandes, los aviones a reacción, las niveladoras y las locomotoras, un placer que se remontaba a su infancia en Ohio. Solía llevar a Layla a los pasos elevados del extremo norte del pueblo y juntos contemplaban los trenes que circulaban bajo sus pies, a veces sintiendo el calor

del diésel, el estrépito de los vagones de carga, el chirrido de los frenos metálicos. Había algo en él que hacía desconfiar a las mujeres, algo que no acababa de gustarles. No eran solo los huesos rotos, los problemas que venían luego. No era el hecho culpable de estar sentado con una copa en la mano a medianoche cuando tenía que levantarse a las cinco, el placer infantil de ver aterrizar el gran reactor al otro lado de la carretera. Todavía entraban y salían del valle los 727 trimotores, uno de los últimos lugares donde podían volar, demasiado ruidosos para cualquier otro sitio, pero podían atravesar una inversión térmica como si nada.

No, era otra cosa de la que no se fiaban, algo intangible. El hecho de que hubiera disfrutado de ese día, que se sintiera vivo. Algo había pasado, nadie había muerto. Había mantenido el aburrimiento a raya. Misión cumplida. Ninguna mujer viviente, al menos ninguna que RL hubiera conocido, habría seguido esa lógica. Quizá tenían razón. Quizá había que dejar que las mujeres dirigieran el mundo para variar, si es que no lo hacían ya. Pero RL sentía en lo más profundo que en eso tenía razón. Hasta ahí podía llegar la prudencia antes de volverse cobardía, y la cobardía era un callejón sin salida.

Estaba impaciente por explicarle su punto de vista a la mujer de Edgar.

Al otro lado del valle, el 727 seguía los haces luminosos de las luces de la zona de aterrizaje, en un trayecto largo y de poca altura que circundaba el valle y a continuación se alineaba con la pista. RL apenas oía los grandes motores. Acto seguido tomaban tierra, todos sanos y salvos, una suerte de estremecimiento interior.

A continuación volvió a sonar el teléfono y entró para ver el identificador de llamadas: era su exmujer, Dawn, que llamaba a medianoche. RL no sabía demasiado, pero sí sabía que era mejor dejar esa llamada para otro día. Aquella noche las mujeres del mundo tendrían que encontrar a otro con quien meterse. Él no iba a hacer más recados, ni a dar más explicaciones. Si era una emergencia, no era su emergencia. Sacó una botella de Trout Slayer del frigorífico, por si se le acababa la primera, y volvió a salir para mirar las luces, para sentir el verano que se iba acabando deprisa. Al cabo de un momento el teléfono volvió a sonar, pero tampoco lo cogió.

Nada bueno saldrá de esto, pensó June. Nada bueno puede salir de un hombre que lleva una tablilla con sujetapapeles o bigote o un sombrero grande, y Howard Emerson tenía las tres cosas.

Fue curioso, dijo él. Caminaban a través del heno cortado, siguiendo la cerca que llegaba hasta el parque estatal. June olía el río, el final del verano, el agua somera, el barro y la podredumbre. Estaban junto al agua.

Un montón de *hippies*, creo que fue en 1969, dijo Howard Emerson. Le pidieron prestado dinero a papá y a mamá y a no sé quién más y se juntaron y compraron 243 hectáreas en Kootenai Creek y montaron una comuna *hippie*, de las de verdad. No duró mucho. Supongo que acabaron odiándose unos a otros, además a los del pueblo se les escapó algún disparo. Eso fue cuando el sheriff todavía tenía autoridad para reunir una partida de hombres, el Posse Comitatus. ¿Le suena?

No, dijo June.

Hacía que todos los ciudadanos se pusieran ropa de domingo, dijo Howard Emerson. De todos modos, los echaron de aquí —o se fueron solos, no lo sé—, supongo que ya no se aguantaban ni se hablaban entre ellos. El lugar se quedó tal como está ahora; se alquiló la casa y se arrendó el pasto. Hace treinta años de eso. Entonces uno de ellos murió, supongo, y me llamaron para que tasara la propiedad. Ninguno tenía ni idea. Casi se caen de culo cuando les digo la cifra. Jim Canady vive ahí ahora.

La miró por debajo del ala del sombrero como si eso tuviera que impresionarla, pero June no cambió de expresión.

Un jugador de béisbol, dijo Howard Emerson. Una pensión mediana. Un lanzador de esos que salen casi al final del partido. Durante una época jugó con los Cardinals. La mejor persona que he conocido.

¡Qué bien!, dijo June.

Ahora hay un montón de *hippies* ricos, dijo Howard Emerson. *Exhippies*, imagino. Hay que ver.

¿Qué es lo que hay que ver?, quiso saber June. ¿Quién quiere verlo? ¿Quién? Ya tengo suficiente de Howard Emerson.

La estoy poniendo nerviosa, ¿verdad?, preguntó Howard Emerson.

No, no.

Parece nerviosa.

No, yo...

Supongo que hace tiempo que tiene esta propiedad, dijo Howard Emerson. Esto debía de ser muy bonito. Llegó antes del campo de golf. Me acuerdo que cuando estaba la fábrica de papel había un olor espantoso. Me alegro de que se llevaran esa fábrica. Olía a perro mojado, todo el día y toda la noche. No sé cómo podía soportarlo.

No era tan malo.

Sí que lo era. Me acuerdo. Pero, ya sabe, bien está lo que bien acaba. Me imagino que compró a muy buen precio. Créame que quedará muy contenta si decide venderla.

Todavía no me he decidido, dijo June. Un día pienso una cosa y luego otra.

La entiendo perfectamente.

Es un lugar con muchos recuerdos.

No intento convencerla de nada, ni de una cosa ni de otra, dijo Howard Emerson. Lo único que digo es que no tiene por qué abandonar sus recuerdos con la casa, se los puede llevar con usted, lo que decida. Caramba, yo crecí en California, en un lugar que ya ni existe. Las mismas casas y las mismas calles, pero ahora ya nadie habla inglés. Y es un barrio bonito, sigue siendo un barrio bonito, solo que está lleno de filipinos. Pero, ya sabe, nada de eso desaparece. Nos quedan las fotos y los recuerdos. Muchos de nosotros aún seguimos yendo por allí.

June no le creyó. Pensó que lo decía como si intentara convencerse a sí mismo de que era cierto. El tiempo *aniquila*, fue lo que pensó. Algo está aquí y luego ya no está. Mi madre ya no está, se dijo, ni mi padre, ni mi marido. Eso es lo que *hace* el tiempo. Así es como funciona. No estaba tan enfadada con Howard Emerson como con el funcionamiento general del mundo, ese robo y esa promesa permanentes.

De todos modos, la tarde era clara y luminosa, con algunas nubes altas. Todavía no estaban en otoño, pero se acercaba. De vuelta a la escuela, de vuelta a la vida. Atravesaron la hierba alta y seca que había en la linde del campo de heno y regresaron a la casa, Howard delante con su sombrero de copa alta y sus botas impermeables, June detrás con su falda larga. Se sentía como una señora y una propietaria, tal como había querido: una inglesa en el Oeste. A lo mejor le ofrecía té cuando llegaran a la casa. A lo mejor lo echaba. Pero ella le había invitado, un amigo de un amigo que podía darle una cifra aproximada de cuánto valía la propiedad, y las señoras inglesas no echaban a sus invitados. Le prepararía té y se quedaría mirando cómo él lo filtraba a través de su enorme bigote.

Agosto, tarde, limonada, vestidos. Tenis. Sintió nostalgia, recordó el instituto, sus largas piernas.

Sin embargo, cuando se vio en el gran espejo del vestíbulo, con sus sandalias deportivas y su pelo corto y cómodo, se dijo que parecía una lesbiana, una de esas lesbianas prácticas y alegres que hacen vida al aire libre a las que conocía del

hospital. Y ya estaba bien de pensar en su estado de ánimo. Le ofreció una cerveza, que Howard rechazó, y a continuación una limonada, que aceptó. Un vaso de vino blanco para ella. Luego entraron en la casa, Howard Emerson se quitó el sombrero y de inmediato se encogió, no solo los centímetros que le proporcionaba el sombrero, sino que redujo a la mitad su cintura y su estatura. Tenía la coronilla blanca y suave como el culo de un bebé y el bigote asomaba enorme, fuera de lugar. June tuvo una visión, primero el sombrero y luego las botas y luego la chaqueta y los vaqueros, para cuando lo tuvieras desnudo no quedaría nada, una larva diminuta.

¿Quiere saberlo?

Se sentaron a la mesa del comedor, el sol de la tarde cruzaba el suelo de madera y una ligera brisa movía las cortinas. Entre ellos había antiguas tasaciones, declaraciones de impuestos y diagramas.

¿Por qué no iba a querer?

Podría cambiar su visión de las cosas. Hacer que todo fuera más difícil.

Lo dudo, dijo June.

Muy bien, pues.

Devolvió los papeles que había sobre la mesa y frunció los labios. Cuando volvió a levantar la vista estaba un poco enfadado, un poco brusco. Había intentado ser comprensivo y ella le había desdeñado.

Dos y pico, dijo Howard. Dos doscientos, quizá dos trescientos.

Dos millones de dólares.

Dos millones doscientos mil dólares, dijo Howard. Podría ser un poco más, como le digo, o un poco menos, pero lo dudo. No quedan muchas parcelas de este tamaño en el valle. Hay que dar gracias a Hoerner Waldorf, ¿verdad? Usted aguantó el olor cuando nadie más quería vivir aquí.

Nunca fue tan malo, volvió a decir June, pero esta vez como un sueño, una repetición automática. Estaba aturdida por la perspectiva del dinero. Los lugares adonde podría ir, los zapatos que podría comprar, el tiempo, los días interminables para ella sola... June tocó los papeles que había sobre la mesa, como si fueran mágicos. Howard Emerson la estaba observando. Había una persona detrás de aquellos ojos azules, June se dio cuenta enseguida. Una persona. Fue una sorpresa. Ni un médico, ni un depredador. June guardó las distancias, alimentó su miedo, pero se dijo que quizá ahora no había nada que temer. La mirada de Howard parecía amable y cansada, y estaba clavada en la suya.

He tenido un poco de suerte, dijo.

Buena suerte, mala suerte, dijo amablemente. Todo va bien hasta que tienes que pagar los impuestos sobre la propiedad.

No me importa pagar impuestos.

Howard no la creyó.

No, de verdad, dijo ella. No sabía por qué, pero le parecía importante explicarse. Dijo: Las escuelas, las aceras, los bomberos, estoy a favor de todo eso. Siempre y

cuando todo el mundo pague su parte.

Lo dijo seria y sonó como una regañina, incluso para ella. ¿Le gustaría ver mis Birkenstock?

A Howard no pareció importarle, quizá ni lo oyó. Dijo: Eso es lo único, ¿sabe? No tiene nada malo quedarse, lo que quiero decir es que el valor no bajará, y me parece que a usted le gusta esto. No hay ninguna razón de peso. Pero, ya sabe, los vecinos se reúnen y hacen un plan de mejoras urbanas, o te hacen una nueva tasación. Lo único que digo es que otra persona podría acabar decidiendo por usted.

Usted es el demonio, ¿verdad?

Howard Emerson pareció sobresaltarse.

Viene a tentarme ofreciéndome ese pérfido mundo, dijo.

Procuro mantenerme a base de Coca-Cola y pizza, dijo Howard. Dar avena a los caballos. No sé nada de ese pérfido mundo.

¿Qué clase de caballos?

Nada muy vistoso, dijo Howard Emerson. Básicamente llevo una residencia de ancianos para caballos. O quizá es como un bar, ya sabe, un grupo de ancianos se sientan y charlan. Me gustan, pero ya no sirven para nada.

June tuvo la impresión de que había hecho tantas preguntas como respuestas había obtenido, pero no quiso insistir. Además, tenía otras cosas que hacer. ¿Sería rica? Era como si alguien le hubiera pedido que se casara con ella, y ahora tenía que decidirse. Howard Emerson, se dijo. El diablo en persona. ¿Qué haría el niño Jesús?

Layla soñó con el apartamento donde los soldados se encontraban la carnicería, los cadáveres decapitados y desmembrados, los cuchillos, los carniceros gordos y de pelo reluciente con la piel sonrosada... Conocía a uno de los muertos, no sabía por qué. Se quedó mirando como un fantasma, como una cámara en el rincón, un ojo y nada más. Como un Picasso, se dijo, *Picasso, Picasso, Picasso*. La palabra seguía repitiéndose en su cabeza cuando despertó, desarmada e inconsciente. Sentía el sabor en la boca, azul grisáceo y marrón. Amargo Picasso. El mismísimo final del verano.

RL mira el teléfono. Vuelve a sonar. Quien llama es su exmujer, la exmujer que le ha dejado cinco mensajes en tres días, y la única palabra en todos ellos es *Llámame*.

Al final tendrá que contestar, pero no se le ocurre ninguna razón para hacerlo ahora.

No le gusta hablar con ella. No le gusta mentir, y miente siempre que habla con ella, no acerca de cosas importantes, sino cosas de poca monta, cotidianas, incluso acerca de Layla. RL considera a Dawn una persona confusa y difícil, y no la quiere en su vida. No es que la odie —si fuera así, todo sería más fácil—, sino que siente una confusión de emociones como en el fondo: compasión y exasperación, a veces incluso nostalgia de una vida, una relación de pareja y un sueño que nunca tuvieron en realidad. Un sentimiento para el ropavejero: cosas en las que no ha pensado nunca y en las que no quiere pensar y ahora tiene que hacer algo con ellas. Dawn podría haber tenido una buena vida de haber querido. A RL eso le parecía bien. Solo habría deseado que hubiera tenido esa buena vida en otra parte, en Hawái, por ejemplo, donde llegó a vivir un par de años, lo que hizo la vida más fácil para él.

Dawn no es de las que te hacen la vida más fácil.

El teléfono deja de sonar y de pronto suena otra vez. Y suena de nuevo. Él la quiso, debía de quererla. Juntos crearon esa niña maravillosa. ¿Adónde fue ese sentimiento? ¿Cuándo se convirtió Dawn en ese coñazo puro y sin paliativos?

Hola, dijo él.

Robert, dijo Dawn. He llamado un montón de veces.

Tengo el teléfono estropeado, mintió RL. ¡Y no lo sabía!

¿Te has enterado de lo de Betsy?, preguntó ella.

RL combatió el impulso de colgar. Eso solo podía ser el prefacio a una mala noticia, el tema preferido de Dawn.

¿Qué le ha pasado?

Bueno, pues que ha vuelto.

¿Qué quiere decir con *vuelto*?

Creo que tenía un dolor en el cuello o algo así, dijo Dawn. Se fue a una clínica de Bigfork y creo que le encontraron algo cuando le hicieron una radiografía.

Había como una especie de alegría en su voz que repugnó a RL como una enfermedad, que es lo que era. Esa era la verdadera información, la información

privilegiada.

Y creo que viene el lunes para que le hagan otra resonancia, dijo Dawn, y me preguntaba si podría quedarse en tu casa.

¿Cómo?

Bueno, necesita un lugar donde dormir. La noche antes y la noche después. No quiere tener que cruzar todo el valle de noche. Además, al día siguiente le hacen un seguimiento.

No, dijo él, esa parte la entiendo. Pero ¿por qué yo?

Seré sincera contigo, dijo Dawn, su frase de cuando se preparaba para soltar alguna trola. Dijo: La última vez, cuando tuvo todos aquellos problemas, fue una fuerza muy negativa, ¿sabes? Toda aquella energía negativa... en este momento no cabe en mi vida. Justo estoy empezando a levantar cabeza, Robert, solo estoy preocupada y preocupada.

Pero a mí no me importará tragarme todo eso.

Tú no dejas que esas cosas te afecten tanto, Robert. No las sientes igual.

Gracias.

Ya sabes a qué me refiero.

Sabía exactamente a qué se refería: a que era un zoquete insensible que iba por la vida pisoteando los sentimientos de los demás. ¡Ese soy yo!, se dijo. Y también: ¡Que te den!

Pero no lo dijo.

Y así fue cómo RL se encontró mirando por la ventana una noche muy lluviosa de principios de septiembre, esperando que aparecieran los faros. Estaba sentado solo en el comedor. Eran casi las ocho. La lluvia había llegado al final de la tarde y RL no se había molestado en encender las luces, con lo que ahora estaba sentado en el crepúsculo, escuchando la lluvia. Layla había salido no sabía adónde y pronto volvería a Seattle, a la universidad. Estaba en casa bajo aquella luz azul, goteante y oscura. Solo en la oscuridad. Había pasado las últimas semanas viéndose con mucha gente, recorriendo los ríos con clientes, encontrándose con posibles inquilinos para las casas que tenía en alquiler: el público y RL al servicio del público. RL necesitaba silencio, estar un rato a solas. Layla pronto regresaría a Seattle y tendría todo el silencio que quisiese.

Sabía que debería ponerse en pie y encender las luces, para que pareciera que había alguien en casa, pero no lo hizo.

No se movió hasta que no oyó la camioneta Toyota detenerse en la entrada. Una leve sensación de estar atrapado. No era eso lo que quería que Betsy supiera de él, que estaba sentado solo en la oscuridad. Un hombre con sentimientos, un hombre de acción. Tardó casi un minuto en activarse, a regañadientes.

Hola, dijo ella. ¿Cómo estás?

RL había olvidado su acento, ese leve deje de Tennessee que todavía conservaba. A la luz del porche se la veía guapa. Eso también lo había olvidado: las delicadas

líneas de su cara, su piel tersa y oscura. Era alta, casi tan alta como RL. En una mano llevaba un tarro de conservas caseras con algo transparente y con la otra agarraba las asas de un cesto gigantesco de muchos colores, como si se hubiera escapado de casa. Corrió para abrazarlo, y el cesto le dio a RL en la espalda.

Mírate, dijo ella. Sentado solo en la oscuridad.

¿Cómo estás?

No lo sé, dijo ella, y sonrió. Creo que no estoy demasiado bien, pero mañana sabremos más.

Betsy entró como siempre con su cesto y su tarro y varias bolsas y fardos más. Iba por la vida en mitad de su propio mercadillo, rodeada de trastos viejos. Algunos eran su labor de punto; otros, comida.

Le entregó el tarro a RL y le dijo: Te he traído whisky casero.

Qué bien, dijo él. ¿Me moriré si me lo bebo?

Si te lo bebes todo, seguro que sí. Pero un trago o dos no te harán daño.

Se sentaron a la mesa del comedor y RL sacó unos chupitos y unas botellas de cerveza. En general prefería la repugnante cerveza americana de lata, pero a Betsy le gustaría más esa otra, de fabricación local con ingredientes naturales. Cerveza *de primera*.

Para mí no mucho, dijo Betsy mientras le servía un chupito. Y para ti tampoco demasiado, si sabes lo que te conviene. Con esto acabarás ladrándole a la luna.

¿De dónde lo has sacado?

Se supone que no debo decirlo.

Chocaron los chupitos y RL apuró el suyo de un trago. Le pasó por la garganta como gelatina de gasolina y se puso a toser, una tos tan fuerte que tuvo que levantarse para dejar que entrara el aire. Algo, el whisky o la falta de aire, se le subió enseguida a la cabeza y vio diminutos cohetes y unos puntitos brillantes que flotaban.

Jesús, María y José, dijo RL.

Ya te lo advertí, dijo Betsy, y dio un sorbo con ademán de señora elegante.

Bueno, sí, pero podías habérmelo *dicho*. Bueno, ¿qué tienes?

RL volvió a sentarse delante de ella y le observó la cara mientras Betsy decidía qué contarle y cómo. La fría lluvia de otoño caía en los arbustos, siseaba en la hierba y resbalaba por las aceras. Era una noche para estar en casa, y ahora que Betsy había llegado, a RL le alegraba tener compañía. No era una noche para estar solo. El ardor de la garganta se convirtió en calor en la barriga y poco a poco se le desperdigó hacia los brazos, los muslos y la cabeza.

No lo sé, dijo Betsy. La verdad es que no quiero hablar de ello.

Tienes buen aspecto.

No, si me siento bien. Me levanto cada mañana a las cinco menos cuarto y salgo a ordeñar las cabras, y luego llevo a los niños al colegio y voy a correr. Me cuido. Me siento estupendamente. No como más que cosas sanas.

RL hizo chocar su chupito contra el tarro de whisky y dijo: Me alegra oír que esto

es bueno para ti.

Ya sabes a qué me refiero.

Lo sé, dijo RL. No es justo.

No lo es, dijo ella. La última vez dejé de pensar en eso. Nada es justo.

Betsy dejó de hablar, y se la vio tan triste y desamparada que a RL le entraron ganas de cuidarla, de prepararle una sopa o arroparla con un edredón. Entonces sintió el peso de Betsy, como un cuerpo que de repente se vuelve pesado cuando queda inerte. Todo su peso llegó hasta él.

¿Tienes hambre?, preguntó RL.

¿Sabes lo que es?, dijo Betsy. Lo siento, debería callarme. Haces por mí más de lo que deberías. Eres muy amable al dejarme estar en tu casa. Al aguantarme.

Cuéntame, dijo RL. ¿Qué ocurre?

Se lo pensó un momento, dio un sorbo de whisky, se estremeció con el sabor y el ardor, volvió a armarse de valor. Tenía la piel de la cara áspera y curtida por el viento, una vida al aire libre. Todavía era guapa, pero tenía las manos como él, estropeadas, arrugadas y llenas de manchas. Nuestras manos nos delatan, se dijo RL, siempre.

Todo lo que sé, dijo ella. Todo lo que creo acerca del universo me dice que la intención lo es todo, ¿sabes? Uno actúa por el premio. Miras donde quieres ir y no te preocupas por donde podrías acabar si la cagaras del todo. Y, ya sabes, mis cabras, mis hijos, mi casa, he vivido al *cien por cien* como si no fuera a pasarme nada. En esto he sido clara, Robert. He sido sincera al *cien por cien*. Sé lo que quiero y lo quiero completamente, y lo digo con toda claridad.

A veces pasan cosas, dijo RL. La última vez no lo provocaste tú. No fue culpa tuya.

No, no fue culpa mía, dijo Betsy. Pero en aquel momento había mucha energía negativa en mi vida.

RL se la quedó mirando con una sensación de miedo y aprehensión en su interior. Betsy seguía siendo guapa y tenía un alma bondadosa, pero todavía creía en todas aquellas cosas que no eran ciertas y decía cosas de sí misma totalmente equivocadas. Se paseaba dentro de una espesa nube de energía negativa que ella misma generaba, pero no podía ver. No podía verse a sí misma. Estaba ciega.

Ese es el problema, dijo Betsy. Creía que si mi intención era buena, si me mostraba clara, en lo más profundo de mí... Ahora no sé qué pensar, con qué carta quedarme.

A lo mejor mañana te dan una buena noticia. ¿Qué programa tienes?

Una tomografía, axial, por emisión de positrones, yo qué sé... Se me ha olvidado. Una tomografía.

Puede que no sea nada.

Puede, dijo Betsy. Creo que vieron algo en Bigfork. La verdad es que no sé qué pensar, Robert. No sé qué hacer.

Betsy lo miró fijamente a la cara como si allí fuera a encontrar una respuesta. RL

casi se ruborizó. Él no tenía ninguna respuesta. No tenía palabras para apaciguarla. Sin embargo, quería salvarla.

Lo siento, dijo ella, y soltó una risita amarga. Soy la peor invitada que podías tener.

¿Sabes lo que es raro? Has pasado al lado de mi camioneta cuando venías hacia la casa y todavía no te has cagado en ella.

Betsy volvió a reírse, y tampoco esta vez fue un sonido alegre.

Estoy harta de la tierra, dijo Betsy. Que la salve otro. Otro que vaya a vivir más tiempo que yo. Que la salven mis hijos, si quieren. Yo ya he renunciado. Vamos a ver un poco la tele.

Pero si odias la tele.

Últimamente no, dijo ella. Últimamente es lo mejor que me ha pasado nunca.

Así pues, se sentaron el uno al lado del otro en su sofá de soltero, con el cómodo cuero primero fresco y luego calentándose poco a poco bajo su piel, y RL le entregó el mando a distancia y fue buscar cerveza fría para los dos, y la lluvia caía al otro lado de las ventanas mientras pasaban por los canales de deportes, veían modelos y maquetas de trenes y caras atribuladas, explosiones en el cielo e imágenes de la mismísima cerveza que estaban bebiendo, coches y persecuciones, armas que se disparaban, serias conversaciones acerca de la bandera, el béisbol, aviones a reacción que atravesaban el cielo y siempre la teletienda la teletienda la teletienda, atractivas imágenes de más y más. Betsy era incapaz de quedarse en un canal. RL se dijo que los quería todos, todo ese mundo falso, ciento veinte canales de nada y todo dentro de ella, un mundo sin ella, un mundo sin fin. Junto a ella y a miles de kilómetros de distancia. RL nunca había sentido esa soledad. Quería hacerla feliz. Quería que se sintiera segura. Quería lo que quería, e iba a conseguir todo lo que consiguiera.

Solo con una chica, dijo Daniel, y solo dos veces. Estábamos borrachos, eso fue todo. Fue más un accidente que otra cosa. El hecho de que se lo contara demostraba que ella podía confiar en él.

Layla estaba en el Angler haciéndole compañía a Edgar, un martes bastante tranquilo. Ya no llovía, pero el río seguía alto y sucio y casi nadie entraba en la tienda. O bien se iba a Seattle en un par de días o no iba. No tenía a nadie con quien hablar, nadie a quien contárselo. Ella se lo había buscado y ahora tendría que aguantarse.

No te muevas, dijo Edgar. Quédate así.

Las luces estaban encendidas en la zona de la tienda, pero a esa hora de la tarde no había clientes. Estaban en la zona de la oficina con las luces apagadas, y Edgar estaba dibujando un bosquejo de su cara. Era una suerte que el brazo que tenía escayolado fuera el izquierdo, pues así podía seguir dibujando. Layla no veía la luz que le daba en la cara, naturalmente, pero podía verla en la de él, y era una luz hermosa, suave y gris. Cualquiera estaría favorecido con una luz así, suave a través de las nubes y los grandes ventanales sin iluminación.

Cuéntame algo, dijo Layla.

Algo.

Va, da igual.

¿Qué te pasa?, dijo él. Parece que vayas a echarte a llorar.

Nada, dijo ella. Todo va bien al *cien por cien*.

Me alegra oírlo, dijo Edgar. Siguió dibujando. A veces Layla se imaginaba a sí misma en una vida mejor, una vida rusa, una vida de brillo y relumbrón. En Seattle a menudo le recordaban que no era más que una chica de Montana, una paleta de provincias. Sabía beber y sabía pescar, pero todos los demás lo sabían todo. Otras veces pensaba que alguien descubriría a Edgar —era bueno de verdad— y que entonces sería un pintor famoso y haría cuadros de ella. Algo relacionado con ese mundo de brillo y relumbrón. Una banda de rock ya había utilizado un cuadro de Edgar como portada de su cedé, aunque el grupo nunca llegó a nada. Una tristeza elemental en su interior que creía que el champán podría curar. El viento cambió y gruesas gotas de lluvia se estrellaron contra el cristal. Haz esto, haz lo otro, ponte así, no te muevas. Una suerte de placer furtivo en el hecho de que le dijeran qué hacer.

Desde el accidente, Edgar estaba constantemente medio enfadado, siempre le molestaba el yeso. Estaba demasiado tiempo en casa, y el resto lo pasaba en la tienda y no en el río, que adoraba. RL también adoraba el río, pero a los clientes no tanto. A Edgar los clientes no parecían importarle. Tenía algo animal y adorable. Layla había visto los músculos de su espalda mientras remaba, el ejercicio que necesita un cuerpo. Se manejaba bien en el agua, con lo remos, con sus brazos largos y elegantes. La barca se movía sin esfuerzo, casi sin intención, cuando estaban en el agua. Pero ahora que vivía encerrado, se le veía quisquilloso, desgarrado y tenso. Dirigió una mirada ceñuda al cuaderno de dibujo, intentó enmendar algo con la base de la mano, pero renunció y giró la página.

¿Puedo verlo?

No, dijo él.

Porque es una mierda, por eso, dijo antes de que Layla pudiera preguntar.

Layla se le acercó por detrás y giró la página del cuaderno. Era su cara pero no su cara, alguien que sabía más cosas que ella, que había visto más tristeza. Layla sintió cómo se convertía en esa persona, y no era eso lo que quería. Ahí fuera la esperaba todo ese mundo. Había veces en que pensaba que podía dejarlo todo atrás si era lo bastante veloz, pero ahora se daba cuenta de que nunca lo sería.

Parezco vieja, dijo.

Solo estás cansada.

Entonces casi se lo contó, lo de Daniel el follador. Recordó su cara con renovado disgusto, un líquido pegajoso azul intenso. Nadie la amaba.

Hoy soy vieja, dijo.

¿Te encuentras bien?

No, dijo ella. Sí. Estoy bien. Es solo que estoy cansada, tienes razón.

Voy a preparar una taza de té, dijo Edgar. ¿Quieres una taza?

No, dijo ella. No, sí. Me tomaré una taza, gracias.

El hervidor estaba en la otra punta de la tienda vacía, y Edgar la dejó sola bajo aquella delicada luz. Layla escuchó los pequeños sonidos, la lluvia en el cristal de la ventana, el zumbido de los neones, el silbido de los neumáticos sobre el asfalto mojado y la salpicadura del agua que caía por los canalones. Al cabo de un minuto, el agua estaba a punto de hervir. Vuelve, vuelve, se dijo. Quería que Edgar estuviera de nuevo con ella, cualquiera que le dijera dónde poner las manos, cómo colocar la cara, cualquiera que le dijera qué hacer.

Ya se había acostado con Betsy antes, mucho tiempo atrás. No era un secreto, no era una clave. Pero no era algo a lo que a RL le gustara dar muchas vueltas. Al igual que gran parte de su vida en aquella época, aquella experiencia le parecía simplemente dolorosa e infructuosa, dolorosa por infructuosa.

Recordaba la forma de su cuerpo, desnuda, su longitud resbaladiza de foca en aquellas fuentes termales de Idaho, en medio de aquel bosque nevado, mientras los copos aterrizaban en sus rodillas y en su pelo y ellos los observaban, colocados. ¿Fue la vez en que vieron un alce? En una ocasión, estaban desnudos en el remanso de guijarros cuando un alce hembra y dos crías pasaron por la otra punta del calvero, apareciendo en silencio entre los cedros, los helechos y la niebla, y se quedaron allí, paciando durante una hora, sin prestarles atención. En una ocasión, tuvieron una extraña relación sexual sumergidos en el agua, y entonces ella le hizo rodar fuera sobre la nieve y le siguió y continuaron rodando por la nieve como crías de foca, haciéndose cosquillas y retozando. ¿Seguro que aquello ocurrió? Parece otra vida, la de otra persona.

Aquello fue en un período entre Dawn y Dawn, un momento en que habían roto o ella estaba interesada en otra persona o se había mudado a California para pasar el invierno o lo que fuera. La verdad es que Dawn era un espanto de pareja. Sabía exactamente dónde se metía cuando se casó con ella.

Así pues: unos meses, un invierno al que siguió una primavera larga y fría, una extraña mezcla de virtud y vicio, infusiones y cigarrillos, arroz integral y cocaína. A RL le encantaban las chicas —sí, de verdad— antes de que cumplieran los treinta y se volvieran estrictas y amargadas. Era la época en que todo el mundo fumaba. Al recordarlo le parecía un mundo distinto. Él nunca fue un *hippie* auténtico, seguía comiendo carne y bebiendo licor y se levantaba a las cinco de sus camas estampadas y perfumadas para coger el coche e ir a Wolf Creek y pescar en el Misuri.

En aquella época el mundo parecía un lugar más interesante y variado. RL se preguntaba si realmente lo era o si solo lo parecía porque todo era nuevo para él.

Pero ellas necesitaban algo de él, y él quería algo de ellas. No solo atención, no solo sexo. ¿Qué? Nunca llegó a saberlo.

Aquella vez en que se despertó en la cama de una chica a la que juraría que nunca había visto antes, la dejó durmiendo, nunca volvió a verla... Era una época distinta.

Todo parecía distinto.

Con Betsy pasaban dos cosas: primero, que se quedó por allí. No exactamente en su casa, sino con su horroroso marido *hippie* en el Swan, pero aparecía por el pueblo lo bastante como para formar parte de su vida, para convertirse en otra persona que estaba en su interior, esperando para salir. Ella seguía allí. Todos seguían allí.

La otra cosa fue cómo acabó todo. No iba a tener una relación de por vida, un matrimonio. Se gustaban, se acostaban. Él le llevaba pescado blanco ahumado; le llevaba vino tinto; la llevaba a la cima del Snowbowl con su camioneta GMC de setecientos cincuenta kilos, y luego subían con el telesquí para ver el eclipse solar. Durante toda aquella larga primavera, mientras la maldita nieve se fundía y luego volvía a congelarse cada tarde, bebían infusiones y whisky, y estudiaban mapas del Parque Natural Bob Marshall y del de Scapegoat, planeando dónde irían en agosto, subirían a la montaña Scapegoat y luego a la Muralla China, o quizá al río White, que supuestamente tenía que estar lleno de truchas degolladas grandes y rollizas, tontas de remate. En marzo fueron a Seattle a beber café y a visitar algunos amigos de ella. En abril se fueron a Utah para tomar el sol del desierto.

Estuvo bien, se dijo. Eran camaradas, compañeros de viaje. Pero cuando aquella primavera la nieve se fundió ella se fue a plantar árboles con una gente que vino de Oregón y trabajaba cerca de Avery, Idaho. Betsy se subía a una locomotora para ir a los bares de Missoula, los fines de semana que cobraban, y al principio también los otros fines de semana. A veces iba a verlo. El Centro para Mujeres de Milwaukee estaba a punto de cerrar, a nadie le importaba ya y conocieron a esa lesbiana tan guapa, Dense, que era una guardafrenos fetén en aquella línea. Un par de veces RL fue a visitarla en tren: se tardaban muchas menos horas que conduciendo, e iba en la locomotora principal mientras el tren subía lentamente la cordillera Bitterroot, kilómetros y kilómetros de una desolación verde y granito delante de ellos, el páramo extendiéndose a su espalda.

Y luego todo se acabó. Fin. Un fin de semana de paga de julio, él la estuvo esperando durante todo el viernes por la noche y no hubo noticias. Ni durante el fin de semana ni durante la semana posterior ni la otra.

Por amigos de amigos se enteró de que ella estaba bien, solo que no iba a ir al pueblo. Algo pasaba, nadie sabía exactamente el qué. Simplemente se había ido. Lo había dejado con las velas preparadas para la cena y una botella de ginebra en el congelador. Aquel verano fue el primero que él trabajó para Saul Pohler, y aquel cabrón le hacía sudar la gota gorda transportando caravanas al otro lado del río y preparando almuerzos y atando moscas e incluso haciendo de guía un par de veces cuando las cosas se ponían mal —aunque Saul no creía que él supiera lo bastante como para hacer de guía, así se lo dijo—, y pasó el verano, y luego, en septiembre, llegó la invitación de boda de Betsy. Elizabeth Ann Broughton. Hasta entonces no sabía cuál era su segundo nombre.

El último día claro y cálido de verano salieron del parque estatal en Big Arm en la lancha motora de Howard y se dirigieron hacia Wild Horse Island, June, Howard y Layla. Fue poco después del Día del Trabajo, y los elegantes caserones que bordeaban las orillas del lago, como estaciones de tren construidas por diversión, estaban desiertos excepto uno o dos: una pareja de ancianos leyendo al sol, una universitaria bronceándose en el extremo de su terraza, como un lagarto.

Desde ahí, el lago se extendía unos treinta kilómetros al norte, azul como un ojo, y acababa en las blancas montañas de Swan Range. En las montañas, las lluvias de la semana pasada habían sido nieve. En el lago, el clima era de verano —*era* verano—, pero en las montañas la estación ya estaba cambiando. Era martes y todos tenían la agradable sensación de estar haciendo novillos, un día robado mientras el resto del mundo trabajaba. De hecho, Howard estaba trabajando —había una cabaña en la isla a la que tenía que echar un vistazo—, y ninguna de las dos mujeres tenía nada especial que hacer. June había cambiado su turno habitual del fin de semana y la universidad no comenzaba hasta dentro de dos semanas.

June no tenía ningún sitio adonde ir, pero seguía con ese delicioso sabor a día de novillos. Howard había cambiado su sombrero de vaquero por una gorra de béisbol con las letras King Ropes Sheridan Wyoming; iba al timón descalzo, hendiendo la brisa con la proa de su bigote, a mucha más velocidad de la necesaria. El agua fría del lago se levantaba en rocío y mojaba a las mujeres, que estaban sentadas en la popa, repantigadas, bebiendo Coca-Cola *light*. Cuántos regalos, se dijo June: este día, este sol. Los días en que la vida era fácil. No había tenido demasiados, pero supo —cuando zarparon del embarcadero con el depósito lleno de gasolina y una nevera cargada, sin ningún rumbo concreto y con el móvil desconectado en el coche— que aquel sería un día fácil.

Incluso Layla, Layla era un regalo. Sin Layla, habría tenido que ir sola con Howard, y no estaba preparada para eso. Si es que iba a estarlo alguna vez. Esa misteriosa tercera persona, se dijo. Ayer había dicho que lo acompañaría y luego, durante todo el día, había sentido una bolita caliente de temor en el vientre. Media docena de veces había cogido el teléfono para decirle a Howard que no podía ir, pero no se le había ocurrido ninguna mentira creíble. De todos modos, mentir no se le daba bien. Entonces había aparecido Layla, sin aviso ni explicación había dicho que había

salido a dar un paseo en coche y había visto luz. A June le pareció inverosímil. Su casa estaba a unos dieciocho kilómetros del pueblo y al otro lado del valle. Fuera cual fuera el motivo de su visita, June nunca lo sabría. Se alegró de verla. Bebieron un vaso de vino en el porche y escucharon el silencio de la noche, sin hablar de nada. A lo mejor fue eso, se dijo June. A lo mejor todo lo que la chica necesitaba era otro corazón latiendo junto al suyo, otra persona respirando a su lado y conversación.

Al final de la velada, sin consultárselo a Howard, invitó a Layla a ir al lago.

Howard pareció sorprendido, pero no molesto. La verdad es que June no tenía ni idea de qué podía pensar aquel hombre.

Aquella misteriosa tercera persona, se dijo June. Alguien ante quien actuar, alguien que hiciera de árbitro. El fastidio de un pequeño error tras otro. ¡Qué difícil era saber qué decir! Como entrar en un cine con la película a la mitad, se dijo, e intentar adivinar el argumento. Howard había traído enfriadores de vino y limonada con ginebra para ellas, pero cerveza sin alcohol para él, lo que significaba... ¿qué? Al ver los O'Douls, June se dio cuenta de que nunca había visto a Howard beber, y, sin embargo, estaba segura o casi segura (¿por qué?) de que se había tomado una copa o dos por el camino. Pero tener a Layla a bordo significaba que la cuestión no podía plantearse, ni siquiera contemplarse; todo era calma y navegación, charla trivial y fácil.

De repente, Howard redujo bruscamente la velocidad y la proa del bote cayó de golpe al agua. Se detuvo delante de una casa muy alta de fachada de cristal situada en la orilla, que apuntaba hacia el cielo como dos manos en oración.

¿Veis ese lugar?

Las mujeres asintieron.

Es del entrenador de los Detroit Pistons, dijo Howard. Nunca he visto a nadie en ella.

Vamos a quemarla, dijo Layla.

Sí, vamos a quemarla, dijo June.

Howard volvió a hacer planear el bote. Nada de eso, gritó. En este barco estamos a favor de la propiedad inmobiliaria.

June no dijo nada, pero no lo tenía tan claro: todos esos millones de dólares, todas esas casas silenciosas y vacías. Las únicas que parecían ocupadas eran las habitadas por parejas de abuelos, pequeñas cabañas hechas de restos con canoas en el césped, aunque estas quedaban empequeñecidas y superadas por las de los nuevos ricos, viviendas enormes de cristal con grandes lanchas motoras en los embarcaderos. De repente, tumbada ahí al sol, le entró una tremenda nostalgia: ella y Taylor y a veces RL y Dawn alquilaban una casa una semana en verano, fumaban porros en el embarcadero y miraban las estrellas fugaces... Era como si hubiera ocurrido hacía apenas unos minutos; parecía imposible que el bebé que Dawn había llevado a la boda de June estuviera ahora delante de ella, con aquellas piernas tan largas y tan guapa. Taylor, pensó, mientras cruzaba el agua a toda velocidad en la barca de otro

hombre. Taylor. Incluso el mundo en el que habían vivido había desaparecido, los chamizos llenos de ratas y las casitas medio derruidas con nombres como «Nuestra Destrozaespaldas».

No debería estar allí. Lo supo de repente pero con absoluta certeza. Una traición.

Entonces echó el cuerpo para atrás. Una trampa, un consuelo, una insistencia en aquella tristeza. No era su amigo, se recordó. No te hagas amiga de tu enfermedad.

Levantó la mirada y vio que Layla le sonreía.

Tenías cara de estar discutiendo contigo misma, dijo.

Y es verdad, dijo June, y le devolvió la sonrisa.

¿Quieres nadar?

¿Crees que hace suficiente calor?

Yo tengo calor, dijo Layla. Y el agua no va a cambiar demasiado. ¡Capitán Howard!

Sí, señora.

A ver si puede encontrarnos un lugar para nadar.

Howard apagó el motor en aquel mismo instante, y la barca reculó un poco sobre su propia estela, una espuma blanca que habían dejado a su paso. Dijo: Este es un lugar tan bueno como cualquier otro.

Un poco yang, pensó June. Un exceso de energía masculina. Entonces, antes de que pudiera pararse a pensarlo e impedirlo, se puso en pie y se quitó la camiseta en un solo movimiento y se zambulló.

Al momento sintió el agua fría y envolvente. En cuanto sus dedos tocaron el agua fría, su cuerpo chilló *error* e intentó levitar, pero no pudo detenerse y se hundió en las profundidades aún más frías. En alguna parte oyó otra salpicadura y supo que era Layla zambulléndose tras ella. June nadó hacia la superficie y se quitó el agua de los ojos, y ahí estaba Layla y las dos comenzaron a chillar a causa del frío. Como criaturas en una piscina pública gritaron y chillaron, con una voz sonora, aguda y desgarradora, puro yin.

Chillaron tan solo por gusto y les gustó. Sin embargo, cuando June levantó la mirada vio a Howard Emerson mirándolas desde la popa como un severo juez, un juez de la horca, se dijo June, y se volvió hacia Layla y chilló otra vez, más fuerte. Layla respondió a su chillido. No le prestaron atención a Howard. Me encanta esta chica, pensó June.

A continuación, se oyó una zambullida como una bala de cañón y Howard estaba en el agua con ellas, o casi todo en el agua; llevaba la gorra firmemente encasquetada en la cabeza y tenía el bigote seco y tupido. Al menos se había quitado las gafas de sol. Pestañeó desde su cara inexpresiva a la cara inexpresiva de ellas (June se había probado en secreto sus gafas en una ocasión, y los ojos de él casi no servían para nada) y por una vez se le vio impotente, confuso. A June le gustó. Desprovisto de su concha viril, aquella quitinosa concha exterior, parecía momentáneamente accesible. A lo mejor podría ser así siempre. Podría ser adorable.

Esto me recuerda a Nueva Zelanda, dijo Howard, y la burbuja estalló. Volvía a tener razón. Siempre tenía razón.

Pero ¿por qué June era tan rezongona? No tenía motivo.

Igual que los puercoespines, se dijo. Muy, muy prudentes.

¿Cuándo estuviste en Nueva Zelanda?, preguntó con un tono alegre.

Hace tiempo, dijo Howard. Unas cuantas décadas. Cuando todavía no iba nadie.

¿Y qué hacías allí?

Ah, dijo, dejando flotar sus piernas delante de él, remando indolentemente con las manos para mantenerse a flote. Llevaba otra vida, dijo. Era una especie de surfista errante.

Bueno, eso parece interesante, dijo June; aunque todos esos disfraces, todas esas otras vidas la ponían nerviosa. Vaquero, surfista, jefe indio. Era como salir con los Village People.

El agua azul y las montañas que salen directamente de ella, dijo Howard. La nieve en las montañas. Claro, era completamente distinto, pero al mismo tiempo tenía mucha *similitud*.

Similitud, se dijo June. No *similitud*. Pero no dijo nada.

El agua está *fría*, dijo June.

Te acostumbrarás.

Si no te congelas y te mueres antes.

Nadie va a morir, dijo Howard. No te mueres con esta temperatura. Si estuviera un poco más fría, quizá. Una vez me caí de una barca en el estrecho de Puget, y casi no pudieron dar media vuelta a tiempo para recogerme.

¿Era un barco pequeño?

No, era bastante grande, diez metros o más.

¿Y cómo te caíste de un barco?

No tiene importancia, de verdad.

Lo que yo decía, pensó June. Porque estaba borracho. Se metía en peleas. Algo de lo que todavía no quería hablar, un capítulo cerrado y ojalá que ya olvidado. June se recostó en el agua y levantó la vista hacia el cielo azul intenso, con jirones y restos de altas nubes. El sol casi había calentado los quince o veinte centímetros de la capa superficial del agua. ¿Qué quería de él?

Un momento difícil de mi vida, dijo Howard. Mi época de Seattle.

Nada más oírlo, June se dio cuenta de que no sabía dónde estaba Layla. Howard nunca diría algo así si Layla podía oírlo. Miró a su alrededor y no la vio por ninguna parte.

¿Dónde ha ido?, dijo June.

¿La chica?

La chica, dijo June. ¿Dónde ha ido?

Howard se puso vertical de golpe y escrutó el horizonte con sus ojos borrosos. June dio vueltas en el agua en medio del pánico y, en ese momento, de manera

accidental, vio la cabeza de foca de Layla salir a la superficie a unos treinta metros de distancia, nadando rumbo a China. Una marsopa escurridiza, se dijo. Una chica guapa.

Está allí, dijo June.

¿Dónde?

Por allí, dijo June, y señaló, y Howard apuntó con la cabeza en esa dirección, aunque era imposible que la viera. A June eso la conmovió, su voluntad de proteger. Hombres viriles y chicas difíciles, se dijo. ¿Adónde demonios iba Layla?

¿Y por qué todo el mundo se vuelve loco de repente? ¿Es que Layla no podía esperar a que fuera su turno?

¡Layla!, gritó. Layla, ¿adónde vas?

Pero su voz se perdió de inmediato en la vastedad de las aguas, extinguiéndose a unos pocos metros. June se sintió pequeña y sintió el agua fría.

Será mejor que vayamos a buscarla, dijo June.

Sigo sin verla, dijo Howard.

Bueno, pues está allí, dijo June. Será mejor que vayamos a buscarla.

¿Qué está haciendo?

Ha perdido la chaveta, dijo June. No lo sé.

Subieron a bordo por la escalerilla y siguió uno de esos breves momentos auténticos: la considerable picha de Howard bajo su bañador húmedo, June gorda y fofa bajo su mirada. Oh, el cuerpo, se dijo June. Howard se veía pequeño sin su ropa y blanco como un escocés donde no le había dado el sol, en la parte superior de los brazos, en la espalda, la barriga y las piernas, pero tenía un cuerpo firme y no estaba gordo. June sabía que ella no estaba mal para ser quien era. Pero se había visto demasiado a menudo en los espejos del gimnasio como para que le gustara que la miraran. Estaba bien para su edad, pero no era una buena edad.

De todos modos, Howard era un caballero, y apartó la mirada y se enfundó una camiseta y puso en marcha el motor y persiguieron a Layla, a la que ahora podía ver, una vez puestas las gafas.

¿Qué pretende esta chica?, dijo, más para sí mismo que para June.

No hacía falta que June contestara. Por un momento se le ocurrió ponerse la camiseta encima del bañador mojado, pero le pareció una cobardía. Esta soy yo, se dijo, un poco gastada, un poco usada. Esta soy yo.

Llegaron a la altura de Layla, y Howard apagó el motor.

June preguntó: ¿Qué estás haciendo?

Layla braceó un momento y a continuación dijo: Nadar. Me apetecía nadar.

Ya me he dado cuenta. ¿Quieres subir a bordo?

Creo que no. ¿Todo va bien?

June miró a Howard, como preguntando. Él dijo: Tenemos todo el día.

Muy bien, pues, dijo Layla, y se sumergió bajo el agua y volvió a la superficie y se puso a nadar a crol moviendo con facilidad sus largas extremidades, sin

apresuramientos ni salpicaduras, y puso rumbo... ¿adónde? Apuntaba a Bigfork, a veinte kilómetros de distancia. Puso rumbo hacia el gran vacío que había en mitad del lago, donde no había ninguna casa, solo las colinas, las montañas y el agua. Al cabo de unos minutos, Howard volvió a poner el motor en marcha y la siguieron a poca velocidad, permaneciendo tras ella, dejándola a sus anchas mientras nadaba hacia el corazón vacío del lago. Cuando volvió a apagar el motor, el silencio fue inmediato y envolvente. Era martes, y todo el mundo trabajaba, y los tres estaban solos en el lago.

Un final de septiembre lluvioso, las cuatro, todo el mundo tenía prisa y nadie iba a ninguna parte, las luces de freno se reflejaban en las calles satinadas, RL conducía la gran camioneta Ford y Betsy iba a su lado con sus cestas y sus fardos.

Estoy acojonada, dijo Betsy.

Te entiendo, dijo RL.

No, no me entiendes.

No, dijo él. Tienes razón.

Al cabo de un minuto, Betsy dijo: Creo que solo quieren que me quede esta noche para echar un vistazo. No va a ocurrir nada hasta mañana por la mañana. Creo que solo quieren asegurarse de que no coma nada.

Al cabo de un minuto, Betsy dijo: Creo que solo quieren asegurarse de que no me lo paso bien.

¿Quieres una cerveza? Tenemos tiempo, creo. ¿Un vaso de vino?

No quiero llegar tarde.

Tarde ¿para qué? Lo has dicho tú misma.

Oh, dijo Betsy. Vale. Pero vayamos a un lugar sin humo.

Porque fumar es malo para ti.

Eso te matará, dijo Betsy.

Ya no se puede fumar en cualquier lado, dijo RL. Esa época se ha acabado. No sales mucho, ¿verdad?

No quiero salir, Robert. Si por mi fuera, regresaría a mi pequeño agujero y llevaría mi vida insignificante hasta que todo acabara. Me gusta dormir en mi propia cama y comer lo que yo cocino.

Sentada frente a él a una mesa junto a la ventana del Depot Bar, la luz lluviosa bañándole la cara y una jarra alta de cerveza delante de ella, Betsy dijo: Todavía se puede fumar en Liquid Louie's.

Me había olvidado de Liquid Louie's, dijo RL. Menudo antro. ¿Crees que esa zorra chalada todavía está en la barra?

¿Carol-Ann? Es vecina mía.

Por mí como si fuera el Papa, dijo RL. Una noche me echó del local en medio de una tormenta de nieve. Dije algo malo de los Green Bay Packers.

Le encantan los Packers, dijo Betsy. Entonces los dos se quedaron en silencio. Era

temprano, la hora anterior a la *happy hour*, y tenían todo el local para ellos, casi, y la luz suave y gris que se filtraba a través del cristal hacía que su cara pareciera suave y hermosa, casi juvenil. RL se acordó de la forma de su cuerpo, largo, de su viva y repentina sonrisa cuando estaba colocada, como una brecha en las nubes en un día al viento, el sol apareciendo súbitamente... Era un error, pensó, tener que decidir entre una cosa u otra. En aquella época no parecía que tuviera que decidir nada, ni para bien ni para mal, era simplemente algo que ocurría. Una experiencia, en una época en que estaba ávido de experiencias, cuando estas lo eran todo. ¿De dónde procedía, se preguntó RL, ese deseo de hacer que cada día fuera idéntico al anterior? Se preparaba el café de la misma manera cada mañana, leía el periódico empezando por el final, había llevado la misma marca de vaqueros al menos durante los últimos veinte años. La premuerte, a lo mejor, se dijo RL.

Betsy lo miró y sonrió. Sabía exactamente lo que estaba pensando. No había ni que decirlo.

¿Te he hablado de la fiesta del agua?, preguntó Betsy.

Si lo has hecho, no me acuerdo.

Justo cuando salí de la universidad, dijo. La primera vez que fui de viaje sola, me marché a Tailandia. Antes de conocerte. Susan Cohén tenía que venir conmigo, pero pilló la mononucleosis, o eso me dijo. Yo lo que creo es que acababa de conocer a su novio y no quiso venir. O sea, que la opción era no ir o ir sola, cosa que en realidad tampoco me apetecía. ¿Te estoy aburriendo?

No.

Todo esto son cosas de hace mil años. Parece que haya pasado mucho tiempo. Casi como otra vida.

Pero fuiste.

Fui, dijo. No quería ir, pero tenía el pasaporte y el billete y pensé: A la mierda, puedo volver antes si me apetece. Además, era una época extraña, porque mis padres acababan de morir. Tenía mucho dinero, pero era todo el que iba a recibir. No sabía muy bien qué pensar.

Me acuerdo, dijo RL, y se acordaba, se acordaba de haberla abrazado mientras lloraba. La llevó en coche al aeropuerto el día que volvió a su casa para el funeral, pero el avión estaba cubierto de hielo en Sopkane y llevaba horas de retraso. Acabaron borrachos y llorando en el bar del aeropuerto, contemplando los esporádicos copos de nieve que descendían lentamente entre la niebla blanca y helada. Incluso en aquella época, a él le pareció extraño que Betsy no tuviera ninguna otra persona cercana, alguna amiga que la llevara al aeropuerto y le cogiera la mano. A él no le importó hacerlo —le gustaba, le hacía sentirse útil—, pero su momento había llegado y pasado un año antes o más, y ya no era más que un amigo con una chica triste y borracha en un aeropuerto.

Primero me fui a Phuket, dijo Betsy. Sexo, drogas y *rock and roll*, fiesta todo el tiempo. Lo odiaba. Ya me conoces... ¡Soy tan aguafiestas! Pero me encantaba el

océano, sentir el agua, el cielo azul y las nubes. Y la arena era tan blanda y blanca. Acabé en una isla al sur, en la época en que casi no había turistas. Alquilé un pequeño *bungalow* de cemento realmente horroroso, y también había una librería en Phuket, así que lo único que hacía era leer y estar echada al sol, incluso en las horas más calurosas del día. Cuando cierro los ojos todavía recuerdo la sensación del sol y la arena. Parte de aquella sensación procedía de abandonarme a mi cuerpo, y parte de ella obedecía al deseo de no existir, ya sabes, a borrar me del mapa. Desaparecer. Por las noches me iba a un bar y bebía whisky. Y de día me sentaba al sol y leía *Anna Karénina*. Había lagartijas por todas partes. Ese es el origen de todo esto.

¿De qué?

Del melanoma. Del sol que tomé en Phi Phi Don. Entonces ya sabía que tanto sol no era bueno para mí, pero me hacía bien. Era como si quemara algo que había dentro de mí.

¿Crees en eso?

Sí. Creo en la intención. Quería borrar me del mapa y mira: funciona.

Betsy le sonrió y dio un sorbo a su cerveza. Un escalofrío recorrió la columna vertebral de RL. Ella no tenía ninguna esperanza. De nuevo sintió al Galahad de su interior que quería salvarla, devolverla al mundo, entre los vivos. Sabía que no podía, sabía que quizá tendría que intentarlo.

Betsy dijo: Conocí a un chico tailandés, de mi edad. El único que era más borracho que yo. En aquella época todo el mundo fumaba yerba tailandesa, y ojalá tuviera un poco ahora, pero en aquella época los dos preferíamos darle al frasco. Y una mañana los dos nos despertamos resacosos y decidimos que teníamos que salir de allí, yo me dije que nos estábamos matando y Ray pensó que necesitábamos un lugar espiritual. ¿Sabes?, Ray era una buena persona de verdad. Podría haber hecho cualquier cosa conmigo. Yo no tenía a nadie y me entregaba a cualquiera que me aceptara. Allí siempre pasaban cosas muy jodidas.

Se calló mientras recordaba. A continuación dijo: Encontraron a una chica muerta, encadenada a la cama. Una chica canadiense. Pero no, Ray nos hizo subir a un autobús, compró Coca-Cola y aspirina con codeína para la resaca, e hicimos un viaje de dos días hacia el norte, hasta Chang Mai. Estuve temblando todo el tiempo.

¿Ray?, dijo RL.

Su verdadero nombre era largo como una acera, dijo Betsy. Todo el mundo le llamaba simplemente Ray. Conocía a gente en todas partes. Llegamos a Chang Mai y enseguida nos instalamos con su primo en una especie de, no sé cómo decirte, un garaje o algo que había detrás de su casa. Yo tenía dinero, podríamos habernos alojado en un hotel, solo que así parecía más una aventura. Además, no sé, a lo mejor no había hoteles. La gente venía de todas partes para la fiesta del agua. Había elefantes por las calles. Me acuerdo de las ropas y los colores y de que todo el mundo sonreía y de los niños. Eran los primeros que empezaban a tirarse agua unos a otros, y de repente había agua por todas partes. Yo era tan tonta. Llevaba una camiseta blanca

y al cabo de cinco minutos todo era: ¿Qué te parece mi sujetador? Pero a nadie le importaba. Ni siquiera sé si se fijaron.

Estás guapa.

¿Qué?

El simple hecho de hablar de aquello te hace sentirte feliz, hace que estés guapa, dijo RL.

Bueno, fui feliz, dijo. Estaba feliz. Me sentía de primera, Robert. Por una vez en la vida estaba en el sitio adecuado en el momento justo. No sé, el simple hecho de estar entre aquel gentío con todo el mundo riendo y cantando y agua por todas partes era como si por un momento me disolviera, como si no fuera más que un átomo con un montón de otros átomos, ¿sabes? En lugar de mis problemas y de mi vida insignificante, formaba parte de algo más grande, como una célula en un cuerpo. No sé cómo explicarlo. Era bonito. Era bonito de verdad.

Eso parece.

Pero me pregunto si dejé entrar en mi vida algo que no debería haber tomado. Alguna pastillita que ha tardado todo este tiempo en disolverse.

No lo creo.

No lo sabes.

No, dijo RL. No lo sé.

Luego vinieron los gloriosos días de otoño. El alerce se volvió dorado en las tierras más altas, dorado sobre verde, y las hojas de los álamos de Virginia bajaban por el río con toda su gama de colores. Edgar no pudo soportarlo más, subió hasta Rock Creek con su escayola envuelta en un plástico y pescó con una mano una tarde luminosa, adentrándose en el río fresco y limpio desde la orilla. No tuvo problemas con la parte de la pesca, solo que cuando cogía un pez todo lo demás era una cagada en cadena, y habían criado las polillas y en cada orilla había un pez hambriento y despreocupado. Pescó una trucha arcoíris de cuarenta centímetros debajo de un sauce y perdió la mosca intentando liberarla. La mosca acabaría saliéndose del labio de la trucha en un par de días, pero seguía preocupándolo. No la mosca —no era más que plumas que no valían ni cinco centavos y cinco minutos de trabajo—, sino que el pescado la llevara, que hubiera más basura en el lecho del río, durante los meses que tardaría en oxidarse y quedar en nada... La verdad es que no era nada importante, pero le molestaba. Un pez que llevaba un estimulante amarillo.

Cogió otra trucha pequeña y marrón, y esta vez perdió las gafas de sol en el agua al intentar sacarla del anzuelo. Eso no iba a funcionar.

Lo que hizo fue agarrar el asa de la caña con los dientes y esta vez consiguió —con los fórceps en la mano rota— liberar aquella trucha y, a continuación, palpó dentro del agua en busca de sus gafas hasta que se le entumeció el brazo por culpa del frío. No podía mover los pies para no romper las gafas. Cuando consiguió volver a mover los dedos, se puso la caña en la boca otra vez y levantó el yeso por encima de la cabeza y volvió a palpar el fondo. Entonces las encontró. Las gafas no se habían estropeado ni rayado, pero el día de pesca había terminado.

Un arrebató de rabia infantil. No era justo. No tenía tiempo para él, entre su hija y el trabajo, muy pocas horas para él, y encima había conducido todo ese trecho... y entonces la rabia desapareció. Tenía toda la tarde y no le esperaba nadie hasta la hora de la cena.

Edgar estaba sentado al borde de la orilla de grava y contemplaba el discurrir del río. Encendió un cigarrillo del paquete ilícito que había comprado en Clinton. De vuelta a casa arrojaría el resto del contenido y compraría unos caramelos de menta con la esperanza de que Amy no lo oliera por debajo del olor a crema protectora, sudor y agua del río. El agua que tenía delante se arremolinaba por una obstrucción

rocosa que se formaba corriente arriba y producía un remanso ancho y engañosamente profundo en la base de un acantilado. Un paisaje japonés y bonito con el agua oscura dando vueltas bajo el muro de roca. Las polillas, pequeñas y blancas, se posaban en el agua después de salir de los árboles de hoja perenne que había río arriba, y el remolino las transportaba en mitad del río, donde docenas de rollizas truchas las esperaban. Presa fácil para un hombre que utilizara los dos brazos.

¿Acaso Amy no lo sabía? Tenía que oler el humo. ¿O es que fingía no darse cuenta? No era su manera de actuar, y, sin embargo... El matrimonio era algo que lo desconcertaba, un juego sin reglas, sobre todo desde que nació el bebé. A Edgar le encantaba, le encantaban las tardes en las que estaba solo con la criatura, le encantaba el olor de la cabeza del bebé y sus manos diminutas y romas. Pero las cosas entre él y Amy eran distintas con la criatura de por medio.

Insoluble, se dijo. Entonces deseó haber traído con él el cuaderno de dibujo. A continuación se alegró de no haberlo hecho. Edgar no disfrutaba a menudo del lujo de la holganza. No aprobaba la indolencia, ni le gustaba, pero a veces le hacía bien interrumpir sus ocupaciones habituales y simplemente quedarse mirando lo que tenía delante de los ojos. El cielo era de un azul alto y transparente que reflejaba su azul en el agua. Edgar contempló la línea en la que la sombra del acantilado se separaba del sol en el agua, la manera en que la roca reflejaba el negro, el marrón intenso y el gris junto al cielo azul. Río abajo, el agua formaba un valle más ancho, unas viejas construcciones, una cabaña y graneros abandonados mucho tiempo atrás y en ruinas. En el recodo cercano se alzaban los restos de un huerto cubiertos de maleza, los árboles medio muertos y descuidados, pero las ramas todavía estaban cubiertas de manzanas. Edgar se preguntó si las manzanas aún estarían buenas. Estaba medio enamorado de aquellos árboles, de su perseverancia.

Dentro de un minuto iría hasta el huerto y cogería una de aquellas manzanas. En cuanto hubiera acabado con el cigarrillo.

Se recostó en la suave hierba verde y levantó la mirada hacia el cielo despejado. Tenía un color muy claro, casi blanco e intenso al mismo tiempo. Cosas de la luz que no entendía.

Ese inesperado tiempo vacío. Era como poner un pie en la oscuridad y no encontrar ninguna escalera, una tangible falta de presencia.

Ella apareció cruzando el sol y la hierba alta, una nube traslúcida de polen seco delante y alrededor de ella. Una falda blanca agitándose alrededor de sus largas piernas. ¿Por qué la había conocido? El pelo oscuro recogido hacia atrás. Era como si la hubiera esperado todo este tiempo, como si la hubiera esperado sin saberlo. Ella se acercó un poco más, se detuvo a menos de un metro de distancia, de cara a él, con sus largas piernas, seria. Él sintió... ¿qué? No sabía qué sentía. Excitación, miedo.

He visto tu camioneta, dijo Layla.

¿Qué estabas haciendo por aquí?

Me sentía inquieta, quería ir a dar una vuelta.

Hay un buen trecho.

Estaba realmente inquieta, dijo ella.

Le dio la espalda, bajó hasta la orilla del agua, que quedaba a medio metro o un poco más. Llevaba una blusa verde sin mangas y Edgar admiró su cuerpo, el color de su piel, la sedosa pelusa de sus brazos que relucía al sol. Sus pies, dentro de las sandalias, eran pequeños y hermosos sobre la roca del río.

Asoman como cabrones, dijo Layla. ¿Cómo es que no estás pescando?

Edgar levantó la escayola para que la viera, envuelta en una bolsa de plástico de pan integral.

Lo he intentado, dijo Edgar.

Estaban en mitad de ninguna parte, a más de sesenta kilómetros de la gasolinera más cercana. Aparte de ellos, no se veía más que algún otro coche, alguna camioneta por los caminos que salían de la carretera, y eran pescadores que querían estar solos, a solas con el río. Más allá del huerto abandonado, se abría el valle, y podía ver la colina que había en lo alto, y el bosque verde daba paso a la roca en dirección al cielo. En aquellas rocas vivían los carneros de las Montañas Rocosas. Había algo clarificador y limpio en la manera en que el cielo atraía tu mirada hacia arriba, te hacía salir de ti mismo.

Cuando volvió a levantar la mirada, ella seguía allí.

El problema no ha sido que picaran, dijo. Es que no he podido llevarlos a la orilla.

No había venido aquí desde la primavera, dijo ella. No sé por qué. Es el lugar más bonito.

Yo tampoco. Ahora casi se ha acabado la temporada.

Vuelvo a Seattle mañana.

Y entonces se besaron. Luego, después de un poco de comedia, tras manosear los pantalones y los aparejos de pesca, estaban desnudos encima de la hierba alta y verde, y el último sol del año caía sobre ellos, el tacto de ella, la altura de ella, la inevitabilidad. A Edgar le pareció que aquello estaba escrito en alguna parte. Que iba a suceder. Y había sucedido.

Esta mañana has madrugado un huevo, dijo Betsy. No sabía que eras tan madrugador.

RL miró el reloj que había en la pared de la habitación del hospital. Eran las seis y media de la mañana.

Tengo que decírselo a mi madre, dijo ella.

Lo mejor de ella está en sus ojos, se dijo RL. Tenía los ojos claros y lúcidos, y daba la impresión de que estaba a gusto contigo en la habitación. Entonces Betsy abrió la boca y no había manera de saber lo que diría. Su madre llevaba muerta desde que iban a la universidad.

Entonces el dolor volvió a atacarla y ella desapareció en su interior. A lo mejor no fue dolor, quizá solo fue confusión, enfermedad, algo. Tenía los ojos inexpresivos, pero permanecían abiertos, y también tenía la boca un poco abierta y respiraba con dificultad por la boca como si subiera una colina, y comenzó a brotarle un sudor frío de la frente y las mejillas. En aquellos momentos tenía la piel rosada y gris, y a veces RL veía miedo en sus ojos. Cenizas y rosas, una huida animal. No le haría esto ni a un perro, se dijo él. Lo sacrificaría antes que hacerle pasar por esto.

Entonces se quedó dormida, o algo parecido. Inconsciente, en cualquier caso; la luz había desaparecido de sus ojos y los tenía medio cerrados. Daba un poco de miedo mirarlos. Todo lo que podía ver era el blanco. La habitación estaba en penumbra, situada en la parte interior sin ventanas del hospital, y las luces de los diversos instrumentos y bombas e indicadores relucían como una ciudad lejana sobre una colina. El oxígeno respiraba con ella y la bomba con los medicamentos vibraba, emitía un chasquido y un ruido como de bicicleta. A lo mejor recuperaba la conciencia, pero probablemente no sería pronto, al menos así había sido en los últimos días.

Tiene un órgano al borde del colapso, había dicho el oncólogo. Había otras posibilidades. Una infección vulgar, una gripe podría acelerar su muerte.

RL no sabía qué estaba haciendo allí. Betsy ni se enteraba, no sabía ni en qué planeta se encontraba. Además, ella tenía marido y eso. A veces le parecía que ese no era su trabajo, ni su lugar, ni su cruz. Pero cuando él estaba en casa y ella se quedaba en el hospital, sentía esa atracción constante. Ella no podía sufrir aquello sola.

RL estaba sentado en una silla color pastel junto a la cama, al lado de un montón de revistas: *Travel & Leisure*, *Field & Stream*, *Modern Maturity*, los restos del

montón de la sala de espera. Lo había leído todo dos veces. A lo mejor, se dijo, la cosa era así de simple: no le gustaría pasar por aquello solo. Todo el mundo muere solo, todo el mundo lo decía, pero eso era... ¿qué?... la letra de una canción de rock o algo así. Todo el mundo fuma en el infierno. ¿Y qué? A los vivos nos gusta la compañía. Le gustaba pensar que ella lo sabría, pero aun cuando ella no lo supiera, eso era lo que tenía que hacer. Además, Layla había vuelto a Seattle, y sin ella la casa estaba vacía y le llenaba de aprensión. Como siempre que ella se iba.

Ann, niña, dijo Betsy. ¿Qué estás haciendo, criatura?

Su hija tenía once años. RL no la conocía. Betsy se acomodó en el almohadón. RL sintió la momentánea amenaza de las lágrimas, sentimental...

Betsy tenía razones para que la acompañaran en aquellos momentos. Había pocas posibilidades —siete por ciento, dijo un médico; doce por ciento, dijo otro— de que sobreviviera, y no quería que sus hijos la vieran en aquella situación. En parte era cierto; parecía el demonio de una película japonesa, que hubiera aparecido para arrastrar a los marineros al infierno. Incluso los conductos lagrimales se veían rojos y desgarrados. Tenía el pelo enmarañado y olía a vómito. A RL no le gustaría que Layla lo viera así.

Pero... No creía que Layla se mantuviera al margen. A ella tanto le daría lo que él quisiera. Estaría a su lado de todos modos. Esa era la parte misteriosa: ¿dónde estaba su marido, Roy? Cuidando de los hijos, esa era la excusa. Dando de comer a las gallinas, a los niños, haciendo las mil tareas que hay en una granja. RL no se lo creía, pero tampoco sabía qué creer. Betsy y Roy tendían a lo práctico y severo. Eran gente dura, *hippies* de campo. Las cosas se hacían bien o se hacían mal, y si eso era lo que había que hacer, encontrarían una manera de hacerlo porque así eran ellos.

Pizza, dijo la mujer con el bolso de cocodrilo.

RL salió al pasillo. Wayne, el ayudante de enfermería, contaba un chiste en la recepción principal que había al final del pasillo. La nueva enfermera de guardia, cuyo nombre RL ignoraba, lo miraba con una atención perruna a la espera del final del chiste. Una camilla con las sábanas arrugadas, un almohadón con la silueta de una cabeza humana, esperaban delante de una de las habitaciones, una nueva urgencia. Vivían cada día con las urgencias, con la muerte, descuartizamientos, malos olores y esposas que lloraban. A RL no le molestaban sus chistes ni sus uniformes de colores vivos, ni las flores en el alféizar del puesto de las enfermeras, pero no podía compartir con ellas esos pequeños consuelos.

La luz menguante llenaba el vestíbulo exterior. RL se sorprendió al descubrirlo. En el interior, en las habitaciones donde tenía lugar todo el trabajo sucio, siempre era de noche. ¿Dónde estaba Roy? El crepúsculo otoñal, una hora solitaria. Era el único momento en que echaba de menos la ciudad, los hombres con sus chaquetas negras, las mujeres maquilladas y arregladas con vestidos, apresurándose para encontrarse en el día que acaba. Él podía haber sido cualquiera de esas otras personas. Todos esos centenares de puertas que se cerraban, una a una, hasta que solo quedaba una puerta,

la última. Un amistoso barman, una bebida fría, un encuentro, una mujer. Me siento solo, se dijo RL. Me siento solo. Nací solo. Estoy mejor así.

Lo que enfurecía a June era la gente que atravesaba los campos que había detrás de su casa, bajaba al río y no cerraba la verja, con lo que las vacas de sus vecinos acababan en sus pastos. Y esas mismas personas cuando, aprovechando que ella estaba en el trabajo, le robaban los últimos tomates del huerto. Y también Howard cuando no cogía el móvil, y ella sabía perfectamente que tenía identificador de llamadas y sabía que era ella y que a June no le gustaba perder el tiempo. No. Iba directa al grano. No le llamaría si no necesitara hablar con él.

La gente que tenía delante cuando intentaba girar a la izquierda en la calle Reserve, cosa imposible y que tardaba una eternidad, esas cosas la irritaban.

Los cheques que venían de otro estado, los pagos de la seguridad social, los bancos argentinos: nunca sabías qué follón podía montarse en la cola del supermercado. Mujeres que se quedaban mirando a la cajera hasta que esta sumaba ciento cinco dólares en productos y solo cuando acababan de marcar el último comenzaban a buscar la chequera en sus bolsos insondables. Esas mismas mujeres en el cajero para coches, llenando sus interminables impresos para hacer un depósito y equivocándose en los cálculos.

Lo que más le tocaba las narices a June era que en la residencia para desahuciados nunca pagaran suficiente a los asistentes y a los conserjes para vivir y que hubiera siempre alguien nuevo, siempre una nueva historia triste. El mes anterior había sido un tipo llamado Perro Loco, al menos ese era el nombre que llevaba tatuado en la nuca, a la vista de todos. Perro Loco era un conserje alegre o quizá demasiado alegre y un consuelo para los moribundos, pero un fin de semana se fue y cuando regresó el lunes le habían hundido todos los dientes. Unos días después, simplemente ya no apareció. Desde luego, June no necesitaba en su vida ese tipo de energía. Ya le bastaba con tener que cuidar de los suyos. Y encima la política exterior, todo el desastre de Irak, las rencillas con Irán.

Todo el asunto del petróleo la sacaba de quicio, y un sábado cambió su camioneta por un Prius. Ahora el Prius olía a estiércol de caballo porque era el único vehículo que tenía para transportar las cosas de su jardín. Y encima la gente la tomaba por una *hippie* vegetariana de esas que siempre llevan Birkenstock. Vale, ella calzaba Birkenstock. ¿Por qué la gente tenía que juzgarla por eso? Los juicios apresurados la irritaban.

Y que no empezara a meterse con los obispos, todos esos que habían cerrado los ojos durante tantos años mientras los sacerdotes abusaban de los niños, esos cabrones con sus túnicas con brocados que intentaban taparlo todo y todo el dinero que tenían que dar a los abogados en lugar de a los pobres.

Los republicanos. Todos ellos, incluso los simpáticos.

Los antiabortistas, los que se colocaban delante de la clínica Blue Mountain con fotos de fetos.

Los vivos. Ya no podía soportar a los vivos. Tan tercos, tan aferrados a sus costumbres, ciegos al cambio. Amaba a los agonizantes. Un viejo vaquero de Arlee se había pasado setenta años escupiendo y cayéndose del caballo y conduciendo camionetas y ahora ahí estaba, entre sábanas limpias, hablando de sus emociones, escuchando a Arvo Párt, una música que suena como los ángeles, con las lágrimas resbalándole por las mejillas, las mejillas chupadas y de color madera después de setenta años a la intemperie. La vulnerabilidad, el cambio, las posibilidades que se abren. A June le encantaba todo eso. Era como si nada pudiera cambiar hasta que era demasiado tarde, pero luego, en el último minuto, todo fuera posible. Lo percibía, mirando por encima de la cerca cualquier cosa que ocurriera y viendo qué pequeña era esa operación, qué poco importaba, y que luego podían abandonarse y amar.

Los vivos, por otro lado. June no podía soportar a los vivos.

Vaya, se dijo. Muy bien, el barco...

Se despertó, el reloj de la mesilla marcaba las cuatro, aún estaba enredada en sus sueños. El barco se marchaba y todos se quedarían en tierra si no conseguía llevar a tiempo a la pasarela a RL, June, Daniel y a *Martha*, una vieja perrita, pero siempre había alguno que se perdía y los demás no permanecían juntos cuando ella se iba a buscar al extraviado. *Martha, amor mío*, se dijo, y casi lloró. Un viejo perro pastor australiano, cojo pero animoso. Preciosa, solía llamarla Layla. Mi preciosidad.

Layla estaba sentada junto a la ventana, contemplando la calle adormilada, cuando Daniel apareció en pantalón corto y una camiseta y se quedó a su lado.

¿Qué pasa?

Nada.

Ven a la cama.

Ahora iré.

Dime qué te pasa.

Nada.

¿Qué quieres decir, con nada?

Lo que he dicho, dijo ella. Nada. Estoy bien. Todo va bien.

Vuelve a la cama, entonces.

Ahora iré, dijo ella. De verdad, estoy bien. Ahora iré.

Él le puso la mano en el hombro, casi sin tocarla. No sabía si debía dejar la mano o no. Las mujeres eran un misterio para él, al menos eso había quedado claro. Daniel no era más que una pequeña víctima que aceptaba su suerte de buen grado, zarandeada por los estrógenos y el perfume. Layla tan solo quería que le dijera lo que quería. Pero no había manera.

Al cabo de un minuto apartó la mano y luego el resto del cuerpo, y volvió al dormitorio sin decir palabra.

En la calle, la lluvia de primavera goteaba de las araucarias que había en el parque, al otro lado de la calle. Una brisa oceánica azotaba las sombras de las farolas. Las tres y media de la mañana, las aceras vacías. Le entraba frío solo de mirar la calle vacía. Solo llevaba un pantalón corto de franela y una camiseta con la palabra *Sputnik* en alfabeto cirílico. Eso y un par de calcetines de lana. Había estado llorando, y tenía la nariz roja y los ojos rosados como los de un conejito. Layla se acercó al termostato

y lo subió de 18 —la temperatura a la que Daniel lo había puesto— a 22 grados. Los padres de Daniel le habían comprado ese apartamento delante de Volunteer Park, y podía permitirse lo que costaba calentar aquella casa a una temperatura humana. Además, eso le fastidiaría, cosa que complacía a Layla.

Pero por qué.

¿Por qué acostarse con alguien que ni siquiera te gusta? El semen de él aún le goteaba del cuerpo. Mientras contemplaba la acera vacía, sintió mil canciones country emergiendo de su pecho, todas acerca de la soledad. Todas en una maraña. Deseaba a Daniel pero no soportaba su manera de hacer las cosas, cosa que le hacía preguntarse si lo que deseaba realmente era a ese chico o la imagen que se había forjado de él en su mente. Su sonrisa. Un día en el océano, su pelo reluciente a la brisa del mar. Tenía la impresión de haberlo comprado por catálogo, solo para darse cuenta de que no era exactamente lo que quería.

Capullo gilipollas cabrón hijoputa. Su picha en la boca de otra.

En el borde del parque, una pareja volvía a casa caminando, dos *punkies* vestidos con chaqueta de cuadros escoceses y vaqueros negros, borrachos y haciendo eses, rebotando hombro con hombro, riendo. No sabían que Layla los miraba desde la ventana a oscuras. Todo estaba mojado, goteaba, aunque la lluvia había cesado. El muchacho se detuvo junto a la verja de hierro y se apoyó en ella, levantando la mirada hacia el cielo. La chica se apretó contra él, cadera con cadera. Estaban borrachos, Layla se daba cuenta desde la ventana, y él le ponía una mano pálida en los pechos. Ella dijo algo para hacerle reír y él apretó el muslo de ella contra el suyo, apoyados en la verja que goteaba.

De repente Layla se encendió de deseo, lo sintió como un zumbido, como un insecto que pululara alrededor de sus ojos, sus orejas y su boca, el recuerdo de él en la hierba, el mejor error, el mejor error... Layla se sintió mareada de deseo al pensar en él, en sus delicadas manos. Y todo era una equivocación y un error, lo sabía. No debería querer lo que no podía conseguir. Aquello no acabaría bien, ni con Daniel, ni con Edgar. Acabaría sola, sin nadie que la amara. Tanto daba. ¿Qué le ocurría? Ese vacío por dentro, ese lugar que no se llenaba, ni cuando tenía a uno de los dos dentro de ella. Más y más y más y más y ella siempre acababa con menos. Deseo, se dijo, mirando a la pareja borracha que estaba abajo. Deseo lo que tengo y deseo más. Lo deseo todo. Deseo más de lo que hay.

Ven a la cama, dijo Daniel. Estaba allí en calcetines y sin zapatos, como en un chiste.

Es tarde, dijo él. Ven a la cama y ya hablaremos por la mañana.

Que te den, pensó ella, y casi lo dijo.

Se echó en la cama despierta con Daniel respirando a su lado. Obediente, pensó. Como una esposa. A lo mejor durmió un poco ya muy entrada la noche, y si lo hizo, lo último que pensó antes de dormirse fue que las estrellas que había en el cielo eran ilimitadas, la Vía Láctea extendiéndose como un río de luz, y pensó en las nubes, los

edificios y los muros que había entre las estrellas y la cama donde ella intentaba dormir. Una ciudadana de la Vía Láctea, se dijo. Esa soy yo.

Los primeros tres días posteriores a la quimioterapia, Betsy se quedó en el dormitorio de atrás de la casa de RL, durmiendo casi todo el tiempo. Él le llevaba té, clementinas y sopa, y siempre tenía flores frescas en el cuarto, y las ventanas abiertas todo el día para captar la última luz intensa del otoño. Le compró un pequeño televisor para que le hiciera compañía, y a veces lo oía de noche, a las tres o a las cuatro de la mañana, dieran lo que dieran a esa hora. Ella no tenía gran cosa que decir. Parecía confusa, como si tuviera una lesión en el cerebro. Parecía infinitamente mayor que sus cuarenta y cuatro años.

El cuarto día llegó el momento de volver al valle. RL amontonó sus bolsas y sus cestas en el pequeño asiento que había detrás del asiento principal de su camioneta y entró en casa a buscar a Betsy. Era un día húmedo y borrascoso, el cielo estaba lejano, y había un aire de furia en las nubes hechas jirones. Cuando era más joven, RL soñaba con ser un indio en días como ese, un lakota, considerando la posibilidad de un largo invierno frío. Entonces se imaginaba que conseguiría sobrevivir, pero ya no. Ahora moriría de frío. Por otro lado, de haber vivido en la época en que existían los lakota, ya estaría muerto, de manera que quizá tampoco importaba tanto.

En días como ese echaba de menos a su padre.

Betsy parecía cansada, eso era todo. Por lo demás, seguía siendo la de siempre. Permaneció callada mientras cruzaban el pueblo y en la interestatal, pero cuando apareció el Blackfoot y dejaron el pueblo atrás, pareció animarse.

¿Alguna vez has pensado que yo tenía mal olfato?, preguntó Betsy.

¿Quieres decir que no podías tener un olfato tan bueno como los demás? Jamás se me pasó por la cabeza. Así que supongo que no.

Yo tampoco, dijo Betsy. Pero desde que comenzó todo esto, tengo un olfato de sabueso. Lo huelo todo. Es más una maldición que una bendición.

Ya me lo imagino, dijo RL. Sobre todo en esta camioneta.

No iba a mencionarlo, dijo ella. ¡Ja! La verdad es que no huele tan mal. Pero ¿sabes?, realmente es extraño, el perfume y el desodorante de la gente. Detecto a un fumador a un kilómetro de distancia. Eso hace que me pregunte qué más me he estado perdiendo. ¿Alguna vez lo has pensado?

¿El qué?

Que gran parte de tu cerebro está apagado, dijo ella. Demasiada información,

supongo. Es demasiado difícil comprender las cosas si tienes que pensar en todo.

RL condujo un rato, pensando. Betsy era un poco como un hombre, en el sentido de que de pronto se le ocurrían conversaciones curiosas. Pensó en el olfato, cosa que no recordaba haber hecho antes. ¿Tenía él alguna opinión, alguna idea? Naturalmente que ella no tenía figura de hombre ni olía como un hombre, pero tenía algo masculino.

A veces creo, dijo él, que lo que llamamos instinto no es más que el sentido del olfato. No como lo que hay en la parte delantera de tu cerebro, sabes, donde hueles la menta y cosas así, sino en lo más profundo del cerebro del mono, el cerebro del reptil. Feromonas. Conoces a alguien y te enamoras, bum.

No creo haber estado nunca enamorada, dijo ella.

RL no supo qué decir, así que siguió conduciendo, subió la colina donde estaba Lubrecht y descendieron hasta el valle donde se encontraba el rancho del viejo Lindbergh, ahora un rancho donde ir a pasar unas vacaciones de lujo y en el que te podías gastar tres mil dólares para dormir en una tienda de campaña. Era algo que a RL le parecía tan mal que se le hacía difícil comenzar a explicarlo. En las elevadas cumbres del Parque Bob Marshall, a kilómetros de distancia, ya había caído la primera nieve, y al verlas RL sintió que el corazón se le salía del pecho y volaba hacia ese terreno montañoso, su hogar auténtico y secreto. Sintió la presencia de su sombra, de esa otra vida que era la contraria de la que llevaba, fresca, limpia y al aire libre.

Cuando pasaron junto al toro de fibra de vidrio de Clearwater Junction y pusieron rumbo a la casa de Betsy, RL dijo: Hay tres tipos distintos de amor.

Adoras tus ríos.

Es cierto.

Yo adoro a mis hijos, dijo Betsy. No hace falta que te lo diga.

No, no hace falta.

Pero eso que se presenta de pronto y te deja patitiesa, dijo ella. El torbellino. Es algo que he leído, pero no sé si creo en ello.

Antes estabas siempre enamorada, dijo RL. En la universidad, no creo que pasara una semana sin que estuvieras enamorada.

Eso no era amor de verdad.

Pues al parecer tú pensabas que lo era. En aquella época.

Yo no sabía nada, dijo ella con amargura.

Siempre pensé que era como ser una persona apasionada o fría o tener miedo a las alturas, dijo RL. Si tú creías ser así, bueno, pues lo eras. Puede que ahora para ti signifique algo diferente.

Escuchen al experto, dijo Betsy, y eso hizo que se callara.

Pasaron en silencio junto al lago Placid. Justo en medio había una mansión a la que solo se podía llegar en barca. La había construido un hombre —RL no recordaba cómo se llamaba—, luego se había arruinado, según contaban, y al final se había

ahorcado en ella. Ahora estaba solitaria y embrujada en medio del lago gris. Eso es lo que ocurre, se dijo RL. Construyes unas fuertes defensas e impides que nadie entre, y al final resulta que tú tampoco puedes salir.

Lo siento, dijo ella al cabo de tres kilómetros.

No pasa nada.

Sí que pasa. Me porto mal con la gente que es amable conmigo y soy amable con la gente que se porta mal conmigo. Deberías haberme visto con el equipo de oncología. ¡Intentaban salvarme la vida!

RL miró el reloj: las cuatro y media. La estaba devolviendo a su marido. No quería hacerlo. Iba a echarla de menos, esas tardes tranquilas, con té y mandarinas. Además, ella necesitaba que la salvaran, de esa vida y de esa muerte. RL creía que era el hombre destinado a ello.

¿Quieres parar a tomar una copa?

Se supone que no tengo que beber, dijo ella.

No es lo que te he preguntado.

Podría tomar un Shirley Temple o algo así. Si quieres parar.

Si quieres continuar, continuamos.

Me parece bien parar, dijo Betsy.

Cuando pararon en el aparcamiento del Dirty Shame, Betsy había cambiado de opinión. Estoy cansada, dijo, ¡y tanto humo! Debería volver a casa.

¡Claro!, dijo RL, con todo el buen humor que pudo para ocultar su decepción. Creía haberle tocado alguna fibra. Lo que ella deseaba y quién era. Quizá en el hospital le habían removido algo más profundo.

A lo mejor quieres parar, si tienes que bajarte y poner la doble tracción, dijo Betsy cuando dejaron la autopista y se adentraron en la carretera del Servicio Forestal. Parece que ha llovido.

Este coche tiene todos los adelantos, dijo RL, conectando la doble tracción. Todo es automático.

Bien, dijo ella.

Pero Betsy no parecía estar bien ni sentirse bien. Se la veía distraída, mareada o asustada. Deja que te ayude, pensó RL. Deja que te ayude, por favor. Cruzaron un puente de un solo carril que vadeaba un arroyo y, a continuación, dejaron la carretera principal y tomaron una pista para todoterrenos que se adentraba en la maleza. Los alisos rojos pintaban los lados de su camioneta con agua de lluvia. Se desviaron dos veces más, y cada vez la carretera empeoraba; los neumáticos se llenaron de barro, los montículos de hierba entre las rodadas rozaban la parte inferior de la camioneta. Era increíble que no se hubieran perdido, pero Betsy tenía claro adónde iba. Era como si la carretera se fuera cerrando detrás de ellos, como si la jungla los engullera: una zona salvaje que se extendía hasta Augusta, hasta Canadá, hasta la zona más septentrional, impregnada de lluvia y de verde.

A lo mejor prefieres acelerar un poco, dijo Betsy. Este último trozo es un poco

empinado.

RL hizo lo que ella le dijo, metió la segunda y pisó el acelerador a medida que el camino serpenteaba y el coche daba sacudidas mientras subían la ladera de una elevada colina por aquel empinado y erosionado camino de grava. Llegó a la cima y se preguntó cómo lo había hecho, mientras Betsy se reía de él amablemente en el asiento de al lado.

Maldita sea, dijo RL, en parte por haber sobrevivido al viaje pero también asombrado ante el lugar que acababa de descubrir. Era un claro de lodo y de maleza enmarañada, casi plano, que se levantaba por encima del bosque y quedaba por debajo de las montañas. Delante de él, al otro lado del valle cubierto de bosque, se extendían los montes Mission, escarpados y blancos, mientras detrás de ella se alzaban las primeras cumbres de la cordillera Swan y la jungla que había más allá. Esta tierra no se ha hecho para ser habitada, pensó. Este es un país para rocas, nieve y osos. Se acordó de cómo se había emocionado al ver las montañas durante la subida, y ahora se encontraba en el mismo corazón de ellas.

Comenzó a llover otra vez cuando aún estaban sentados en la camioneta; del otro lado del calvero salía humo.

En la zona del calvero más próxima a ellos había un garaje o cobertizo, un lugar no acabado de construir del todo de dos plantas de alto. Un hombre que parecía salido de la guerra civil permanecía en el porche de la segunda planta, mirándolos sin expresión, vestido con una camisa suelta de lana gris, barba gris y coleta. Era Roy. La última vez que RL lo había visto fue el día de su boda, y ahora se le veía muy distinto. Al otro lado del calvero se veían los cimientos de una casa cubiertos con varias lonas de plástico azules, grises y verdes. El plástico estaba sucio y cubierto de hojas, excepto en una esquina, que parecía nueva de este año.

Por la puerta abierta del garaje asomaron las caras blancas de los hijos de Betsy.

Dios mío, dijo Betsy, y se echó a llorar, aunque RL no supo si de alegría, de miedo o de repentina tristeza. Tenía la boca fruncida en un rictus de emoción.

Al otro lado del calvero se desperdigaban varios montones de leña y diversos coches, entre ellos un International Travelall demasiado grande y una camioneta Dodge Dart con los faros sin cristal. Muchos proyectos se habían medio comenzado y abandonado: una máquina para partir leños, una prensa para sidra, una pérgola. ¿Qué se sentía al ser como Betsy? ¿Qué se sentía al llamar a eso hogar? Aunque él hubiera tenido el valor de preguntar, ella no estaba en condiciones de responder.

Roy desapareció en el interior de la casa y al cabo de un momento salió por la entrada de la planta baja y se dirigió hacia la camioneta. No se daba cuenta de que llovía, o al menos no lo demostraba. Se movía sin prisas, cojeando un poco, alguna antigua lesión.

Bienvenida a casa, dijo.

Betsy dejó de llorar enseguida e intentó disimular.

Te hemos echado de menos, dijo él.

Yo también os he echado de menos.

¿Cómo estás?

He estado mejor, dijo ella. Me encuentro bien.

Tienes buen aspecto, dijo Roy; a continuación se inclinó hacia la ventanilla abierta para mirar a RL. Gracias por traerla, dijo. He estado bastante ocupado aquí. Los niños y todo eso.

No pasa nada, dijo RL.

Bueno, te lo agradezco, dijo Roy. Abrió la portezuela desde fuera y la mantuvo abierta para que Betsy saliera.

Ella se volvió hacia RL. ¿No vas a entrar?, preguntó. Ven a tomar una cerveza o una taza de café.

Por encima del hombro de Betsy, RL vio un momentáneo resplandor de cólera en la cara de Roy, poco más que fastidio, en realidad, pero avivó en él un sentimiento de reacción.

Claro, dijo. Me quedaré un rato. Me tomaré un descanso antes de volver a casa. Echaré un vistazo. Nunca había estado aquí arriba.

Bromeas.

No.

Nosotros llevamos aquí casi veinte años, dijo ella.

Salió de la camioneta y se quedó bajo la lluvia, y entonces los niños vinieron corriendo y la expresión de Betsy mientras los apretaba contra su pecho, de pie bajo el aguacero, fue algo que RL no pudo soportar. La chica era casi tan alta como su madre, pero larga y delgada, todo codos y cuello, y el chico era un par de años más joven y mucho más bajo, con una cara inexpresiva y sin formar. Parecía a punto de nacer, pero como si aún no estuviera preparado.

Aquello era demasiado, la expresión de la cara de Betsy y los dos niños abrazados a ella, y RL apartó la vista. A continuación se obligó a volverse. Ella también lo vio, ese momento de reconocimiento. Tú amas, se dijo él. Tú también amas.

El interior de la casa era sorprendentemente oscuro a pesar de los grandes ventanales que permitían divisar una gran extensión de los montes Mission. En el piso de arriba todo consistía en una habitación alargada, y RL esperó a que sus ojos se adaptaran a aquella penumbra. Ahora que los niños habían agarrado a su madre, no la soltaban. Roy se quedó en el granero de abajo, donde tenía algo que hacer, y cuando RL vio el piso de arriba comprendió por qué: parecía que acabara de celebrarse una fiesta universitaria, ropa y sudaderas, botellas vacías y platos sucios. Entonces le mandó un pensamiento a su hija, a Layla, que estaba tan lejos, y le dijo *Esto no es para ti, no, que no tengas que pasar por esto*. No era solo la suciedad y el desorden lo que vio, sino la miseria concentrada, la respuesta a la pregunta *¿Qué ocurriría si sencillamente me dejara morir?* Esto, pensó RL. Esto es lo que pasaría.

Mamá está bien, susurró Betsy. Mamá va a estar muy bien.

Los niños se agarraban a ella. Ahora Betsy estaba en su espacio, su rincón de la

cocina: un espacio suave. Rodeado de tela y trozos de algodón, una luz suave entraba por el ventanal, una mesa de trabajo grande y un cajón lleno de tijeras, agujas y madejas de lana. Todo a su alcance, todo bajo control. La silla misma era de roble con unos cojines de punto de aspecto mexicano, deshilachados hasta el blanco en algunos lugares, y la madera estaba dañada y manchada. Todo lo que se veía estaba ajado del roce, y RL se preguntó si eso era lo que le había ocurrido al hijo de Betsy, ese aspecto a medio formar, medio acabado... A la suave luz de la ventana todo parecía hermoso pero irreal, como la escena de una película o de tu propia imaginación. Betsy lloraba pero procuraba contenerse. La niña parecía enfadada. El niño no parecía nada, como el agua.

Betsy dijo: Hay cerveza en la nevera, seguro.

RL solo quería marcharse. Todo aquello —haberla llevado a esa casa, el viaje— era un error. Abandonada a su propia vida. Pero alguien tenía que llevarla hasta allí; ella no podía conducir.

Gracias, dijo él, y abrió la puerta de la nevera: mostaza, apio, algunos tarros medio vacíos de mermelada y una botella de dos litros de leche que RL estaba seguro de que estaba vacía. Y cerveza, mucha cerveza, al menos media caja en la parte de abajo. Milwaukee's Best. RL cogió una, la abrió y dio un primer sorbo que le supo repugnante.

¿Tú quieres algo?

No, no, dijo ella. Estoy bien.

RL se acercó a la ventana y contempló las amplias vistas, kilómetros de cielo y cumbres blancas. Esa había sido su intención, de todos modos, pero acabó fijándose en la colección de manchas y de rayadas que había en la parte interior del cristal, recordando el carácter esencialmente mugriento de los niños, la misteriosa habilidad que había tenido siempre Layla para ensuciarse en un momento en una casa limpia, sin hacer nada en particular. Aquí sería más fácil. ¿Cuándo cambió todo? De nuevo se acordó de su hija, que estaba en algún lugar de la tundra, sola... No, ahora era limpia como la que más, tres días en el río y seguía estando guapa y arreglada. Se sentía solo sin ella.

Cuando apartó la mirada de la ventana, Betsy se había serenado y empujaba a los niños hacia él. Este es Adam, dijo, y esta es Ann. Decidle hola a Robert.

El muchacho farfulló un saludo, pero la niña habló con claridad desde su cuello largo, la cara franca y curiosa. Todavía no era una belleza, pero estaba a punto, aún era una niña, pero no por mucho tiempo. No sabía qué hacer con las manos. De repente una de ellas salió disparada, y RL la estrecho de una manera extrañamente formal, como si fuera un hombre de negocios.

Gracias por cuidar de mi madre, dijo la chica.

De repente, en aquella penumbra, vio la cara de Ann y de su madre una al lado de la otra, vio lo alta que era y la perfección de sus huesos, el pelo largo y suave de la chica, y en las dos vio a Betsy a los diecinueve años, cuando la conoció, a los veinte,

cuando se acostó con ella: larga, delicada, hermosa. Cuando apartó la mirada de Ann y la volvió hacia su madre, vio —le pareció que era una ilusión óptica, una especie de truco— la cara de la chica y de la mujer al mismo tiempo, Betsy a los diecinueve, la obra aniquiladora del tiempo, una furiosa tormenta de arena que avanza y lo borra todo a su paso. Los rasgos se difuminaban, luego se borraban. La Esfinge. La tristeza que lo recorrió no era solo pena por sí mismo, por ella, por todos ellos, sino la certeza de que ella debería haberse quedado con él todo ese tiempo. Debería haberla cuidado mejor, habría sido un padre para esa hermosa muchacha. Sabía, ya cuando lo pensaba, que aquello estaba mal, pero lo creía firmemente.

Échame una mano, le dijo a la chica. Ordenaremos esto un poco.

No tienes por qué, dijo Betsy. Por favor, no lo hagas.

Lo cierto es que no quería que lo hiciera, la avergonzaba en lo más profundo, y ya le debía suficiente. Por un momento RL se dijo que no lo haría, pero entonces vio la cara de Ann, impenetrable, que no exteriorizaba nada, y supo que tenía que hacerlo. Alguien tenía que cuidar de ellos.

Vamos, le dijo a Adam. Échame una mano.

Pero el muchacho no se separó de las faldas de su madre. RL renunció a su ayuda, se dirigió al fregadero y abrió el grifo del agua caliente. Algo que llevaba tiempo sin hacer. Tenía un lavaplatos, pero allí no había. Ann, sin decir nada, recorrió la habitación recogiendo lo que estaba sucio y colocándolo sobre la encimera de madera manchada y levantada que había junto al fregadero. La madera era una pésima elección para una encimera. RL podía habérselo dicho. No duraría.

Borracha, June volvía a casa después de que el Red's, el Charlie's, el Flame, el Turf, el I Don't Know, el Luke's, el Stockman's y el Silver Dollar hubieran cerrado y el Oxford hubiera dejado de servir alcohol para dedicarse por completo al póquer, para todo aquel que tuviera sesera y cojones.

O medio borracha. June creía que se había despejado bebiendo, algo que la versión adulta de sí misma no consideraba posible, pero que la June de aquella noche (veinte años con un carné de identidad pasáblemente falso) había visto con sus propios ojos. En cualquier caso, la oscura mañana era lo bastante fría como para despejarla, en torno a cero grados, con un viento intenso procedente del cañón que escocía, un viento que le dejaba la cara medio entumecida cada vez que soplaba.

Aquella noche —podría haber sido cualquier viernes, cuando aún estaba en la universidad, borracha y hermosa, buscando algo pero mirando los bares donde solo había más de lo mismo—, de no haber sido aquella noche ni siquiera se acordaría con quién estaba, un surtido de caras idénticas. June pasaba con zuecos y jerséis de lana, pero aquel viernes por la noche se había puesto las botas rojas, las que tenían estrellas blancas y pespuntos. Una chica inteligente comportándose como una idiota, quizá. Quizá no era tan malo. ¿Quién era esa chica?

Aquella noche no volvía a casa con nadie, sino que caminaba hacia el Rattlesnake con Coy, Tiffany y Blackmore, tres estudiantes de literatura inglesa y un indio nez percé (Blackmore) al que no volvió a ver en toda su vida. Aquel pequeño dúplex, tan limpio, y ella tan sola. Una foto de su familia y otra de los girasoles de Van Gogh y una tetera y un gato. Entonces era diferente, estaba sola pero no me importaba. ¿O sí?

Cruzando Pattee desde la oficina de correos, un Mustang sale de la nada a toda velocidad. Los cuatro están en medio de la calle, hablando de Van Morrison, y el coche rojo pasa tan cerca que todos se quedan callados, se asustan, quizá a quince centímetros de Coy, que se vuelve sobre los talones y cuando pasa el Mustang levanta el puño y el dedo y chillar: *¡Que te jodan!*

El Mustang rojo se detiene en un chirrido de neumáticos y un humo de neumáticos. El olor a goma en la fresca brisa. Se quedan allí como tonto en vísperas.

A continuación, el Mustang pega un acelerón y da un giro de 180 grados como esos que solo se ven por la tele, y va directo hacia ellos, y June de repente se sube a la acera, al igual que Blackmore y Tiff, pero Coy se ha quedado como pegado a la

calzada mientras el Mustang va cada vez más rápido de lo que podían imaginar, y de repente Coy está encima del capó y el motor sigue acelerando, más rápido a medida que pasa llevando a Coy encima del capó mientras gritan: *Cabronazo, para, cabronazo.*

Cosa que hace en seco, a treinta metros calle abajo, y Coy sale disparado del capó y aterriza sobre el asfalto y el hielo sucio de la calle, rodando y rodando sin poder evitarlo. Dios mío, Dios mío, Dios mío, exclama Tiffany, y Blackmore empieza a maldecir y echa a correr hasta donde está parado el Mustang. Podría volver a ponerse en marcha y atropellar a Coy. June se queda inmóvil, pegada a la acera, ni siquiera tiene frío. Detrás de ella, en la misma manzana, una chica ríe en voz alta. Le llega un sonido de cristales rotos procedente de otro lugar.

Entonces el Mustang se marcha y Blackmore se arrodilla al lado de Coy y ella y Tiffany de repente están junto a él y Coy puede que esté bien o no. Cabronazo, dice Coy en voz baja, mientras la sangre le brota de la nariz. No es mucha sangre.

Tranquilo, dice Blackmore.

Entonces June se pone en pie y echa a correr hacia Higgins.

¿Adónde vas?, dice Blackmore.

A buscar un policía, dice ella. Si no veo ninguno llamaré por teléfono.

¡Date prisa, dice Tiff. ¡Date prisa!

No hace falta que se lo digan y hay un coche de policía que pasa junto a Higgins cuando ella llega, y esta se coloca justo delante del coche y extiende los brazos a los lados y chilla: *Pare, y para.* June se acerca a la ventanilla y allí está.

Allí está Taylor, el hombre con el que se casará.

Esta es su cara a los veintisiete años: redonda, un poco blanda, con un bigotillo tipo oruga, vestigios de grasa infantil que al principio encuentra atractiva pero que luego le criticará para acabar arrastrándolo al gimnasio, en la misma época en que le sirve poca comida y lo halaga hasta que se convierte en el vaquero cincelado que ella quiere que sea. Este es él. June lo sabe en un segundo, en una décima de segundo, en el tiempo que tarda en verle la cara. Ese es. Al principio ella ni siquiera le gusta, no es más que una universitaria borracha, pero enseguida se da cuenta de que eso es algo *serio*, él es alguien que va al grano y no se anda con tonterías. Joder, vamos. Ella le señala y él no espera, baja a toda velocidad por Broadway con las luces encendidas y la sirena en marcha durante una manzana y media. Dos minutos después aquello parece una convención de policías, sus caras bañadas en las luces giratorias, y Coy sigue sentado sobre el asfalto, pero se encuentra bien, se mueve y habla. Seis, ocho, diez coches de policía lo rodean con las luces en marcha y el laberinto de la radio. June le cuenta su versión a un policía uniformado y diez minutos después a un policía de paisano, y durante todo el tiempo no deja de mirar a Taylor, pero él siempre está hablando con alguien por la radio, y en un momento dado ella se da la vuelta y él ha desaparecido...

Todo esto en un momento, mientras está echada junto a Howard. Él duerme, a

veces ronca. Es noviembre. Durante todo el día y la noche ha nevado mucho, y ahora el dormitorio está lleno de la luz de la nieve, de la luz de la luna que se refleja en las nubes bajas y la nieve blanca y entra por las ventanas. Tiene que estar en el trabajo a las cinco, debería dormir, hace un momento estaba dormida, pero se ha despertado con las palabras *lucis intermitentes* en el cerebro y toda la escena en un momento. No es todo el recuerdo, es solo un punto del recuerdo, pero entonces todos se despliegan en su mente hasta el punto de que puede saborear el aire nocturno, el tubo de escape de todos los coches de policía. Las cosas terminan y nunca terminan. En algún lugar de su mente todavía está todo, ella a los veinte años ya no existe pero sigue viviendo, el mismo año una y otra vez... ¿Quién es ella? Todos esos yos, ese mosaico de tejido cicatrizado y momentos esplendorosos, sexo y sueño y esa cena que tomaron en aquel restaurante junto al océano en California, los guisantes frescos cogidos del huerto, hervidos durante un minuto y servidos con mantequilla y sal, nada más.

¿Cómo ha llegado a esto?

Fuera, a la suave luz de la nieve y la luz de la luna amortiguada, los ciervos bajan hasta el río para beber, rompen la costra de nieve para pacer la hierba del año pasado, delgados como un palo, lentos de movimiento, cadavéricos. ¿Cómo era? ¿Vivir en el presente, siempre, o en el nunca?... Los perros recordaban, estaba casi segura. Los perros soñaban, eso lo sabía. Pero no era esa especie de mitad aquí, mitad en otra parte que sentía ella, parte recuerdo y parte deseo, y nunca exactamente *aquí* excepto cuando dormía... e incluso entonces, el soñar...

Nieve en el suelo, y más en el camino. Un desconocido duerme a su lado. Se veía venir.

Estar entero, estar presente, ir a caballo sobre los blancos campos y las extremidades inertes a galope tendido, deprisa, no hay más tiempo que el ahora, solo el gesto, la línea entre caballo y jinete y la carrera totalmente borrosa, y nada fuera del momento, ni sueños ni recuerdos ni deseos, solo la velocidad y la mujer que desaparece en medio de la velocidad. Ser el caballo mismo. Ser nada. Ser el momento, la carrera misma y nada más, ni siquiera un rastro, como el aliento del espejo...

Cinco grados y el viento aullaba en Wolf Creek, formaba líneas como de pana que se desplazaban sobre el agua gris, el agua que reflejaba cielos y colinas grises, el esporádico y solitario pino ponderosa o el enebro, un retazo de cielo azul que resbalaba por el borde más lejano del cielo, la mañana descendía hacia la tarde, diez minutos para encender un puro. Eso era divertido.

Eso era algo. Quizá simplemente intentar demostrar algo a alguien, quizá a sí mismo. Ya le habían quitado el yeso y eso era lo que Edgar había amado siempre, estar a solas en el río, intentar ser más inteligente que un animal cuyo cerebro no era más que un puntito ancho en su espina dorsal. Traición, sigilo y astucia, aunque todo eso sonaba peor de lo que era. Casi todas las devolvía al agua. Hoy había prometido llevarle una a Amy. Eso también era algo, se dijo, contemplando el extremo consumido de su puro, donde el viento había dejado la ceniza irregular: la sed de sangre de las mujeres, la manera en que querían carne para ellas y sus hijos. Layla era la única que comprendía que pescara y liberara a los peces, y aun así parecía real. Todas esas chicas con sangre en los labios y los dedos le dieron una idea para un dibujo. Quizá un cuadro. Quizá un cuadro hermoso y grande que no le gustaría a nadie y que nadie compraría, como siempre.

Nicotina y cinismo, dos cosas que siempre van unidas... Le dio una calada al puro, pero estaba caliente y le quemó porque estaba consumido por un lado. Lo apagó en el agua y lo tuvo allí medio minuto, y a continuación lo arrojó a la orilla, lo más lejos que pudo. No era más que hoja, solo veneno. Se descompondría.

Edgar volvió su atención hacia el agua. Bajo las ondas que formaba el viento percibía una grieta, un lugar donde el agua se juntaba con otra corriente más lenta, donde un pez grande podía nadar con facilidad en la corriente. Tendría treinta centímetros o cuarenta y cinco o quizá sería aún más grande o quizá estaría en cualquier parte o sería un pez imaginario. Su mente era como una máquina de escribir analizando las posibilidades, algo automático. Eso era lo que le encantaba. Tenía que recordárselo.

Ese hipotético pez grande, ¿de qué se alimentaría? De cualquier cosa, era imposible decirlo. Una ninfa efímera de finales de otoño. Una hamburguesa con queso. A Edgar le resultaba difícil concentrarse.

El matrimonio era algo en lo que no pensaría.

Una luciérnaga con la cabeza como un abalorio en la punta y espuma color rosa en el anzuelo. El viento intentaba quitarle el sombrero. No era solo fresco sino frío, el invierno inminente, o quizá el invierno que ya estaba llegando. Las hierbas largas se agitaban en la brisa. Ató un indicador de pique, rosa y naranja como la peluca de un payaso, e intentó lanzar con el viento a la espalda. Sintió cómo el viento se llevaba el sedal en el aire, y luego intentó lanzar contra el viento, y el sedal pasó junto a su oído completamente fuera de control y todo el aparejo fue a parar al agua, el sedal, las moscas y la peluca de payaso, con la gracia de unas herramientas de fontanero. El hipotético pez puso rumbo a Nueva Orleans.

Edgar consideró la posibilidad de que su vida no fuera trágica, sino cómica, que él no fuera más que un gracioso que montaba el número allí donde iba, un ejemplo para los demás. Con su traje de payaso, sus botas de pescador, su chaleco de muchos bolsillos con todos aquellos objetos colgando y sus graciosos mitones...

Las líneas de la cara de Layla. El perfil de su mandíbula. Se acordaba de haberlos dibujado a la suave luz de la tienda. Parecía que ya no podía detenerse; ya le había hecho dos docenas de pequeños dibujos de la cara, y un par de cuadros. Casi todos se parecían a ella, aunque un par habían evolucionado hacia la geometría, campos de color. Pero sobre todo su cara cuando le hablaba de Rusia, del asedio, de los mercados de carne humana, del pan de serrín y de los cadáveres que se dejaban congelar en las calles desde octubre hasta mayo. También su cara en reposo e incluso feliz y burlona cuando un hombre de Nueva Jersey se acercó a la tienda un día de lluvia y quiso saber dónde había buena pesca. Su felicidad en el silencio: una taza de té, lluvia en el cristal de la ventana, el susurro del tráfico, la compañía de Edgar. Ella podía hacerle feliz. Edgar lo sabía, sumergido hasta las caderas en el río Misuri. Él también podía hacerla feliz.

Eso es lo que significaba ser un hombre, se dijo: sufrir, mostrarse firme, estoico ante la felicidad. No la felicidad, sino la simple posibilidad de la felicidad. Una criatura, la pequeña Olive, otro bebé en camino, esa era la verdadera dicha... y lo era, no es que se estuviera convenciendo de ello. Y si las cosas habían ido un poco lentas, un poco tristes con Amy, era porque así eran las cosas. Incluso tenía un nombre: *posparto*. No se estaba convenciendo de nada. Olive, su carita reluciente encarada hacia él. No había nada artificial en eso, nada sentimental, una sensación buena y sólida como un mango de hacha, gastado y usado. Y si él no sabía exactamente cómo estaban las cosas con Amy, tampoco era el fin del mundo. Tendrían tiempo de arreglarlo. Tendrían el nuevo bebé y luego, cuando las cosas se calmaran un poco, a lo mejor habría un bonito viaje. La madre de Amy cuidaría de los bebés, se había ofrecido una docena de veces.

Contempló el agua, larga y gris en la luz gris. El invierno había llegado, no el crudo invierno todavía, pero sí la luz chata y el viento frío. Podían ir a México, a algún lugar del océano, beber cerveza y broncearse. Podían estar juntos y ser felices. Él y Amy, eso era todo lo que quería decir. Edgar y su mujer.

Dorris MacKintyre se pasó cincuenta años criando ovejas en Ovando. Compró una cabaña y tres mil hectáreas a un dólar la media hectárea cuando en los años treinta heredó dinero de su padre, tierra montañosa y planicies elevadas de salvia, no valía para gran cosa. Posteriormente vinieron los federales y le compraron la mitad de la montaña que ahora formaba parte del Parque Natural Bob Marshall. Si ibas a Great Falls y levantabas la vista hacia las montañas, esa era su tierra. O lo había sido.

Se casó con una muchacha que conoció en un club nocturno de Black Eagle, en la sala de baile 3D, donde solían tener una banda de negros. Una buena chica. Había salido con sus amigas para divertirse.

Tuvieron cuatro hijas. Cada vez que tenían otra hija, él añadía otra habitación a la cabaña, una para el matrimonio y una para cada una de las hijas, de manera que ahora la pequeña cabaña era casi una mansión rústica. Nunca tuvieron dinero. Ricos en tierras y pobres en efectivo. Tampoco es que la tierra valiera gran cosa, a mil quinientos metros de altitud y sin agua digna de mención. La mitad del tiempo estaba todo helado. El simple hecho de llevar a las niñas a la escuela era una aventura. Llevarlas a ellas y a Trudy a la iglesia. Había un servicio religioso en Ovando, pero lo celebraban en el bar, y eso Trudy no podía aceptarlo, así que cada domingo iban hasta Lincoln.

Una de las chicas, Joy, resultó que tenía un defecto congénito en el corazón. Era imposible que nadie pudiera saberlo, y un día, en el patio de la escuela, tuvo un ataque, así, sin más. Trudy nunca lo superó. No del todo. ¿Cómo superabas algo así?

Ahora Dorris está postrado en una cama junto a la ventana en la casa de su hija en Missoula, una cama metálica de inválido con el respaldo que se inclina y reclina eléctricamente. Sus manos reposan sobre la colcha blanca como si fueran tocones de madera, marrones y curtidos, llenos de manchas y bultos. Desde que tuvo la apoplejía no funcionan tan bien. Hay un televisor al pie de la cama, pero suele estar apagado. Dorris nunca llegó a acostumbrarse a la televisión. A veces miraba algún partido de béisbol, pero ahora la liga ha terminado, y si hay algo que no puede soportar es el fútbol americano. Su nieta aparece por casa de vez en cuando después de la escuela, y ella es quien lo mantiene aún vivo. Dorris no se puede creer que ella y él sean de la misma sangre, la pequeña Greta, una cuarta parte de sangre india, de la tribu de los pies negros. Qué contento está con ella. Pero hay cosas con las que no puede, su pelo

negro, sus labios rojos y sus veinte pendientes. Las cosas que le permite su madre. ¡Y cómo viste! A veces Dorris tiene que apartar la mirada para no ver las tetitas de su nieta.

Casi todos sus días transcurren tranquilamente en la habitación de atrás. Lisa, su hija, está en la pequeña empresa donde trabaja. Greta está en el colegio. El papá de Greta está levantando arena en Arabia Saudí. En el exterior sigue el ajeteo del ancho mundo. Lisa cree que debería tener a alguien que le hiciera compañía todo el tiempo, pero Dorris no quiere. Le gusta pasar esas horas a solas, solo él y las ardillas. Observa cómo se recortan contra el cielo gris, cómo caminan sobre los cables de teléfono, cómo se persiguen arriba y abajo del gran arco que hay en la parte de atrás. En esos momentos se queda sentado y contempla las ardillas. Dorris no aguantará todo el invierno.

Tampoco le importa.

Un día de estos, cuando todo el mundo esté en el trabajo o en el colegio o con prisas, mientras los coches de bomberos se apresuren para salvar a alguien y los repartidores de comestibles den marcha atrás a sus camiones hacia la zona de descarga del Food Farm, que está a una manzana de distancia, un día de estos, mientras Greta esté sentada en clase de sociales y los chavales de la universidad hablen de lo que diantres hablen hoy en día mientras toman una taza de café en Bernice —y sea lo que sea significa mucho para ellos—, y los carpinteros aporreen clavos en un tejado sobre la nieve que les cubre medio culo, cuando las nuevas hogazas de pan salen del horno y los banqueros estén robando y la gente del ayuntamiento acepte sobornos, a veces piensa que será por la tarde, pero está casi seguro de que será por la mañana, justo en el momento en que todo el mundo se esté ganando los garbanzos, se remangue y se ponga a trabajar, Dorris sencillamente se echará boca arriba en la cama y eso será todo.

Ya casi lo percibe, como algo que ha hecho mil veces anteriormente. Clavar un clavo o colocar el enganche de un camión.

June, la muchacha del hospital de desahuciados, le trajo una cinta de música angelical y dice que eso hará las cosas más fáciles, pero Dorris no lo cree. Sería algo contrario a su suerte. Pondría la cinta, es como si pudiera verlo, y se echaría en la cama. Y cuarenta y cinco minutos después la cinta se acabaría y él seguiría echado allí como un bobo.

No, gracias. Se arriesgará.

Lo que más le gusta ahora a Dorris son las ardillas. La cama está situada en la habitación de atrás que da al callejón, y es un sitio tranquilo. Les ha puesto nombres a todas, nada demasiado original. A la que tiene marcas negras alrededor de la nariz, por ejemplo, Dorris la llama *Blackie*. Pero si te las quedas mirando, ya no las ves de una manera tan convencional, y hacen cosas asombrosas. Recorren el cable telefónico desafiando la muerte. ¡Luchan a gran velocidad sobre las cercas y en el interior de los árboles! Dorris no sabría decir si se pelean de verdad o si solo juegan. *Blackie* y

Karen, Spot y Leroy y Ferdinand. Dorris lo llama *Ferdinand* porque es el macho, el que siempre persigue a las otras. Una vida dura, considera Dorris, la de ser el broncas. Tener los huevos grandes y más nueces que las demás ardillas. Dorris ha conocido a personas así.

A veces se siente inquieto, y en estos casos se pone a limpiar sus armas. A veces, cuando lo piensa, se ríe de sí mismo. Las armas más limpias al oeste de Montana. ¿Y qué demonios va a hacer con ellas? A lo único a lo que podría disparar es a las ardillas, y Dorris no se va a poner a cazar ardillas. Sin embargo, saca los cepillos y el aceite, y las desmonta lentamente con las manos temblorosas: su revólver reglamentario, el 30.06 de largo alcance, el rifle para búfalos 45-70 que heredó de su padre. Incluso cuando estaba en condiciones de utilizarlo, cada vez que lo disparaba lo tiraba al suelo. Un arma bestial. ¿Quién volvería a usarla? Las chicas se desperdigaban desde allí hasta San Diego, y sus dos nietos eran blandos chavales de urbanización. Dorris los quería tanto como al resto, pero no podía evitar desear que fueran diferentes, desear que estuvieran *interesados*. Unos años atrás, cuando tenían nueve y diez, se los llevó a cazar taltuzas, los llevó a un campo de heno en la propiedad del viejo Lindbergh, donde no había más que agujeros de taltuzas de una punta a otra, y les dio a cada uno un rifle del 22 y una caja de cartuchos, y los dos se cansaron antes de que se agotara la primera caja. Un chaval al que no le gusta matar taltuzas. Dorris ni siquiera desea entenderlo.

Un retazo de sol cruzaba veloz la hierba marrón, un estallido repentino, luminoso y cegador, y con él un presagio de la primavera. En la oscuridad que le rodeaba, RL sabía que ella viviría para ver la hierba verde y sentir el sol, un pequeño secreto de esperanza en la oscuridad de diciembre. No era más que una diminuta posibilidad, pero una diminuta posibilidad era lo único que ella necesitaba si funcionaba. Y si Betsy tenía razón —y RL pensaba que estaba loca, pero eso no significaba que él no pudiera estar de acuerdo con ella—, si Betsy tenía razón y todo dependía de la energía mental positiva, entonces a lo mejor ese pequeño atisbo de energía positiva sería suficiente para que todo acabara bien. Él quería que ella viviera. Con una intensidad que le sorprendía.

Por alguna razón, solo había un lugar en el que la hierba seguía siendo verde, y cuando el sol llegó allí, se iluminó en una explosión de luz verde.

RL fumaba un purito suizo y esperaba a que saliera del oncólogo, apoyado en un banco, contemplando una cascada congelada, debajo de un gran cartel de PROHIBIDO FUMAR A MENOS DE 20 METROS DEL EDIFICIO. Unos altavoces invisibles emitían en el patio música country de la emisora local. En principio, RL estaba a favor de la música country, pero en la práctica toda sonaba igual. Gran parte de su vida parecía ser así: algo que debería querer, pero que en realidad no quería.

Estaba pensando en las efímeras, en que algunas nacen incluso sin boca. Viven su existencia de un día al sol y crían y vuelven al agua como moscas para pesca. No hay nada triste en ello.

Layla se despierta y se incorpora bruscamente a las tres de la mañana, cubierta de sueños. Esta vez se trata de la boda de June, sol primaveral y rosas blancas, una tarde en la hierba verde, verde. ¿Quién es este novio? Layla nunca acaba de verle la cara, siempre se vuelve en el último momento, siempre le da la espalda, aunque ella siente bastante curiosidad. Ve su espalda cubierta por un esmoquin negro, inclinado dentro de un círculo de hombres vestidos todos de negro como cuervos, y del círculo salen risas y humo.

June va vestida exactamente como June, un vestido de boda blanco y con encaje, aunque sin abandonar su estilo formal, el pelo corto y práctico y una falda estilo cóctel, si no anda equivocada con lo que es el estilo cóctel, aunque se imagina que sí. June está al frente de la boda de June, se ocupa de todo, hace arreglos en el último momento, coloca a sus amigos y se coloca también a sí misma. Sus ojos no dejan de escudriñar justo donde está Layla en ese momento, pero no parece verla, lo que hace que esta se sienta espectral, invisible, repulsiva. Cuando era pequeña, Layla imaginaba qué se sentiría al ser un fantasma en tu propio funeral, viendo a todas las personas que conocías y a todas las personas que amabas vestidas de negro y llorando, echándote de menos, y tú allí, incapaz de comunicarte con ellas, de cruzar esa pantalla invisible entre un mundo y el otro..., pero esa era una ocasión feliz, o eso se suponía. Lo que resulta raro de esa boda es que Layla no parece conocer a nadie. Todos le suenan, no van demasiado arreglados, se les ve un poco bronceados, emanan buena salud y hacen mucha vida al aire libre, y cuentan historias de grandes peces y alijos de cocaína en las zonas rurales: son gente que Layla conoce, sus costumbres y su moralidad, su comportamiento y su influencia, pero aunque en general conocía a todas esas personas, no conoce a ninguna en concreto. June se está casando entre desconocidos.

Y Layla no encuentra la manera de llegar hasta ella. Los ojos de June pasan a su lado sin reconocerla. Layla es aquí una desconocida, y June se está casando entre desconocidos, gente que no la conoce, que no se ocupará de ella como debiera. Incluso ahora, incluso estando despierta, Layla percibe la tristeza de esa escena: el hogar temporal disuelto, desperdigado a los cuatro vientos, y ahora este sitio sin amigos. Todos los invitados *se parecen* a los amigos de June, pero no son los amigos de June, es solo gente que se le parece. Gente que se parece a mí, piensa Layla.

¿Dónde está mi madre? Necesito a mi madre.

En su camita de siempre, oye la lluvia golpeando a través de los árboles. ¡No es de extrañar que esté deprimida! Además, casi seguro que está embarazada. La regla —de costumbre, regular como un reloj— ya lleva tres semanas y media de retraso, y todo el día tiene ganas de comer chocolate. Quiere volver a dormirse, volver a esa boda si puede. Porque por extraña, por ajena que sea, todavía recuerda el sol sobre la piel, el aspecto de la hierba blanda y las hojas verdes y las nubecitas blancas deslizándose por el cielo azul, un lugar de dicha y de calidez, las mesas rebosantes de buena comida y de vino blanco frío, la risa y el murmullo de conversaciones amistosas. Solo luego, cuando vuelve a estar medio dormida, recuerda el marrón que rodea los pedúnculos de la uva, las hojas que cambian de color, las moscas —una por una— enamoradas de todo ese azúcar, de todo el vino derramado. No hay manera de mantenerlas alejadas.

De lo que no hablaban era de todo: de los niños, de Roy, de los platos sucios y de la víspera de la quimioterapia. En ese momento no había tema. La cara infeliz de ella a la luz de las velas. A mitad de la cena, RL estaba a punto de interrumpir todo aquello, ya había tenido suficiente, demasiado: por mucho que Betsy lo intentara, no podía ocultar que no tenía ninguna posibilidad. No quedaba ninguna pajita que sacar, no había más paracaídas en el avión en llamas. El Papa, un *hippie*, y Henry Kissinger...

¿Qué?

Nada, dijo RL. No se dio cuenta de que había dicho algo en voz alta. O quizá no. Betsy tenía esas cosas.

Quiero ir a Hawái, dijo Betsy. A Tailandia, a cualquier sitio cálido.

Orlando, dijo RL.

Me conformaría con Orlando, dijo ella. Ni siquiera sé por qué me pasa esto. Es como cuando de repente tienes ganas de comer chocolate.

O de tomarte un whisky.

Me conformaría con un whisky.

Eso te lo puedes tomar esta noche, dijo RL. Parece que va a nevar toda la noche. El aeropuerto está *cerrado*.

Tampoco tengo dinero.

Apareció el camarero y se llevó sus platos, el de RL lustroso y vacío —el costillar de cordero había sido todo bocados sabrosos y poca carne de verdad—, y el plato de Betsy, que solo se había tomado la mitad y a desgana, desperdigando el resto. No le había entusiasmado. O a lo mejor no tenía ganas de comer. A lo mejor vivía a base de otro tipo de nutrición, el canto de ángeles invisibles o la misteriosa radiación del sol. Cenizas, se dijo RL. Cenizas y diamantes, diamantes y óxido.

Edgar, el chico que trabaja conmigo, lleva un grupo a Bimini después de año nuevo, dijo RL. Eso sí que cabrea.

¿Por qué va él y no tú?

Oh, dijo RL. Fue él quien consiguió los clientes. Ni siquiera creo que acaben pagándole. No es más que un viaje gratis a Bimini.

Betsy levantó la mirada. No había ido en parte por ella, y Betsy lo supo nada más mirarlo.

Además, ya sabes, dijo él. Primero de año. Los impuestos y todo eso.

Claro, dijo ella.

Vale, así que ella no le creía. Un pequeño brillo de maldad. Aún era capaz de reírse.

¿Qué?, dijo él.

Eres casi transparente, dijo ella. Alguna vez deberías venir a ordeñar las cabras conmigo. Creo que te gustarían las cabras. Son un poco impredecibles, siempre sorprendentes, como los gatos, los ciervos y las hijas. Esto nunca ha sido lo mío.

Extendió los brazos abarcando el restaurante, las lucecitas y las conversaciones a media voz. Una mesa de hombres de negocios borrachos de New West —gafas de sol con un cordelito en torno al cuello— prorrumpe en carcajadas cuando alguien acaba de contar un chiste.

Vas a pensar que esto es una locura, dijo Betsy.

¿El qué?

Algo, dijo ella, un perro o quizá un coyote o incluso un lobo —Roy creía que podía haber sido un lobo—; en todo caso, un animal se metió entre las cabras una noche mientras dormíamos. Las teníamos encerradas. Solo para que estuvieran juntas, hay un pequeño cobertizo, pero no es más que una alambrada, nada que impida que entre ningún animal. Nos despertamos y oímos un chillido, sonaba como el chillido de un bebé. ¿Recuerdas ese sonido?

Lo peor del mundo.

Lo peor de lo peor, dijo ella. Es algo que te atraviesa... Fuera lo que fuera, se había ido cuando Roy cogió la escopeta y salió, pero el macho estaba muerto en el suelo y dos hembras permanecían aún de pie con la garganta desgarrada. Yo lo vi. Salí detrás de él.

Qué horror, dijo RL. Tuvisteis suerte de que no fuera un oso.

Eso fue lo que dijo Roy.

Betsy cogió su copa de vino tinto y dio un sorbo, y a continuación bebió con más entusiasmo, un buen trago.

Este no es el momento ni el lugar para una historia así, dijo ella. Cuando empecé a contarla pensaba que era otra cosa.

¿Qué pasó?

Roy les disparó, Robert. Justo cuando yo estaba allí mirando. Dice que tuvo que hacerlo, no sé. A lo mejor tiene razón. Ni siquiera tuve la oportunidad de decirles adiós, tuve que volver corriendo a casa e impedir que los niños lo vieran.

Ahora lloraba, tenía lágrimas en los ojos.

¿Lo ves? Es estúpido, estúpido. No son más que cabras, animales. Las compras a treinta dólares por correspondencia.

Las querías.

Sí, las quería.

No hay nada estúpido en eso.

Puede que no, dijo ella. Pero acabé yendo a terapia, no podía superarlo. No podía

dejar de pensar en ello, ¿sabes? Un año y medio a setenta y cinco dólares la hora, y ni siquiera teníamos seguro. Resulta que soy una persona complicada.

Eso te lo podría haber dicho yo gratis.

Es lo que dice todo el mundo.

Volvió a serenarse a costa de pañuelos de papel, y puso una expresión solemne, borrándose la pena de la cara.

No me des cuerda, dijo Betsy.

RL se dijo que él podía salvarla de aquello. Él podía salvarlos a los dos. La gran huida: del desastre de la vida de ella, de la infinita monotonía de la suya. No duraría siempre, eso lo sabía. A lo mejor no duraba mucho. Pero no necesitaba que fuera para siempre, solo necesitaba un momento. Él podía hacerla sentir. Ella podía hacerle feliz. Parecía tan sencillo, solo un momento. No más cabras muertas ni exesposas. Se sintió parte de algo sagrado. De algo más grande que sí mismo. De repente, se sintió ligero, como si saliera de su cuerpo. Ahora le sonreía a Betsy; al puro placer de estar con ella, cosa que no estaba bien.

¿Qué ocurre?, preguntó Betsy.

Pero en aquel momento él estaba demasiado agitado para contestar, demasiado confuso y puro. Una felicidad que no era la suya ni la de ella pero que brotaba del aire que había entre ellos. Pensar en ella. La posibilidad de huir.

Huir: no sabía que lo necesitaba, no hasta ese momento. No sabía que lo deseaba. Y, de repente, esa huida lo era todo para él, todos sus pensamientos conscientes y sus fantasías. Aquí, a la vista de todos, no podían vivir. No podían estar juntos. Pero en otro lugar, bajo unas palmeras, o al sol de España: él siempre relacionaba la felicidad y la luz del día, un lugar cálido y luminoso que no era aquel. Comida y vino, risas. Se acercaba el invierno, pero quizá no para ellos.

Un acto de violencia. Cortar el nudo. Un nudo que tenía en su interior. ¿Y ella?

Soñaba con que ella también lo tuviera. Lo había soñado antes de ahora, solo que ahora se hacía realidad, algo que había estado creciendo en su interior, en la oscuridad, a punto de estallar. Él la conocía. Sabía lo que iba a pasar ahora.

Medianoche, whisky. Estaban el uno junto al otro en el sofá, ninguno de los dos hablaba. RL pensaba en las últimas veces, y en los aeropuertos.

En que nunca sabías si era la última vez hasta que había ocurrido, y entonces era demasiado tarde.

En que el aire de los aeropuertos debe agotarse con tanto trajín, con tanto amor y pérdidas y separaciones y saludos, abrazos, besos bañados de lágrimas.

Echa de menos a su hija, sí, ya lo creo. Una temible premonición. O quizá la muerte misma sentada en el sofá junto a él, bebiendo su Bushmills y pensando en lo que estuviera pensando. Las manos de Betsy eran delgadas y ásperas, esqueléticas cuando rodeaban el vaso helado. Le pasaba a todo el mundo, era peor cuando trabajabas tanto como ella. Las manos de él —RL se las puso delante y las contempló— estaban honorablemente estropeadas, se dijo. Trabajo, aventura, heridas. Tenía los nudillos con tantas cicatrices como un boxeador.

La culpa era de esos malditos remolques. Cada vez que se acercaba a menos de tres metros del enganche de un remolque.

Algo que tenía que ver con el espacio público, lo esperado. Todo el mundo iba y venía, decía hola y decía adiós a la gente que amaba. Los ásperos bordes de cada persona se iban lijando y todo lo que quedaba era el terso contorno impersonal de un sentimiento. Todas esas emociones que todos tenemos. Cómo saber lo que debes hacer. RL quería eso, quería vaciarse, quería ver la televisión y escuchar música relajante procedente de unos altavoces elevados e invisibles. No sabía qué hacer. Dadme un guión, se dijo, una frase que decir. No me hagáis improvisar.

Betsy dijo: ¿Cuándo se volvió todo tan triste?

¿Como qué?

No sé, dijo ella, y dio un sorbo a su whisky: Bushmills solo, un vaso de agua al lado. Entre el whisky y el vino, Betsy ya había bebido más de lo que debería. A la mañana siguiente tenía que levantarse a las cinco y media.

Adiós, adiós.

Betsy dijo: Me siento como cuando subía a mi montaña y todo iba bien, ¿sabes? No bien del todo. Las cosas estaban mal, pero la gente no perdía el ánimo. Ahora tengo la impresión de que todo el mundo está desanimado, nadie busca nada diferente. Todo es como si tuvieras que ocupar un sitio en la fila, ¿sabes? Tener un

trabajo, ver la tele.

RL pensaba en aquel sótano a medio acabar, las caras de los niños asomando a la lluvia del garaje sin iluminar.

Ya lo sé, dijo ella, leyéndole el pensamiento. Nadie tiene una vida perfecta.

Eso parecía una manera muy suave de decirlo. RL no abrió la boca.

No, dijo.

No ¿qué?

No me juzgues.

Procuro no hacerlo.

Ya lo sé, dijo ella. Yo hago lo mismo, ¿sabes?, o al menos lo intento. Eso es lo que hago, ¿sabes? Juzgar, juzgar, juzgar. Eso se me da bien.

Era extraño oírle hablar con tanta lucidez de sí misma. Él estaba acostumbrado a que se engañara, a que le dijera que era de una manera, cuando en realidad no lo era en absoluto.

No he dicho una palabra acerca de tu camioneta.

Cierto.

A pesar del hecho de que consume, ¿cuánto?, veinte litros cada cien kilómetros. Y la utilizas para ir tú solo. Una sola persona.

Y tú no deberías beber tanto.

Permíteme esta debilidad, dijo ella. A lo mejor me apetece. A lo mejor todo me parece un poco estúpido. De vez en cuando es bueno despotricar, ¿sabes?

Mi casa.

Es exageradamente grande para una sola persona. ¿Cuánto te cuesta calentarla?

Ahora somos dos, dijo él.

Ahora.

Estoy hablando de ahora.

¿Qué?

A modo de respuesta, se colocó al otro lado de la mesa de la cocina y la atrajo hacia él, y ella, sorprendida al principio, superada la renuencia del primer momento, se sentó en el regazo de RL y permitió que él la besara en la boca. No es que lo permitiera. Se entregó. Y lo besó y lo abrazó, y RL sintió que la cocina soltaba amarras y se iba a la deriva, un pequeño bote en alta mar.

Esto no es una buena idea, le susurró ella al cuello.

Lo sé.

Tengo hijos.

Lo sé, lo sé, lo sé, dijo él.

June estaba despierta por alguna razón, pero no sabía por qué. El reloj de la mesilla de noche marcaba la una menos cuarto. Por algo.

Había vivido sola muchos años y no le daban miedo los ruiditos nocturnos de una casa, una vieja casa como esa que crujía y gruñía al viento y al frío y al calor del verano. Eso era otra cosa. ¿El qué? Howard estaba en Portland, bebiendo. June estaba sola en la casa y el mundo estaba muy lejos y se encogía.

Entonces volvió a oírlo. Un sonido quizá procedente de la cocina.

Rosco vomitando sangre en el suelo de la cocina.

En un movimiento continuo ya había salido por la puerta con el perro en brazos, después de vestirse, coger las llaves del coche y las gafas y una manta, una buena manta de lana que se echaría a perder con la sangre y la mierda del perro. Ciego de dolor, *Rosco* intentó morderle la mano. Ella lo colocó en el asiento de atrás y le remitió la manta alrededor de las delgadas patas.

No te mueras, le dijo.

El perro la miró con unos ojos grandes y afligidos. Viviría si ella le obligaba. No es que lo deseara especialmente. Una vida perra.

No te mueras, dijo ella.

Lo que ella quería decir era no pares, no pares, no pares de respirar, pero no era más que un perro, no la entendía, de manera que puso su viejo Subaru a más de cien en las curvas que había junto al cementerio y rezó para que no hubiera hielo en la carretera. De pronto se dio cuenta de que *rezaba*. Toda la vida había predicado serenidad a los que agonizaban, había intentado llevarles paz, y ahora que era su turno —ni siquiera era su padre ni su hermana, sino un *perro*— se encontraba con que la calma la había abandonado y en su pecho se había desatado un pánico automático. ¡Deprisa! Pasó por el aparcamiento helado del Walmart, la planta de tratamiento de residuos alimentarios, la comisaría y la ferretería, toda la mugre y la fealdad, los coches de segunda mano aparcados con costras de nieve negra. Estoy fallando, se dijo. Lo estoy haciendo fatal. Por un momento se preguntó si todo aquello no era un sueño.

Rosco volvió a morderla cuando ella lo recogió del asiento de atrás del coche, esta vez la hizo sangrar, de manera que la sangre de él y la de ella se juntaron en la manta. Apretó el timbre de emergencia del hospital veterinario, deseando que se dieran prisa.

Un veterinario con cara de sueño la dejó entrar y le cogió el perro, con manta y todo, y se lo llevó a las misteriosas habitaciones de la parte de atrás. June se quedó sola y sangrando sobre el linóleo de la sala de espera.

En un extremo de la sala de espera había una cafetera entre las revistas. Probó una taza, pero el café llevaba todo el día y toda la noche en el calentador, y era amargo, negro y concentrado. Escupió el sorbo que había dado en una taza de plástico y la tiró.

Golf Digest. Cat Fancy. Business Week.

Sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta y se lo quedó mirando y se preguntó por qué no tenía nadie a quien llamar. Nadie que conociera a su perro lo suficiente como para que le importara. Pensó en Layla, que estaba en Seattle. Howard en la habitación de su motel, si es que a esa hora de la noche había vuelto a su habitación. Una vez cada mes o dos se iba en coche o en avión a Portland, donde había vivido durante una época, y allí se emborrachaba y se quedaba todo el fin de semana borracho. Por lo demás no bebía ni una gota, y cuando estaba allí no conducía. Todo eso parecía razonable de una manera que a ella le ponía la piel de gallina, pero mantenía la boca cerrada. Lo cierto es que no era asunto suyo.

No he nacido para esta vida, se dijo. Podía seguir adelante, podía ir tirando sola, coger las pequeñas granadas de mano que la vida le arrojaba. Era una persona fuerte. Pero no había nacido para esta vida.

Marcó el número de RL y escuchó el pitido en la vacía sala de espera sin que contestaran. El sonido más solitario que conocía.

RL estaba de pie en la puerta de la habitación de invitados y contemplaba cómo el saco de dormir de Betsy subía y bajaba lentamente a la escasa luz de la luna. Esbelta, blanca, sus hermosos hombros, la curva hasta la cadera, podría haber sido el cuerpo de una muchacha. La muerte y la podredumbre por dentro.

Oyó sonar el teléfono en la cocina.

Era extraño que hubiera tanto en ella que aún fuera bueno, hasta qué punto seguía siendo una muchacha. Se había dormido al instante, sin preocupaciones ni sudor, como cuando las noches de verano Layla corría hasta caer rendida... Su respiración era lenta y suave, y se movía con movimientos suaves, submarinos. RL sentía algo grande y pesado moviéndose dentro de sí. Todo apuntaba a que Betsy no iba a conseguirlo. No iba a vivir. Toda esta vida no vivida, todos esos años en el purgatorio con sus agujas de hacer punto y su jardín, las caras de los niños en la lluvia... Esas ansias de deshacer, de desenmarañar, de visitar, de volver a poner en marcha. Esa *futilidad*.

Volvió a cerrar la puerta del modo más silencioso que pudo y regresó a su silla en la sala, su vasito de Johnnie Walker con hielo, su nido vacío. Echaba de menos a su hija, sí, ya lo creo.

Los niños pequeños no bautizados pasaban la eternidad en el purgatorio porque iban allí sin pecado pero no habían sido bautizados. Eso parecía un argumento contrario a Dios. Cuando era pequeño, había llorado por esos niños. Cuando era pequeño, nunca había llorado. ¿Cuánto tiempo había sido? Sin madre, abandonado. ¿Quién llamaba por teléfono? Las 2.13.

Él la salvaría. Del alcohol, el estupor y el duermevela vendría la certeza. No la salvaría de lo gordo, sino de la futilidad. Sintió que se zambullía en la negrura, bajo la superficie, donde estaba Betsy. La devolvería a la luz, aunque solo fuera por un momento. Se zambulliría en ese lugar negro y marrón y hediondo y pegajoso en el que ella se encontraba. Se zambulliría y volvería a salir. Lo haría. Lo haría. Vivo y al sol, en algún lugar cálido, en algún lugar agradable, en algún lugar con copas y relajación y agua donde nadar. Las cosas eran difíciles para ella y RL era un hombre duro, y la vida era siempre dura, y solo había un minuto de molicie, solo un minuto. Un pequeño descanso. Se acabó la copa y se fue a la cama; era un hombre con una misión.

El ferry se alejó de Anacortes, despacio al principio, con un poderoso gruñido de diésel y una gran cantidad de agua blanca formando una ebullición de encaje contra las barreras de acero del muelle. Llovía, las tres y media, se hacía de noche. Pasaron junto a islas boscosas cubiertas de vegetación, despacio al principio, que entraban y salían de la niebla y las nubes. Cada edificio iluminado parecía un hogar, cálido y amarillo.

Sin hogar, pensó Layla. Se volvió hacia Edgar.

¿Cómo me vas a presentar?, preguntó ella.

Como una amiga, supongo, dijo él. Una modelo. Una supermodelo.

Pero ¿te conocen, verdad? ¿La gente que lleva la galería?

Es un amigo de mis padres, dijo Edgar. Montó mi primera exposición.

Yo no debería estar aquí, dijo Layla. De verdad que no.

Se quedaron mirando el agua un momento sin hablar, observando cómo el pueblo se alejaba lentamente, la solitaria partida. Las luces de la población ya estaban encendidas a la caída de la tarde, y en el muelle estaban solo ellos dos, un viento frío y húmedo que se volvió más frío cuando la embarcación cogió velocidad y dejó atrás la tierra. Me voy, me voy, me he ido, se dijo Layla.

Quería verte, dijo Edgar.

Tengo frío, dijo ella. Entremos.

La zona de pasajeros estaba más caldeada que la cubierta iluminada por luces de neón. Había *hippies* de la isla y hombres de negocios y esposas abrigadas con forros polares y Gore-Tex, todos gente de dinero, no había nadie enfermo ni pobre. Incluso los tatuajes que llevaban las *punks* parecían caros, nítidos y recién hechos. Contrariamente a los tatuajes de los borrachuzos de Montana, esa mancha azul que antaño había dicho Charlene... Olía a agua de lluvia en el linóleo, a grasa de cafetería, a escuela de primaria en la lluvia. A lo mejor un chocolate caliente le iría bien, quizá con un donut. El calor de aquel ambiente cargado y el viento frío de fuera. En algún lugar debajo del ferry nadaban los salmones, Layla los percibía. El niño nadaba en su interior. Todavía no se lo había dicho a Edgar. No estaba segura de si se lo diría.

¿Quieres beber algo?, preguntó Edgar. Creo que tienen cerveza.

No, pensó Layla, pero dijo que sí. Se sentó a una mesa junto a la ventana y miró

el agua oscura, buscando cabezas de foca y viendo solo gaviotas y lejanos buques cisterna. Una vela blanca en la tarde gris, distante. Era la hora del día en que en el cristal se podía ver al mismo tiempo el agua y el reflejo de la zona de pasajeros iluminada que tenía detrás, y era difícil decir cuál era el real. Confesión, se dijo, penitencia. Su madre, en uno de sus esporádicos arrebatos de madre, había dejado de beber y de tomar drogas —aunque seguía fumando porros—, y había empezado a ir a diferentes iglesias. Incluso había tenido un trabajo durante una temporada. Layla debía de tener ocho o nueve años. Pasaba los fines de semana e incluso algunas noches entre semana con Dawn en la casita que ella tenía junto a las vías del tren. El carácter improvisado de sus vidas, la sensación de que ninguno de los dos sabía adónde se dirigía, ni qué hacía... eso hacía que la vida fuera excitante. Layla a veces lo echaba de menos, esa sensación de despertarse y nunca saber adonde iría a parar aquel día. Un día estaba bailando con los sufíes, al siguiente estaba rezando el rosario. Pero era la misa de las seis de la mañana lo que Layla recordaba, las mujeres cubiertas de lana húmeda, el incienso que perdura en las sombras, la oscuridad del pleno invierno y que aún no era de día cuando la misa acababa... y el olor a nieve húmeda y derretida sobre el linóleo.

Una buena cerveza fuerte para un día lluvioso, dijo Edgar, colocando sobre la mesa un par de vasos rebosantes. Esto hará que te salga pelo en el pecho.

No quiero que me salga pelo en el pecho.

Entonces no te saldrá, dijo él.

Gritón, falso. No era el de siempre. No era el hombre considerado y amable que había dormido en su diminuta cama la noche anterior, los dos acurrucados y apretados para protegerse del frío y la humedad. Ahora las compañeras del piso de Layla lo sabían, y no tenía nada de malo, se dijo. De todos modos, había terminado con Daniel, o él había terminado con ella. Pero ¿dónde estaba el amable Edgar?

El que ella amaba.

No tenía ningún problema con esa palabra, aunque nunca se la había dicho, nunca lo había dicho así. Me encanta^[2] esa película. Me encantaría tomar un poco más de vino. Pero nunca te amo. Nunca a un amante, a Daniel, a nadie.

No me puedo creer que viva aquí, dijo Layla. ¡Mira eso! Ni siquiera son las cuatro de la tarde.

Ahora ella era la falsa. Falsa y falsa. La feliz pareja de mentirijillas. Se quedaron mirando el agua y solo vieron sus caras reflejadas en el cristal, azul con el color del neón. Él parecía afligido y confuso, y entonces Layla se acordó de que era ella quien le hacía sentirse triste y confuso, y entonces volvió a ponerse dura con él. Déjame en paz, entonces.

Una vez viví en Olympia, dijo Edgar. Una mañana fui a sacar los zapatos del armario y estaban rodeados de moho verde. Así era aquello.

Hablamos y hablamos y hablamos y nunca decimos lo que queremos decir.

Edgar ponía una expresión como si le hubieran dado una bofetada: estupefacción,

luego cólera. Al menos hay una pequeña satisfacción en eso.

¿Qué quieres saber?, dijo él. No tienes más que preguntar. Lo que sea.

Muy bien: ¿qué estoy haciendo aquí?

A lo mejor no soy la persona a quien debes preguntar, dijo Edgar. Quería que me acompañaras a la inauguración. Te lo he pedido. Mira, quiero lo que quiero, ¿entiendes? Si crees que no debería pedírtelo, la próxima vez no lo haré.

No es eso lo que quiero decir.

¿Qué quieres decir, entonces?

No lo sé, dijo ella. La verdad es que no lo sé. Simplemente creo que nos metimos en este lío porque nos hacía felices y ahora somos infelices todo el rato. ¡Todo el rato! Quiero decir, que pienso en ti y eso me hace feliz, pero no todo lo que hay alrededor.

Lo sé.

Y tú tienes todo el poder, dijo ella. Tú tomas todas las decisiones. Yo simplemente te sigo.

Eso no es justo.

Bueno, pues entonces dime. Dime cómo funciona esto.

Edgar no dijo nada, simplemente siguió sujetando su jarra de cerveza con la mano fría y delgada y miró por la ventana los barcos que pasaban, las cabañas y los grupitos de luces de las casas del pueblo. Y lo único que ella tenía que hacer era alargar el brazo y cogerle la mano y todo volvería a ser como antes, lo sabía. Edgar llevaba un viejo jersey gris que, sabía Layla, tenía un agujero en la axila, unas botas viejas y vaqueros: así iba a la inauguración. A ella le encantaba ese jersey. Sin embargo, fue incapaz de moverse. Cruzaron las aguas oscuras como perfectos desconocidos.

El final de un chiste, solo que no era ningún chiste: treinta y nueve años, esbelto y fuerte. Taylor había ido a las montañas en bicicleta, una vieja Ritchey que todavía colgaba en las vigas del garaje, esperando su regreso. Sintió las primeras punzadas o dolores unos cuantos kilómetros después de Rattlesnake, dio media vuelta y siguió pedaleando, consiguió llegar a la oficina que había al principio del sendero, donde alguien tenía un teléfono móvil, y llamó al 911 él mismo.

Aquel día June estaba trabajando en el pabellón de obstetricia, cinco plantas por encima de urgencias, pero tardó una hora en enterarse, y por entonces Taylor ya había muerto. Hubiera dado igual. Le contaron que perdió el conocimiento en la ambulancia de camino al hospital y después de eso ya no llegó a recuperarse, aunque estaba vivo por un pelo cuando lo ingresaron, y eso todavía le molesta. Aunque no se hubiera enterado de su presencia, a lo mejor Taylor habría reconocido el tacto de su mano. Es una de esas cosas que sabe que debería olvidar, pero no hay manera; las cinco de la mañana, acaba de apagar la luz, y June está en la cama sola pensando en algo que ocurrió en otra vida... ¿Y si pudiera recuperar ese momento?

La verdad es que tanto daba. Un minuto más o menos. Había gente que nunca conocía el amor. Ellos habían tenido años de amor. Pero ¿y si ella lo hubiera sabido?

Vueltas, vueltas y más vueltas.

Ahora su vida va hacia atrás. Desde el momento actual, que le parece tan insustancial que podría ni siquiera existir, hasta los días en que no era nada más que un pensamiento, un sentimiento, un sufrimiento: el año después del funeral, cuando se echaba sobre la alfombra de la sala con *Rosco* solo para sentir el calor de otro cuerpo con vida junto a ella, y *Rosco* —un perro joven, enjuto y hermoso— consentía en tumbarse junto a ella, cuanto hiciera falta, no se movía hasta que ella le hacía saber que todo iba bien. Ahora tiene un guión, una serie de intenciones e instrucciones. En aquella época, ella era un accidente, todo azar. Pero antes de eso era real, tenía un cuerpo y un marido y juntos se habían aventurado en el Bitterroot para echar un vistazo a una camada de golden retrievers y encontraron al suyo en una caravana que olía a Clorox. Las mujeres que lo habían criado se habían divorciado hacía poco y una de ellas tenía cáncer y en un rincón había un loro horrible y solitario. Era como si entonces el mundo fuera en tres dimensiones y ahora resultara plano, un dibujo. Había dos loros que la criadora le cuidaba a una chica en silla de

ruedas, y uno de los loros había muerto y ella iba a reemplazarlo —la chica estaba ciega, nunca se enteraría—, pero entonces pareció que la chica probablemente también iba a morir, así que no tenía sentido comprar otro. Además, dijo la criadora, los loros se portaban muy mal con la chica. Lo único que hacían era picotearla y hacerla sangrar.

La criadora era tan voluminosa y tenía tan mala salud que resollaba con solo ir de un lado al otro de la habitación, e inclinarse para recoger al cachorro le resultaba casi imposible, pero los perros estaban relucientes, llenos de vida y hermosos. Le dio un cachorro a Taylor y uno a June, y ese era *Rosco*. June lo supo en cuanto lo tocó, al ver sus ojos.

Los dos sentían la muerte rondando aquella caravana, esperando para golpear. Ambos se sentían ansiosos, esperaban el día en que pudieran ir a recogerlo; y cuando llegó tuvieron la impresión de que lo habían rescatado de la muerte.

En una ocasión, años atrás, Taylor iba en coche por Los Ángeles —quizá aún estaba en la universidad, se dijo June—, y unos policías lo habían parado, quizá confundiénolo con otra persona, y esos gilipollas de policías lo habían tenido con los brazos y las piernas abiertos sobre el capó de su coche con una porra entre las piernas y le chillaban: Cabrón, cabrón, ¿dónde está el roscó?^[3] Taylor ni siquiera sabía de qué hablaban pero acabaron registrándole todo el coche y le tuvieron media hora al sol con la mejilla pegada a la capota del coche.

Así que al perro lo llamaron *Rosco*.

Taylor había estado en Los Ángeles intentando hacerse un sitio en el mundo del jazz. Su primer amor fue el trombón, su único amor. Todo el mundo escuchaba a los Blues Magoos y a Jimi Hendrix, y él estaba en su dormitorio del segundo piso de Hamilton, Montana, escuchando *Chasing the Trane* y *Ornithology*. Era inteligente de cuerpo, no tanto de mente. Nunca lo vio con un libro en la mano. RL también era un poco así. Taylor, en cuanto ella se disponía a leer una novela con un vaso de vino al lado —Dios, qué vino barato tan espantoso bebía entonces—, se iba al garaje con una llave inglesa en la mano a arreglar o a romper algo. También tenía una habitación en el sótano, que había forrado con viejos colchones y alfombras, y en ella había un tocadiscos, y allí se iba con el trombón y practicaba, y June tenía que fingir que no lo oía. La verdad es que era un buen trombonista, pero un trombón solo, sin acompañamiento, acababa cansando. No era tan malo en verano, pero sí en diciembre, cuando ella no podía salir.

Taylor quería llamarlo *Bird*, para poder tener un perro llamado *Bird*, pero June pensaba que era mejor no confundir a un perro más de lo necesario. Así que le pusieron *Rosco*. *Rosco* porque era un poco peligroso, igual que lo ocurrido en Los Ángeles, y porque lo habían arrancado del peligro para llevarlo a casa con ellos.

Entonces se puso enfermo. El tercer día que lo tenían en casa comenzó a vomitar sangre por la mañana, y también tuvo diarrea con sangre.

Taylor lo dijo, pero June supo al instante en lo más profundo de sí lo que había

querido decir él cuando dijo que eso lo habían provocado ellos. Era como una magia aterradora, como si lo hubiera llamado Bird y hubiera echado a volar. Sentado en el suelo de linóleo esperando a que lo oyeran. Habían llevado aquel cachorro diminuto y apenas con vida dentro de una manta, y Taylor lo había apretado contra su pecho, y Rosco no podía contenerse, y en la pechera de la camisa de Taylor había un reguero de mierda líquida y marrón y sangre roja. El veterinario les dijo que era un parvovirus, le pondremos un goteo intravenoso y lo tendremos calmado y confiaremos en que se mejore. Aquella noche, los dos se quedaron en el bar rezando a aquello a lo que pudieran rezar, sabiendo que ellos habían provocado la enfermedad, el pequeño cachorro indefenso pagaba todas sus carencias. No era justo. El animal no había hecho nada malo. No era más que una pequeña criatura que no quería hacer daño a nadie. Era un buen perro.

Si pasaba aquella primera noche.

Eso es lo que dijo el veterinario.

Y la pasó. Toda su larga vida, todos aquellos días y la caza del ciervo y la luz matinal en el suelo de la cocina y durante aquella primera noche su vida pendió de un hilo. Pero el hilo aguantó. El perro sobrevivió, trece años hasta ese momento. Esquivamos una bala, eso fue lo que le dijo Taylor. Aquella vez esquivamos una bala.

Tom Champion fue a esperarlos al embarcadero del ferry, un abrazo, una celebración, un viejo amigo de la familia, y luego le tendió la mano, vacilante, a Layla. ¿Quién era esa chica?

Una bienvenida indecisa. Provisional. Condicional.

Una noche negra de llovizna. Ella y su diminuta maleta entraron en el asiento de atrás mientras Champion y Edgar hablaban de viejos amigos y asuntos familiares que Layla nunca había oído mencionar. Cosa que no le importaba, en absoluto. Ella también tenía sus secretos, y sus sorpresas. También podrían ser tuyos, se dijo. *Podrían*. La lluvia caía inclinada y salpicaba el cristal trasero. A su alrededor, pastos para vacas, verdes y oscuros, de vez en cuando la luz de una granja a través de los árboles que goteaban. El sedán a toda velocidad, la chica del asiento de atrás, secuestrada. Yo soy el McGuffin, se dijo.

Al cabo de más o menos veinte minutos, fueron apareciendo luces y el bosque dio paso a una pequeña y bonita ciudad. Era muy mona. Se le paró el corazón al ver todas aquellas cercas, todos aquellos revestimientos de listones, aquellos pinos de Norfolk y araucarias. En las calles se alineaban Mercedes cuatro por cuatro y vistosos y diminutos coches deportivos. No se veía nieve podrida ni esqueletos de ciervo, ni jacuzzis abandonados ni cazadores que iban de acampada. Jodida, nerviosa y lejos de casa. Edgar comprendería que ese no era su sitio, entendería por qué. Él estaba en casa, había nacido en Cut Bank. Sabía qué extremo de la sierra mecánica era el delantero.

Pero Edgar estaba en el asiento de delante, hablando de estrellas de cine y del dinero de Microsoft con Tom Champion. Esto no es Bigfork, dijo Tom Champion. No eran de los que compraban figuritas indias de hierro forjado. Estos son coleccionistas de verdad.

A mí ya me está bien.

Saben comprar. Si les gusta tu obra, se quedarán mucha. Pero no solo compran por comprar. No están de vacaciones.

Es gente que vive aquí.

Para muchos de ellos, es su segunda o tercera casa. En muchas de estas casas no ves luz a menudo. Pero sí hay algunos que vienen y se quedan, ayudan con las escuelas, cosas así. El año pasado Gene Hackman vino a una reunión a la escuela de

mi hija. Un tipo simpático, por lo que tengo oído.

Gene Hackman, dijo Edgar. ¡Vaya!, no sabía que aún vivía.

El pueblo era como un juguete, una maqueta de tren ampliada a tamaño casi natural, y la conversación de los hombres parecía venir con el paquete. Hombres hombres hombres, hombres viriles. De repente, pensó en June y la echó muchísimo de menos. Un mundo sin hombres. Un accesorio, un amor durante el verano caníbal de Layla. Sangre y hielo, cadáveres congelados en las calles. Daniel con su poesía y su pelo. Todo parece estar a kilómetros y kilómetros de distancia. Si los hombres dejaran de ir a la guerra, ¿la empezarían las mujeres? Parece una pregunta pertinente.

Buena gente, dijo Tom Champion. A través de la luz que había delante de la galería pudo ver a los clientes vestidos de cachemira y vaqueros, gente salida de diversos catálogos con su corte de pelo de catálogo y su perfecta dentadura, en la mano vasos de plástico de vino, charla, charla, charla y en las paredes *veinte cuadros exactamente iguales*. ¿Qué era eso?

Edgar le sonreía, avergonzado, al ayudarla a salir del asiento de atrás. No lo sabía, dijo él. Iba a decírtelo...

Y lo cierto es que ya no sabía por qué estaba tan nerviosa, y los siguió a los dos al interior de la cálida sala iluminada y vio que no todos eran el mismo, todos eran ligeramente distintos, pero solo ligeramente, y todos eran dibujos y cuadros de su cara, la cara de Layla. Veinte o treinta cuadros de ella y aquel pequeño grupo de personas, una veintena, abandonaron sus conversaciones y se volvieron hacia la puerta donde se encontraban ella y Edgar, y le dirigieron una sonrisa a Layla y le dieron su aprobación y su bienvenida.

Una sensación de pánico, un sentimiento que no reconoció. Retrocedió, apartando a Tom Champion a su paso, salió por la puerta a la lluvia. No podía respirar.

Él salió detrás de ella, a la calle.

Lo siento, dijo Edgar. Quería decírtelo.

¿Y cuándo, exactamente? Las palabras acudieron a ella pero no se las pudo sacar de la boca, una bola caliente de cólera la asfixiaba, se agolpaba en su garganta.

Pensé que te gustaría, dijo Edgar. De verdad.

Estaban en la calle, la llovizna los rodeaba. Las luces se apagaban en la lluvia hasta una repentina noche negra e infinita.

Mi cara, dijo ella por fin.

No es tu cara, dijo él. La exposición no va de eso. Ven a echar un vistazo.

No.

Por favor.

Ella no tenía nada que decir.

Por favor, repitió él.

La cuestión era que ella lo amaba, de verdad. Él no había pretendido hacerle ningún daño. Pero todos esos cuadros de su cara, toda esa gente mirándola. Y, además, ella era una chica testaruda, no se echaba para atrás delante de nadie, no

cedía un ápice. Pero a lo mejor debería ceder. Actuar así tampoco la había beneficiado mucho. A lo mejor Edgar tenía razón o a lo mejor ella simplemente debería permitirse creer que la tenía, y dejarse ir, dejar que la guiara.

Muy bien, dijo ella. Echemos un vistazo.

Caminaron lentamente como en un sueño. Los asistentes les hicieron paso, abrieron un círculo a su alrededor mientras los dos recorrían la galería. Ella reconoció el primer dibujo, el de aquel día de lluvia en la tienda de moscas para pesca, reconoció la luz, el recuerdo, el lápiz gris y suave.

Quizá esa era la semilla, el lugar de donde el resto partía: aquel día. Todo había comenzado allí. Aquel primer retrato a lápiz fue tomando forma y color, unos cuantos estaban hechos con lápices de colores, unos cuantos al óleo, todos del mismo tamaño, del tamaño de ella, quizá sesenta centímetros de alto y cuarenta y cinco centímetros de ancho, y todos ellos con el mismo marco plateado, como mirarse en un espejo tras otro: uno de colores puros y fuertes, y el siguiente casi una fotografía. Cada uno de ellos un parecido y un estado de ánimo. Era como el tiempo, las sensaciones cambian de una cara a otra, ahora seria, ahora triste, ahora secretamente divertida. En muchos de ellos parecía guardar un secreto, y era extraño pensar que guardara un secreto y fuera un secreto tan secreto que ni siquiera Edgar lo conociera, solo ella. Era extraño ver su mirada secreta vuelta hacia ella en cada uno de esos espejos deformantes, cada nueva versión de ella devolviéndole la mirada.

No había nada malo en ello, se dijo, era casi un juego. Las pequeñas variaciones, el tema constante, al cabo de un rato parecía inteligente. Hasta el último.

Al principio Layla pensó que no había nada, que era un marco vacío con una nada negra en él, lo que parecía un final inteligente. Entonces vio cómo su cara surgía de la negrura, una capa de cera o lápiz sobre toda la superficie, y las líneas de la cara surgieron de unos profundos arañazos que llegaban hasta el lienzo. Parecía que hubieran arrancado su cara de la oscuridad y reconoció su expresión, conocía el sentimiento aunque nunca lo hubiera visto en su propia cara, la pena arrancada de ella, el hecho de amarlo y no poseerlo. El lugar de la pena misma, donde ella se conmovía, niños muertos y congelados en la nieve. Todos esos niños muertos. ¿Cómo sabía eso de ella?

Es hermoso, dijo ella. Lo detesto.

No digas eso.

Me siento... *desnuda*, ¿sabes? Me has puesto en evidencia.

Te quiero, dijo Edgar.

Sí, pero me has puesto en evidencia.

De repente, Tom Champion estaba entre ellos y volvían a encontrarse en una sala, con gente, la burbuja había estallado. Me gustaría que conocieras a algunas personas, le dijo a Edgar. Siento interrumpir, pero llevan aquí un buen rato. Quiero que las conozcas antes de que se vayan.

Cogió a Edgar por el codo y lo llevó hacia la puerta, dejando a Layla en el fondo

de la sala con su espejo negro por única compañía. Él se volvió para mirarla, una mirada de súplica, y ella supo que nada importante se había roto entre ellos, aún no. De momento ella le perdonaría. Lo que había hecho estaba mal. Al mismo tiempo era un poco emocionante. Parecía peligroso, revelador. Aquí nadie sabía cuál era el secreto, pero aquella noche en la galería todos sabrían que había un secreto. Su secreto. Recorrió la galería con la mirada para ver cómo su propia cara le devolvía la mirada desde cada pared, en todos los estados de ánimo y circunstancias. Igual que el tiempo, se dijo. No soy más que el tiempo. Todo el mundo habla de *mí*.

México: podría haber sido Marruecos, cualquier lugar. Desplegaron los folletos sobre la mesa del comedor —RL había ido a Wide World of Travel adrede a buscarlos— y hombro con hombro estudiaron las posibilidades. No mencionaron las imposibilidades. Aguas burbujeantes, palmeras y cielos azules. Fuera, la sombría noche de noviembre, no faltaba mucho para que helara, quince centímetros de nieve de la semana pasada se derretían lentamente solo para volver a congelarse de madrugada.

A Betsy le gustaron las fotos de Puerto Vallarta, aunque probablemente el buceo era mejor en Cabo. RL opinaba que San Miguel de Allende era muy bonito. Lo que fuera. Cualquier lugar menos aquel. La quimioterapia volvía a comenzar al día siguiente, la última ronda.

Cuando estoy contigo, siempre estoy borracha, dijo Betsy. ¿Por qué? El resto del tiempo nunca me emborracho.

El whisky me hace más guapo y divertido.

¿También funciona conmigo?, preguntó ella. ¿Me pone guapa?

Ya lo creo que sí, pensó RL. Pero no lo dijo. La curva larga y lenta de su cuello, sus caderas en aquella falda *hippie* que llevaba. De hecho, a la escasa luz del comedor, la falda parecía elegante, incluso un poco pija. RL tenía la sensación de que hubiera podido ser una mujer elegante. La veía tal como era ahora y al mismo tiempo tal como era a los veinte años, no como un pajarito ni nerviosa, sino con su caminar pausado, su inteligencia. Se quedaba pensando un rato antes de responderle a algo, se lo pensaba antes de hablar, cosa que RL encontraba enervante. Él no era tan cauto. El poco tiempo que pasaron juntos lo recordaba como una metedura de pata tras otra. Nunca acertaban, ninguno de los dos. Nunca se ponían de acuerdo en nada, excepto en la cama. Allí los dos se callaban y se dejaban ir. Su picha se estimulaba al recordar la proximidad de Betsy.

Tú no necesitas ayuda, dijo RL. Siempre estás muy guapa.

No me hagas reír, dijo ella. No me hagas llorar.

No bromeo.

Entonces el whisky está produciendo su maldito efecto, dijo ella.

June camina hacia la puerta principal de su propia casa, y ahí está Howard Emerson, sentado a la mesa del comedor, llamando por teléfono. Solo que ya no la siente como su propia casa, ni lo parece. Sus muebles, todo lo que había tocado y manchado, aquello con lo que había convivido, está en un guardamuebles junto al Wye, y Howard lo ha cambiado por el estilo California del Norte —o al menos se parece al estilo California del Norte—: madera oscura y helechos y falso Frank Lloyd Wright. A lo mejor no era California, es difícil decirlo. De todos modos, tampoco es Montana. Ni el estilo de June.

Howard colgó el teléfono de golpe y le lanzó una sonrisa. Todo iba bien, dijo.

June dijo: Vuelves a llevar el sombrero puesto dentro de casa.

Él le parpadeó un momento, un poco enfadado, solo un poco. A continuación se quitó el sombrero y lo colgó en el respaldo de la silla.

¿Van a comprar la casa?, preguntó June.

¿Por qué estás enfadada conmigo?, preguntó él. Solo intento hacer lo que dijiste que querías que hiciera.

No estoy enfadada.

Qué raro, entonces, dijo Howard. Porque te comportas exactamente como si lo estuvieras.

Solo estoy un poco alterada, cariño. Lo único que quiero... ni siquiera sé qué quiero. ¿Qué ha pasado con tus clientes?

June supo que lo que quería justo en ese momento era verle desaparecer. Pero sabía, bueno, que no sabía nada. Si esta sensación seguía allí dentro de una semana tendría que hacer algo. De momento solo se sentía cansada, cansada.

No creo que les convenga, dijo Howard. No tienen caballos, y esa propiedad es para alguien que necesite el terreno, no para alguien que lo deje a merced de las malas hierbas. Pero te puedo decir que han estado tentados. Y desde luego tienen el dinero. Incluso el precio que pedimos; esta gente viene del mercado de Seattle, y todo les parece como México. El tercer mundo.

Estoy asustada, dijo June. Las palabras la sorprendieron al salir de su boca, pero no pudo detenerlas.

Estoy cansada y asustada y cansada de cuidar de mí misma, dijo. Quiero que seas el hombre que yo quiero que seas, quiero alguien que me cuide, quiero, aunque solo

sea por una vez, sentirme segura.

June soltó una carcajada, no muy agradable.

Ni siquiera sé qué significa esa palabra, dijo. *Segura*.

Estás pasando un bajón, dijo Howard.

¿Y eso qué significa?

Yo pasé uno en Seattle, dijo Howard. Todo el mundo tiene un bajón. Eres incapaz de levantarte de la cama. Necesitas que alguien te ayude a levantarte.

Ven a Jesús, dijo June.

Algo así, dijo Howard. Para mí fue un poco como Jesús. Para mí fueron mi hija y mi exmujer. Es curioso, ahora no la soporto, pero me salvó la vida. Y tampoco es que en aquella época nos lleváramos muy bien. Ya estábamos a punto de separarnos.

No quiero que me *rescaten*, dijo June. No me estoy ahogando, al menos todavía no.

Ese es el problema, dijo Howard. No te pueden rescatar hasta que no te estás ahogando. Pensar que te podrías llegar a ahogar no es suficiente.

Siempre me dices cómo son las cosas, dijo June. Cómo funciona el mundo. Y sabes una cosa, ojalá pudiera creerte. Ojalá pudiera confiar en ti. Pero luego pienso que eso significaría abandonar algunas cosas a las que necesito agarrarme, como la manera en que necesito protegerme. No podría dejar de protegerme aunque quisiera.

Puedes confiar en mí, dijo Howard. Yo soy como soy.

Eso es lo que no sé, dijo ella. ¿Eres amable?

Soy amable, más o menos, dijo él. Más o menos.

Entonces June se alejó de él, entró en la cocina, donde estaban las mesas y las sillas de un desconocido, y los cuadros de un desconocido en las paredes, y esas plantas que no conocía. Había dejado de tener plantas en casa diez años atrás, cuando se murió la última. Se sirvió un vaso grande de vino y volvió al comedor, donde Howard miraba el teléfono entrecerrando los ojos.

Me serviré una Coca-Cola dentro de un momento, dijo. Gracias.

Lo siento, dijo June.

No pasa nada.

Es solo que ya no hay ningún lugar en este mundo que sea mi casa, dijo ella. Nunca había estado sin hogar, nunca había sabido lo que es hasta ahora. Sin hogar.

Tú tienes un hogar. Mientras yo tenga uno, tú tienes uno.

No es lo mismo.

No, no lo es, dijo Howard. Pensaba que esa era la cuestión, pensaba que te habías cansado de estar en el mismo. Has tenido la misma casa durante veinte años. No me malinterpretes, lo sé. Has tenido ese caparazón, y has tenido que romperlo, y duele.

Tienes que tener razón incluso cuando no la tienes, dijo June. Ni siquiera sé joder mi vida de la manera correcta.

Lo siento, dijo Howard.

June había conseguido herir sus sentimientos, se daba cuenta. Y, en cierto modo,

eso le gustaba. Pero también se daba cuenta de que tenía que cambiar de juego si querían durar una noche más. Y fue lo que hizo. Estaba tan harta de estar sola que Howard parecía dar la talla.

Salgamos, dijo ella. Te invitaré a un Shirley Temple.

No, dijo Howard.

¿No?

Esta noche no, dijo él. Esta noche me invitarás a un whisky con hielo, si quieres salir. Y no estoy diciendo que sea una buena idea.

Estoy un poco harta de buenas ideas.

Vámonos, pues, dijo Howard Emerson. Salgamos.

Amor en el torbellino. Amor en el arroyo. Amor a última hora de la mañana de principios de invierno cuando la luz cae fría, gris e inclinada a través de las ventanas del hospital. Amor, se dijo RL, de un tipo indeterminado. Su amor —su amor inverosímil o posible— dormía, respiraba, rodeada de máquinas. Oh, Betsy, Beth, Elizabeth.

Besó su mano dormida.

Y ahí estaba Amy, de pie en la puerta. Vamos, dijo. Entra. Ya ha llegado todo el mundo.

Dentro de un momento, dijo.

Por favor.

Vendré en un momento, dijo Edgar. Dame solo un momento. Ahora voy.

Huevos y salchichas junto al fogón, la gran plancha de hierro forjado esperando los *crêpes* de arándano, café recién molido del Butterfly preparado con agua filtrada, un cuenco grande de naranjas partidas por la mitad junto al exprimidor, auténtico jarabe de arce y mantequilla de vacas ecológicas, tostadas y té por si ella se había pasado al té, Layla estaba en casa.

Layla dormía arriba y RL estaba ocupado en la cocina, escuchando mandolinas y guitarras acústicas a volumen bajo, más para darle un poco de color al ambiente que por otra cosa, el aire olía a café recién hecho, la luz de un domingo de invierno, chata y gris, un mosaico de hielo en el suelo y un cielo bajo y gris. La hija pródiga, se dijo, solo que no era pródiga. El vuelo de la noche anterior había llegado con retraso, y encima había tenido más retraso a causa de la niebla helada, y cuando finalmente les dejaron aterrizar y volvían a casa en coche los árboles parecían fantasmas blancos de sí mismos, y cada rama y cada ramilla estaba rodeada por una piel de hielo blanco.

Le bastaba con tenerla con él, bajo su techo, respirando el mismo aire. Hasta que no la vio bajar del reactor no se dio cuenta de lo solo que se había sentido. RL conocía la rutina y la aceptaba, más o menos: les atabas los zapatos, les enseñabas a conducir y qué tenedor tenían que utilizar cada vez —esperaba haber cogido el que tocaba—, y luego iban y te abandonaban. Como un perro, comprabas un perro y cuidabas de él y te lo pasabas bien con él y acababa formando parte de tu vida, y luego se moría. Los hijos eran mejores. Solo se iban y se interesaban en partes de la vida que no eras tú, cosa que en principio no estaba mal —de otro modo, se hubiera quedado en Ohio, donde vivían sus padres—, pero en la práctica tampoco estaba bien. Así son las cosas, supuso. Sin embargo, qué contento estaba de que hubiera vuelto.

A lo mejor había llegado el momento de comprar otro perro.

Cuando la noche anterior fue a recogerla se dio cuenta de que algo le ocurría. Layla dijo que estaba cansada, cuando llegaron a casa solo quiso darle las buenas noches e irse a la cama, en su cara había algo cansado y tenso, y él la creyó; algo le ocultaba, y RL se dijo que nunca se había fijado bien en ella. Estaba esquiva como siempre. A lo mejor era otra cosa, quizá algo más. La vida en la ciudad hacía mella.

Hielo aplastado en la entrada para coches: el Prius de June, que venía a estar con ellos. RL sintió un momento de celos —mi casa, mi hija—, y entonces se acordó de

que él la había invitado, pensando que Layla seguramente se levantaría al mediodía. Observó cómo el novio de June salía del asiento del copiloto, la cúpula blanca de su cabeza descubierta a la mañana. A continuación el sombrero. Howard, recordó RL. El blanco del hombro de Betsy tenía esa misma palidez.

La tristeza llegó sin avisar: sin hija, sin Betsy, un espacio en blanco y nada que pudiera hacer.

Pero el olor del café lo animó, y el verlos a los dos caminando bruscamente, resoplando, en el aparcamiento. Había algo agradable en ver reñir a otra pareja. Oh, June, se dijo. Ojo con las mujeres testarudas.

RL los recibió en la puerta con un chitón. Todavía duerme, susurró. Ayer llegó tarde.

Me lo imaginaba, dijo June, entre la niebla y todo eso...

Café caliente, dijo Howard. Me encantaría tomar un poco de café caliente.

Pues estás en el lugar adecuado, dijo RL, dándose cuenta de que le caía tan mal a Howard como Howard a él. June también lo sabía, y rodearon la cocina un tanto incómodos.

Qué bien huele aquí, dijo Howard.

Gracias, dijo RL, y se volvió hacia June. ¿Qué se siente al ser rica?

No soy rica.

Pues andas mucho más cerca de serlo que yo.

Es un tanto deprimente, ¿verdad?, dijo Howard. Te haces millonario justo en el mismo momento en el que ya no significa nada. En el que todo hijo de vecino lo es.

He oído hablar de dos millones, le dijo RL a June.

Dos millones cuatrocientos, dijo Howard.

No es que RL fuera a darle un puñetazo en la nariz a Howard si seguía contestando a las preguntas de June, pero era agradable imaginarlo.

¿Cuándo te mudas?, le preguntó RL.

A primeros de año, dijo June. Todavía no me hago a la idea. Simplemente cogeré una maleta y me largaré, lo llevaré todo a un guardamuebles. Contrataré a alguien para que se encargue.

Vete a Hawái.

Ojalá, dijo ella. A lo mejor me tomo una semana en enero, un pequeño descanso. Pero no, voy a seguir trabajando, igual que siempre.

¿Te comprarás otra casa?

Más adelante, dijo ella. Ahora voy a mudarme a la casa de Howard.

RL no tenía derecho a decir nada en este asunto y lo sabía, pero para él fue como un puñetazo en la barriga. ¿Por qué? No tenía ningún sentido. Pero Howard debía de haberse dado cuenta, pues se apresuró a contestar.

No viviremos exactamente juntos, dijo. No como si fuéramos una pareja de estudiantes. Tengo un apartamento independiente encima del garaje.

Ha sido muy amable, dijo June.

O sea, que ella también se lo había visto en la cara.

Huele a caballo, dijo Howard.

No está mal.

Buenos días a todos, dijo una soñolienta Layla desde la puerta.

La energía de la habitación se recalculó a sí misma y se desplazó con su aparición, pequeños haces de luz, juveniles... Enfundada en su albornoz rosáceo, Layla fue besándolos a todos de uno en uno, incluso a Howard, deslizándose por el suelo de la cocina sin que sus pies parecieran tocarlo, invisibles bajo el pelo de peluche color rosa. Algo ocurría. ¿El qué? RL se obligó a apartar la mirada antes de que ella viera su cara y cuánto la quería, lo desprotegido y desnudo que estaba, pues un padre nunca debe estar tan desnudo. Sirvió una taza de café y se la entregó.

Oh, dijo. No, no, gracias.

De nuevo esa sensación de que no acababa de estar en el cuarto, su retraimiento.

Últimamente he dejado de tomar café, dijo Layla. Seattle, ya sabéis.

Pensaba que Seattle era el centro mundial del café, dijo Howard.

Ese es más o menos el problema, dijo Layla. Llenó el hervidor para el té, lo colocó sobre los fogones y se volvió hacia June. He oído que eres asquerosamente rica.

No exactamente. Pero sí más que antes.

Deberíamos ir a comprar zapatos.

En el pueblo no hay ningún sitio donde comprar zapatos, dijo June. A no ser que quieras parecerte a mí.

Todos miraron los saludables y cómodos zuecos de June, un calzado redondeado de cuero sueco y forrado de corcho. Marrones. Recios y saludables, se dijo RL. Muy propios de June.

Layla dijo: No sé por qué no vienes alguna vez a Seattle. Allí hay sitios fabulosos donde comprar zapatos. Y todo lo que quieras.

Lo haré, dijo June. Aunque, la verdad sea dicha...

No hay ningún motivo para gastar ese dinero, dijo Howard.

En ese momento a RL le llegó el olor a bar de Howard, el aliento rancio a whisky de la noche anterior. Eso no se lo esperaba. Puso cara de sorpresa, y entonces Howard se dio cuenta de que se había dado cuenta, y le lanzó una breve mirada desafiante: ¿y qué? ¿Acaso es asunto tuyo?

En mi casa, dijo RL, cuando una mujer hermosa quiere comprar zapatos, los demás nos apartamos y le dejamos paso.

June soltó una carcajada y Howard le lanzó una mirada furibunda, y luego a RL.

Howard dijo: Trescientos dólares por un par de zapatos.

Es lo que me gasté en un par de Tony Lamas, dijo RL. Probablemente no debería haberlo hecho, pero lo hice.

Sonrió, satisfecho de sí mismo, a continuación miró a su hija para ver si también estaba satisfecha con él. Pero Layla parecía enfurruñada, infeliz y muy distante.

¿Te encuentras bien, cariño?

Layla levantó una mano, una señal de basta, la palma hacia fuera —medio cubría la cara con la otra mano—, a continuación dio media vuelta y salió escopeteada del cuarto. Todos se quedaron un momento callados, mirándose a la cara unos a otros y luego hacia el lugar vacío que había ocupado Layla. Entonces June dijo: Iré a echar un vistazo, si os parece bien.

Por mí está bien, dijo RL.

Voy a hacer un par de recados, dijo Howard. Ahora que estoy en el pueblo. Llevo el móvil.

Y todos se marcharon, y de nuevo RL volvió a quedarse solo, en su cocina llena de comida sin amor, a media mañana, en pleno invierno, al final de su mediana edad. Centellea y se apaga, se dijo RL. ¿Qué demonios le pasaba a esa chica? Se acercó a la ventana y contempló el podrido mosaico de nieve que había en su patio y se acordó de México. La playa, pensó. Un lugar con sol y palmeras, un respiro momentáneo. Un día. Una semana. Imposible decirlo.

June estaba de rodillas, el crepúsculo perfumado y multicolor de la vieja iglesia, las cuentas del rosario entre sus dedos torpes. Santa María, madre de Dios, perdóname, se dijo. Parece que me había equivocado.

El olor a mirra.

Se había convertido en una mujer sin hogar. Se había convertido en una mujer sin historia. Se había convertido en una mujer que rezaba el rosario sola en la iglesia un domingo por la tarde mientras Howard apostaba a los partidos de fútbol y bebía cerveza roja en el casino de Paradise Falls. Le ocultaba secretos a todo el mundo y todo el mundo le ocultaba secretos a ella.

Pero sobre todo se había vuelto irreal. Si levantaba la mano al trasluz del rosetón, podía ver a través de ella, los pastores, sus cayados y sus ovejas. Se arrodilló con la misma ingravidez que si estuviera hecha de luz, de oxígeno y helio, de pensamiento. Cuando Rosco murió, perdió lo último que le vinculaba al mundo, y ahora pensaba amargamente en sí misma y en lo ingravida que era su vida. Un perro viejo de patas delgadas y ojos acuosos. En tiempos habían sido esbeltos y rápidos, los dos. Al final ella había hablado —con RL, con Layla— como si no importara, como si fuera algo para tomarse a la ligera, casi una broma. Cierto, era un perro y los perros no escuchan las conversaciones, pero June había oído sus propias palabras y se acordaba. Perros y dinero, dinero y amor, amor y alcohol, alcohol y muerte, muerte y perros, percibía sus pensamientos dando vueltas por su cabeza e intentaba centrarse de nuevo en el simple hecho de las cuentas entre sus dedos, la tenue luz y el silencio perfumado: *Santa Marta, madre de Dios...*

Porque el alcohol es la muerte, se dijo. Esa necesidad de aniquilación a ella no le era ajena. La aniquilación al final de cada camino: al final del tiempo, el culo de la botella, el sueño profundo y sin sueños que recuerda de su infancia. Ya no ha vuelto a dormir así, sino que sueña y tiembla y rueda a un lado y otro de la cama. Ayer por la noche se celebró una boda, su propia boda, pero no con Taylor, sino con otro hombre, ni siquiera le vio la cara... Layla había estado presente en el sueño de su boda, con su bebé, una niña, una florecita rosada.

Regresa al centro, se dijo June. La sexualidad como un chillido de murciélago audible solo para ella. Resuena en la vieja iglesia, llena los rincones poco a poco, como si fuera agua. Ahogada, se dijo. El bebé que nunca llegaron a tener y luego fue

demasiado tarde. Coge esa vida y dásela al bebé, ahogada en el amor de esa criatura, *el fruto de tu vientre...* Perros y dinero, dinero y amor, amor y alcohol, alcohol y muerte, muerte y perros, perros y bebés, el mundo gira a su alrededor y nada impide que June siga girando con él, en medio de ese torbellino.

RL fue a buscarla en la oscuridad previa al alba, el aeropuerto iluminado y concurrido mientras la luna se ponía lentamente detrás de las montañas del norte, un borde de luminoso reflejo que perfilaba las cumbres y los collados. En lo alto, el cielo nocturno aún lleno de estrellas, claro, frío y luminoso.

Taxis, esposas y novios, cazadores de final de temporada con la funda de sus rifles y neveras llenas de carne de alce, el autobús del hotel que dejaba a todo aquel gentío, todos con mal cuerpo bajo aquel gran cielo negro, un poco tristes o soñolientos o simplemente antinaturalmente limpios, como una cara en la tele que tiene el brillo demasiado alto. Buscó el pequeño Toyota de Betsy, casi esperando que no hubiera venido. Habría dejado el coche en el aparcamiento de larga estancia. Era más barato. RL se sentía inquieto como una novia.

Un hombre con cara de perro y chaqueta de cuero salió en medio de una bocanada de aire cálido que olía a aeropuerto, encendió un cigarrillo a un palmo de la cara de RL y maldijo la mañana.

No iría a Memphis ni atado, dijo. Ya lo sabes.

RL tardó un momento en darse cuenta de que llevaba un auricular, un móvil, y que no era el clásico chalado del *walkie-talkie* como el que había junto al Food Farm.

Ya hablaremos de ella cuando vuelva, dijo el hombre. El dinero, eso no es asunto tuyo. Ese no es el problema.

RL oyó la colérica voz de abeja en el oído del hombre, una abeja femenina.

Te lo dije, fue la respuesta de él. Ella no es más que... Ya hablaremos de ella luego. Mira, ahora tengo que embarcar, están llamando a mi vuelo. Te llamaré esta noche. No, yo también te quiero, pero ahora tengo que marcharme.

Desconectó su diminuto teléfono con un enfático giro de muñeca y le sonrió a RL. La mentira quedó colgando del aire en el blanco de su aliento.

Ni siquiera son las siete de la mañana, le dijo a RL.

RL se encogió de hombros: ¿qué le vas a hacer? Ahora la mentira también era suya.

Las seis cuarenta y cinco de la mañana y ya me está tocando los huevos.

Vaya, dijo RL.

Una chica guapa, de todos modos, dijo el hombre con cara de perro, sacándose el auricular de la oreja y examinándolo por si tenía cera. Aún se me pone dura con solo

mirarla.

Apagó el cigarrillo y volvió a entrar en el aeropuerto, canturreando. Cuando RL se volvió hacia el aparcamiento, allí estaba Betsy.

¿Quién era?, preguntó.

La cara como una cama sin hacer, las bolsas le caían por todos lados, una tenue profusión de color y rayas y cachemir verde. Betsy estaba a punto de dar media vuelta y salir corriendo en ese mismo momento, y RL se preguntó, y no por primera vez, si eso era tan buena idea.

Nadie que conozca, dijo, pero dio la impresión de que mentía.

Ella le sonrió sin creérselo, le dio un beso rápido en la mejilla y dijo: ¡A México!

RL la siguió a través de las puertas automáticas y se adentraron en el aire cálido y químico, asombrado ante las muchas bolsas y cestas que traía, la gigantesca maleta que arrastraba, sintiéndose pequeño y estrecho con su pequeña bolsa y su maletita de mano. Sin embargo, iba equipado: camisas protectoras del sol y un sombrero gigante y mitones especiales y una caña Sage del doce con un carrete de tamaño de un despertador Big Ben. Esto último parecía un poco ridículo, pero le habían advertido que no llevara una caña ligera. En su imaginación, RL se veía pescando en las soleadas aguas azul cielo. Sabía que era un tonto. Podía alquilar fácilmente el equipo en México, si es que tenía tiempo para pescar. Lo más probable es que todo volviera intacto a Montana, la caña, el carrete y el sedal sin estrenar. Pero era como si con solo tocar la caña ya estuviera pescando en las luminosas aguas azules. Como si comprar algo fuera lo mismo que vivir la experiencia. Así pasaba RL gran parte de su vida, vendiendo equipos caros a médicos y ejecutivos para que se los llevaran a Nueva Jersey, los metieran en el armario de la oficina durante otro año y los tocaran solo de vez en cuando para acordarse de los días otoñales en el Misuri o de ese sitio donde criaban las efímeras y no dejaban de picar unas truchas de cincuenta centímetros. Ese estupendo carrete inglés, esa caña Tom Morgan con su nombre grabado justo sobre el pie del carrete. Los tomaba por tontos, pero él no era diferente. En nada.

Llevo aquí desde las tres, dijo Betsy. No he dormido en toda la noche.

Puedes dormir en el avión, dijo RL.

O puedo beber hasta ponerme tonta, dijo ella.

Edgar corría por el sendero del río a la luz del alba, la basura y los alisos que había junto al río asomaban y desaparecían en la niebla, el río mismo asomaba y desaparecía, y, cosa extraña, había unos cuantos madrugadores en mitad del canal. En casi todos los ríos, los peces grandes permanecían en los márgenes y dejaban el canal principal para los bagres y la morralla, pero allí los grandotes nadaban en medio de la fuerte corriente, el agua densa a causa del frío invernal, mientras en las aguas más lentas de la orilla se formaba hielo. El aire era frío y se veían diminutos cristales de hielo suspendidos, con lo que al respirar le dolían los pulmones. Cosa que a Edgar no le importaba. Apretó un poco más el paso.

La nariz le moqueaba y le dolía la cabeza. Se había abrigado demasiado y el sudor le picaba en la espalda y la barriga, y el último trago de la noche anterior le resbalaba por la mejilla en un goteo de veneno helado. Se quitó la gorra de lana y se la metió en el bolsillo, y el frío le quemó las orejas desnudas. Le ardían los muslos y le lloraban los ojos. Sin embargo, apretó más el paso, todavía más.

Sabía que ella estaba en casa, sabía que aquella mañana RL se había ido a México. Sin embargo, no pensaba ir.

Los coches pasaban zumbando por el puente elevado, haciendo más ruido del que imaginaban con los neumáticos sobre el asfalto húmedo. Todo se derretía o seguía helado. En las ventanas las lámparas parecían amarillas y cálidas a la primera luz de la mañana. En aquella época del año la noche era muy larga. La noche era muy larga y el viento infernal soplaba muy frío y atravesaba los huesos. No dejaba de rondarle por la cabeza la letra de una canción popular: *en los pinos, en los pinos, donde el sol ya no vimos...* Se sentía como algo viejo, con banjos. Lo más difícil es darse cuenta de que el problema es real.

No es nada nuevo, lo mismo se puede decir de la mugre.

Todas esas vidas sensatas y razonables desplegándose a su alrededor, todo ese predecible leer el periódico, preparar el almuerzo y despedir a los niños con un beso. Preparar tostadas y café. En algún lugar de esa ciudad un marido y una esposa soñolientos estaban haciendo el amor, medio despiertos, lentos y callados y debajo del edredón para no despertar a su bebé. Era un mundo de amor, el que le rodeaba. Edgar se desplazaba a través de él, frío y solo, pero no había nacido para eso. El amor brillaba por encima de todo, y en ese momento era como una noche de invierno, larga

y fría, pero eso no significaba que no acabara. El sol volvería a salir, como siempre. Solo que él ahora estaba vuelto hacia un lado, eso era todo. El mundo del amor lo rodeaba.

El simple hecho de pensar en Layla le provocó una pequeña felicidad, una calidez en el interior de su fría concha; y luego volvió el frío, la fría certeza de que no debía y no lo haría, pensó en su hija, en el hijo que estaba de camino... Había establecido sus compromisos y había llegado el momento de portarse como un hombre. Y ser un hombre, de acuerdo, un poco muerto por dentro pero aguantando, manteniendo la cabeza alta, su Amy le sonreía a veces, ¿y es que no era suficiente? Debía ser suficiente. Tendría que serlo.

En otra vida sería suficiente. En otra piel.

Llamó y contuvo el aliento, para ver si oía pisadas, pero no fue así. Dormía o se había ido. El mundo, peligroso y con colores tan vivos hacía un momento, ahora retomaba su rostro gris. La nieve se pudría en la hierba muerta.

Entonces, en silencio, la puerta se abrió con un silbido y ahí estaba ella cubierta con un albornoz, con cara de dormida. La vio sorprendida, preocupada. No abría más la puerta.

¿Puedo entrar?, preguntó él.

Layla tenía que pensarlo.

Creía que no ibas a venir más, dijo ella. Pensaba que habíamos terminado.

Solo he salido a correr.

Ya lo veo, dijo ella; en ese momento se volvió del revés, se vio a sí mismo tal como ella debía de haberle visto, herido y sudoroso, suplicándole en la puerta cubierto con una sudadera sucia.

No quería molestarte, dijo él. Solo, eh.

Será mejor que entres, dijo ella, y abrió más la puerta.

Él entró sin que lo abrazaran o lo besaran, y se sentó a la mesa de la cocina. Ella dijo: Voy a preparar café, y a continuación se puso a preparar café. Ella dijo: He tenido unos sueños muy raros. Esta noche estaba bailando el mambo con un tipo al que conocí en mi primer año de universidad, el profesor asociado de poesía. Ni siquiera sé muy bien cómo se baila el mambo, pero ahí estaba, bailándolo.

Te quiero, dijo él.

Ya lo sé. Ese no es exactamente el tema, ¿o sí?

Es como si disfrutaras con esto.

No, dijo ella, y puso en marcha la cafetera, y se sentó al otro lado de la mesa mientras el aparato empezaba a borbotear y a sisear. No, no disfruto nada con esto. Todo lo contrario.

Debería irme.

No, deberías.

Ninguno de los dos se movió. Fuera comenzó a llover o a granizar, un suave tamborileo en el cristal de la ventana.

RL está en Puerto Vallarta, dijo Edgar.

RL ha perdido la cabeza, dijo Layla. Parece que últimamente el gusano de la locura anda suelto por aquí. A mí me dio la semana pasada, cuando no me llamabas, ni me contestabas los correos electrónicos ni nada.

Lo siento, dijo él.

Creo que me volví un poco loca, dijo ella. Al menos no me he largado a México con mi exnovia de hace ciento cincuenta años.

¿Qué le pasa a ella?

No tengo ni idea, dijo Layla. No tengo ni puta idea. Se lo puedes preguntar a mi padre cuando vuelva, pero no creo que él tampoco tenga ni la menor idea. Solo está un poco inquieto, creo yo. El gusano de la locura le ha mordido.

Le puso una sonrisa falsa y tensa, y Edgar nunca había visto una persona tan infeliz como ella. Y él era la causa. Obra suya. No se le ocurría nada más que decir.

Lo superará, dijo Layla. Siempre lo supera.

Como si nada importara, como si todo fuera una ilusión, la esperanza y el dolor juntos. Un juego que no puedes parar de jugar, pero sin trascendencia. Esta amargura. Ella era demasiado joven para sentirla, demasiado guapa. Edgar la recordó mientras la dibujaba, esa hermosa calma en sus ojos. Ella sabía más que él, ella *comprendía*. Era algo que le encantaba de ella. Ahora Layla no comprendía nada, ahora simplemente veía las cosas como si fueran transparentes.

Layla se puso en pie, sirvió café, le dio una taza y volvió a sentarse. La luz de la mañana, la mano de ella rodeando la taza de café.

Yo también he tenido sueños muy raros, dijo él. Ayer por la noche intentaba cortar un árbol con una sierra mecánica, un abeto grande cuyas ramas llegaban hasta el suelo. Tuve que abrirme paso entre ellas para poder llegar al tronco, y cada vez que hacía un corte, comenzaba a inclinarse hacia la casa como si fuera a caerle encima, con lo que tenía que parar y comenzar por el otro lado.

¿De quién era la casa?

Era mi casa, dijo Edgar, creo. Pero no había nadie. No sé cómo lo sabía, pero era como si no hubiera nadie en casa.

No era cierto. Edgar nunca recordaba sus sueños. Pero tenía la sensación de que si seguía hablando podría retenerla en la cocina, seguir estando con ella. Layla apartó la mano de la taza de café y la colocó sobre la mesa.

Él dijo: Sin embargo, cada vez que iba al otro lado del árbol, cuando comenzaba a cortar, se inclinaba hacia esa dirección, ¡y ahí estaba la casa!

Como si fuera magia, dijo ella.

Oh, dijo él. Solo que las reglas son diferentes al otro lado.

¿Al otro lado de qué?

¿Nunca piensas en ello? ¿En todo ese mundo que hay al otro lado? Es igual de real que este, y nosotros solo somos el sueño que tienen los del otro lado. Solo que no nos acordamos del todo. Al otro lado se despiertan y se dicen unos a otros: He tenido

un sueño extrañísimo.

Pasabas mucho tiempo solo, ¿verdad? Cuando eras pequeño.

Era un chico complicado, dijo Edgar.

¿Eras feliz?

No lo sé, dijo él. Lo suficiente. Tenía amigos, y algunos no eran solo imaginarios.

Ella tenía la mano abierta sobre la mesa entre ellos. Lo único que tenía que hacer Edgar era cogerla.

RL me enseñó unas fotos tuyas de hace mucho tiempo, dijo él. Con tu corona de cumpleaños. Un cerdo de peluche de color rosa enorme. Más grande que tú.

Chuleta de Cerdo, dijo Layla. Ahora lo guardo en mi armario.

Estabas preciosa.

Layla se rió, triste.

Todo el mundo está precioso de pequeño, dijo ella. Todo el mundo tiene la piel perfecta y el pelo bonito, todo el mundo está delgado y es guapo, y se pasa el día hablando con los ángeles. La gente no envejece. Solo empeora.

No es cierto, lo sabes.

¿Qué parte?

Por ahí se ven muchos niños gordos.

Tú no.

No, dijo él. Yo era de los de las orejas de soplillo. Tenía los dientes torcidos y era tan delgado que parecía una cremallera. Mis profesores pensaban que era inteligente.

Apuesto a que eras una monada.

Entonces Edgar le cogió la mano y se miraron, las manos entrelazadas sobre la mesa, como si fueran animales independientes, sin ataduras, animales que buscan consuelo y que aman el consuelo, que se atraen de manera instintiva. El tamborileo de la lluvia o el granizo contra la ventana. Estaban de pie, besándose, y Layla era casi tan alta como él, pero suave, hermosa, flexible, una chica dura de carácter pero blanda por todas partes, y una sensación de entrega, de ingravidez, ese momento como cuando estás en el Gravitron y entonces giras, giras con nada más que el aire bajo tus pies, besando, y entonces estaban en el dormitorio de ella, rodeados por su infancia, y entonces estaban desnudos sobre la cama de cuando Layla era pequeña, y él estaba dentro de ella y ella lloraba pero no quería que parara. No le permitiría parar. Lágrimas y moco en el cuello de él, y sí, había algo cálido en todo aquello, algo profundo, algo en lo que él no quería pensar y en lo que no se permitía pensar, pero se abandonó, se dejó ir, muy dentro de ella.

Howard, borracho, y June, borracha, y el tocadiscos también borracho. Él ponía una y otra vez un viejo elepé de George Jones, que siempre se quedaba atascado en el mismo sitio y ya no seguía: *the lip-print on a half-filled cup of coffee that you poured and didn't drink, poured and didn't drink, poured and didn't drink...*^[4]

El cedé es un fraude y una conspiración, dijo Howard. Quitó el disco del plato con mucha ceremonia y lo roció con un espray especial, lo limpió con una gamuza azul especial y lo volvió a colocar sobre el plato con los movimientos cuidadosos de un borracho experimentado.

En un cedé la música sigue ahí, pero es como una cortina o algo parecido, dijo él. Como un velo. Pero con uno de estos, la música simplemente está ahí, está grabada ahí, la música misma.

Como ya he dicho repetidamente, dijo June, te creo.

Hacen que la gente se compre la misma música una y otra vez, dijo Howard. Antes de que te des cuenta, saldrá el nose cuántos microdigital con detector de aceras y guardabarros.

Georges Jones cantaba: *Esa es mi razón de vivir*. Una tristeza de arrepentimiento alcohólico flotaba en la penumbra, o quizá era demasiado pronto para el arrepentimiento, quizá era el prearrepentimiento, beber y fumar y saber que nada de eso parecerá una buena idea por la mañana. June se sirvió otro vasito de vino y Howard dio una calada a su enorme puro. Nada de eso tenía la menor importancia. Esa melancolía de color ámbar. A ella le quedaba como un suéter viejo, como algo que había llevado cada día, pero que ya no soportaba, aunque la lana color whisky estaba deshilachada y andrajosa.

El interior de la casa de Howard, se dijo June, era como el interior de su cerebro, oscura y abarrotada de objetos del Oeste, una cabeza de alce sobre la chimenea, una alfombra de piel de poni tirada sobre el respaldo del sofá: pruebas de que había matado. La sala estaba hecha de materiales modernos y baratos, y la chimenea era de gas y la llama nunca parpadeaba. La habitación no terminaba en los rincones, sino que continuaba hasta una indefinida oscuridad. Fotos de caballos, cuadros de búfalos recortados en un fondo invernal, pezuñas rompiendo la nieve para encontrar la escasa hierba que había debajo. Como si, se dijo ella. Pon a cualquiera de nosotros ahí en medio y en una tarde se queda congelado.

Ojalá, dijo ella.

Quiero volver a Seattle un día de estos, dijo él. Me estoy haciendo demasiado viejo para estos inviernos.

Pensaba que odiabas Seattle.

Lo odio, dijo él. No me malinterpretes. La ciudad es una mierda pinchada en un palo, y perdona mi lenguaje.

Entonces, ¿por qué quieres ir?

¿Quién ha dicho que quiera ir?

Tú.

Estoy harto de estos inviernos, eso es todo. A lo mejor deberíamos ir a Tucson después de Navidad. A San Diego, a donde sea.

Tengo que trabajar, ¿o se te ha olvidado?

No, no tienes que trabajar. Soy yo el que tiene que trabajar. Tú tienes todo el dinero del mundo. Además, hay que cuidar de los caballos. ¿Quién va a dar de comer a los caballos si nos vamos a jugar al golf?

Yo no juego al golf, dijo ella. Pero lo dijo tan solo para tener algo que hacer con la boca, para que le ayudara a respirar, para seguir respirando porque ella había visto que él estaba enfadado con ella. Algo negro, amargo y real ardía dentro de él. Y June no le había hecho nada malo.

A través de la niebla del alcohol ella se dio cuenta de que no le había hecho nada malo y de que él estaba enfadado con ella.

¿Qué pasa?, dijo Howard.

Oh, dijo June, intentando respirar, nada. Creo que me he dejado el teléfono en la otra casa.

¿Para qué necesitas un teléfono?

Por culpa del alcohol te estás portando como un idiota, pensó June, pero no lo dijo. Se levantó de un salto de las profundidades de la butaca de cuero de Howard y en un solo movimiento se puso el abrigo y cruzó la cocina y salió por la puerta de atrás, donde unos pequeños ciervos muertos de hambre se quedaron inmóviles al verla. Permanecieron absolutamente quietos en el borde de la luz del patio, donde se reunían cada noche. June les daba miedo. La contrapuerta se cerró detrás de ella con un suspiro, y allí estaba ella, al aire libre, a lo mejor estaban a doce bajo cero y el cielo estaba sereno, se veía hasta Marte.

El aire frío la despejó un momento. La capa alcohólica de calidez y de sentimentalismo había desaparecido, y se veía desnuda ante sí misma. Soy yo la idiota, se dijo.

Porque, en su experiencia, solo había unas cuantas razones para estar enfadado con alguien. O bien había ofendido a Howard, cosa que no había ocurrido, o estaba celoso de ella, y no tenía razón para ello: ahora Howard tenía la casa, el poder, la última palabra. Lo que dejaba una sola posibilidad: estaba enfadado porque él le había hecho algo malo a ella.

Otra paradoja humana, se dijo. Una de esas cosas desquiciadas, como el mundo al revés. Ofendes a alguien y te enfadas con él porque no puedes permitir que las cosas se arreglen, porque las cosas no van bien porque tú las has estropeado. ¿Qué diantres le había hecho Howard?

Algo.

Los ciervos hambrientos se la quedaron mirando desde el borde de la luz, demasiado nerviosos para pacer, demasiado hambrientos para echar a correr. Con una repentina nostalgia se acordó de Dorris MacKintyre y su tanque de oxígeno, alguien que no era más que un pobre viejo. El sufrimiento le había convertido en un santo, se dijo. A lo mejor también funcionaría para ella. No había comenzado siendo un hombre perfecto: era algo que a veces se veía en la cara de su hija, ese destello de miedo, esa escasa disposición a confiar completamente en él después de todos esos años. Y, sin embargo, el Dorris que ella conocía era mejor que cualquier otro, luminoso, limpio y dispuesto a ser feliz a la menor excusa. El sufrimiento le había dado luz.

Yo no, se dijo June. El desorden y la mugre, sus sentimientos como un saldo: borracha, sobria, triste, enfadada, sin amor y queriendo dar amor, solitaria. Que le den a Howard, se dijo, que le den por culo. Y a todos los demás, a todos menos a Layla. Se rio de sí misma, una persona insignificante y estúpida, sin hogar. Había hecho grandes planes para ella, y ahora ¿qué? Ahora no podía volver dentro, no podía volver al interior del cerebro de Howard. Y no tenía otro sitio adonde ir más que el pequeño apartamento encima del garaje, que en teoría era suyo, pero que parecía un lugar público, una sala de espera.

Salle d'attente. Donde sea menos aquí. Quería estar sola entre desconocidos en lugar de sola en casa, rodeada de un buen café y coches desconocidos, consonantes fuertes, pastas de almendra.

Entró en el apartamento sobre el garaje, y el calor volvió a emborracharla al instante. Todas las estructuras internas de su cerebro se transformaron en gelatina y se sirvió un vaso de agua fría y se disolvió como gelatina en el agua. Ese anhelo, el simple deseo de estar limpia. El río la llamaba. El agua fluyendo bajo el hielo, el pequeño tordo de agua que se sumergía hasta el fondo. Siempre llegaban al otro lado, aunque ella creía que probablemente no siempre. Un error de cálculo y aparecía donde el hielo formaba una lámina sólida y se ahogaban intentando atravesarla. Diminutos pájaros congelados y muertos bajo el cielo, lo más triste en todo el ancho mundo.

El río humeante en el frío aire de la noche. Solo quería estar limpia.

Entonces Howard comenzó a aporrear la puerta. ¿Estás ahí?, gritaba. ¿Dónde has ido?

Pam pam pam.

Pam pam pam.

Estoy aquí, dijo ella.

Déjame entrar, dijo él.

Creo que no.

¿Por qué no? ¿Qué pasa?

No pasa nada, dijo ella. Estoy borracha, es tarde, quiero irme a la cama. Tú también estás borracho.

Howard volvió a intentar abrir la puerta, pero seguía cerrada. June se dijo que quizá debería estar asustada, pero no lo estaba. Estaba asustada, pero de una manera casi placentera, como si estuviera viva, en medio de la noche fría, corriendo junto al ciervo. Estaba muerta para el mundo exterior, y el mundo había muerto para ella, ahora se daba cuenta. Ese era el problema. Se acercó al bolso y sacó el llavero, del que colgaba un espray de pimienta. Decía en letras rojas y grandes que solo debía utilizarse contra animales salvajes, y que era una violación de la ley federal utilizar ese producto de manera contraria a lo que indicaba la etiqueta.

Howard, dijo a través de la puerta. Howard, ¿me estás escuchando?

Él no dijo nada, pero intentó abrir de nuevo la puerta, que seguía cerrada con llave.

Howard, me voy a la cama, dijo ella. Me voy a dormir. Podemos hablar por la mañana.

No sé qué pasa.

Lo que pasa es que estás intentando derribar la puerta en plena noche, dijo June. Se sentía atractiva, lúcida y serena.

Hace un momento todo iba bien, dijo él.

No, tienes razón, tienes toda la razón. Y ahora es el momento de irse a la cama.

Howard probó la puerta una vez más, sin mucho empeño. June pensó: Soplaré y soplaré y tu casa derribaré. Entonces oyó las pisadas en la escalera de abajo, en retirada. Buenas noches, Howard, dijo en su fuero interno. Buenas noches y adiós.

Se había ido y estaba sola.

En el bar al que se llegaba nadando había una cola de tres capas de chicas mormonas que pedían Virgen Marías, Arnold Palmers, Cenicientas y coco colado. Tampoco eran exactamente niñas —probablemente rondaban ya los treinta o los habían cumplido, y todas hablaban de sus hijos—, pero eran todas delicadas y guapas y rubias como universitarias, y llevaban biquini, algunos absurdamente pequeños, y emitían el mismo gorjeo agudo como de pájaro de las universitarias cuando van en manada. RL se sentó medio sumergido en un taburete, sintiéndose como ciento cincuenta kilos de carne medio podrida. Justo en medio de las chicas mormonas. Se lo estaba pasando bien.

Betsy estaba echada boca abajo junto a la piscina, a la sombra de unas palmeras frondosas que se agitaban al viento. Llevaba sombrero y escarpines, y de pies a cabeza iba cubierta de algodón y nailon, y ni un centímetro de su piel quedaba expuesto al sol, excepto la cara y los dedos. El resto de las manos estaba rodeado por unos guantes sin dedos de color carne que RL encontraba infinitamente repugnantes.

Betsy había acabado, en sus propias palabras, *como una cuba* mientras aterrizaba, y la noche antes había llorado hasta dormirse, y se había despertado fantasmal y fúnebre. Durante el desayuno había dado la impresión de que estaba a punto de decir algo, de que lo tenía en la punta de la lengua, pero no había dicho nada. Así pues, este viaje había sido un error. No habría manera de animarla ni de que hablara abiertamente de lo que le ocurría. RL ya estaba planeando su semana alternativa: un día beber, el siguiente pescar, y quizá una expedición de buceo.

Las chicas mormonas eran un buen decorado. RL se daba cuenta de que su estupenda piel y su escote y su ortodoncia eran para sus maridos, que por mucho que sonrieran y se carcajearan, no buscaban ningún plan. RL tampoco estaba seguro de que buscara un *plan*. Pero todas esas chicas daban la impresión de que les encantaría un buen polvo ardoroso y heterosexual de vez en cuando, unos minutos sin complicaciones en la postura del misionero, quizá un casquete en la ducha mientras el bebé se echaba la siesta... RL sentía una tremenda nostalgia de aquellos días, del amor domesticado, nada exótico, sin drama, sin peligro. Además, hacía ya tiempo de la última vez. Y parecía que aún pasaría un poco más. Era culpa suya, gordo y triste, alicaído en un taburete con la camisa mojada, una camisa de pescar con muchos, muchos bolsillos y presillas: ¿qué muchacha en su sano juicio querría follar con él?

Pero se preguntaba si eso era otro síntoma de la edad, esa sensación de que todo el mundo echaba un polvo, todos menos él. Incluso June se acostaba con alguien, estaba casi seguro. June, con sus zapatos cómodos y su peinado práctico.

Cuando volvió a mirar a Betsy, ella le miraba a él, o al menos le apuntaba con sus grandes gafas negras. El viento hacía susurrar las frondas de palmeras sobre su cabeza, alborotando la sombra, y la cola de condensación de un reactor dibujó una línea blanca en el cielo vacío. Una perfecta soledad en aquella áspera luz del sol. Las chicas mormonas charlaban sobre qué clase de ropa de cama les gustaba más y de lo malas y ásperas que eran las sábanas mexicanas.

Por entonces, ya debía de habérselo imaginado. Todo parecía un poco disperso, como si no quisiera o no pudiera adquirir un sentido. El pródigo banquete de la vida, una cornucopia de plata y mierda, naranjas y piezas de coche, una enciclopedia francesa bajo una copa dorada llena de dientes. Dispersión. Las chicas mormonas en su pequeño regazo de dinero y belleza y ni siquiera sabían que estaban en ese regazo mientras las chicas mexicanas fregaban los platos en la parte de atrás del restaurante y mujeres de todas partes morían al nacer sin quejarse. Todo eso en un momento de confusión. Él mismo había desperdiciado su vida en trivialidades a excepción de su hija. Ahora estaba allí, en un lugar del que no era, con una mujer que no conocía.

Ella lo estaba esperando.

Ella podía esperar un rato. Podía soportarlo.

Pero no esperaría.

No pienso volver a beber, dijo ella. Se la veía fría dentro del agua, cosa que no era posible, el agua estaba caliente como la sangre, y el aire pesado y caliente. En algún lugar de su interior, ella estaba fría.

RL inclinó su piña colada en dirección a ella. Al atardecer estarás bien, dijo él. A mí siempre me pasa.

Yo no soy tú, dijo Betsy. Me siento como si me fuera a caer.

A lo mejor deberías echarte una siesta.

Acompáñame a la habitación, dijo ella. ¿Te importa?

Ella poseía esta característica, RL ya lo había observado antes: cuando le hablaba todo y todos los demás desaparecían, solo existían ellos dos y el exterior era como una mancha. Su campo de energía.

Déjame acabar la copa, dijo él, echando un trago a su bebida.

No hay prisa, dijo ella, impaciente.

Las chicas mormonas se habían quedado calladas cuando ella se había acercado, y ahora volvían a su parloteo, alejándose lentamente, comentando si era seguro comer los helados de frutas que vendían en la calle. La que tenía el pelo negro y llevaba un diminuto biquini morado, la única cara interesante, se había arriesgado a tomar un pincho de gambas, y los tres días posteriores lo había pagado. Se rieron y se alejaron y se llevaron sus risas con ellas. Betsy tocó a RL a través de la tela mojada de su camisa y él sintió cómo su frío se filtraba en su interior.

Tengo que irme, dijo Betsy, y cuando él miró su carita gris, vio que le estaba diciendo toda la verdad. RL dejó su copa, dejó el sexo y el sol que había al aire libre y la ayudó a subir las escaleras recorridas por la brisa y a adentrarse en la penumbra de su habitación.

Betsy se sentó en el borde de la cama y dijo: No te vayas.

La cama todavía estaba sin hacer, había un vaso de agua en la mesilla, y una docena de frascos de píldoras.

Creo que debería habérmelo pensado mejor antes de venir, dijo ella.

No tienes de qué preocuparte, dijo RL.

Todo ese camino, todo este dinero.

No me hace falta el dinero, dijo RL. Ya te lo dije. Es algo que quería hacer. No tienes de qué preocuparte. Échate una siesta, luego iremos a nadar y nos echaremos un rato en la playa. Solo quiero que lo disfrutes.

Ni siquiera estoy ya en mi cuerpo, dijo ella. Es como si ni siquiera estuviera conectada a él.

Ya me doy cuenta.

Es como estar en el purgatorio, dijo Betsy. Es como si ya estuviera en el purgatorio.

Échate una siesta, dijo él. Te sentirás mejor.

Ya les he dicho adiós, dijo Betsy.

RL volvió a sentir el escalofrío, una brisa fría en la calurosa habitación. Se acercó a la ventana y ahí estaba el Pacífico, azul como un ojo, adentrándose en la neblina bajo unas cuantas nubes sin rumbo.

¿A quién le has dicho adiós?

A Roy, dijo ella. A Roy, Ann y Adam. La verdad es que no les he dicho nada a los niños.

¿Qué le has dicho a Roy?

Lo mismo que me dijo el oncólogo. La última ronda de quimioterapia funcionó, pero no lo suficiente. Me dijeron que debería haber eliminado el cáncer, pero no lo hizo del todo. A continuación, me dio algunos consejos para los meses que me quedaban. Una cosa sin ningún dramatismo. Y estaba realmente tranquila, me sentí orgullosa de mí misma.

Pensaba que no tenías que volver hasta después de las vacaciones, dijo RL. ¿Fue la tomografía?

Oh, dijo ella, un error.

¿Qué clase de error?

Mi idea era ir al hospital a que me dieran el alta, dijo ella. ¡Tenía una actitud mental tan positiva! Estaba segura de que iban a decirme que todo iba bien. Estaba segura. Y luego venir aquí contigo, tomar un par de copas, divertirnos. Hace tiempo que no me divierto de verdad. Sé que esto es lo que querías para mí.

Lo siento, dijo él.

No tienes que sentir nada. Intentabas hacer algo bueno y te lo agradezco.

Quería hacer algo más por ti.

Oh, dijo ella. No más de lo que hice yo.

Parecía que no había nada más que decir. RL flotaba entre la cama y la ventana, sin saber qué hacer, sin ataduras. Al otro lado de la ventana el sol deslumbraba, pero en aquel crepúsculo la cara de Betsy era una mancha. Un largo camino para una cabalgada muy corta, se dijo. El aplauso es la única paga que este vaquero va a ingresar hoy.

Ven, dijo ella, animosa. Siéntate.

Dio unos golpecitos a la cama donde estaba echada. RL se acercó con desgana. No sabía dónde estaba, dónde debía estar.

Dime qué quieres hacer, dijo ella.

Ya lo sabes.

Sí, dijo ella. Pero es demasiado tarde.

En este sueño había un bebé, pero algo raro le pasaba, no sabía exactamente si era un bebé de verdad, era como un bebé de goma que gemía si lo apretabas, pero también era un bebé de verdad, era su bebé, ella tenía que cuidarlo y Layla lo intentaba, le daba de comer y le cambiaba los pañales aunque no hubiera nada en ellos, no era más que un terso bulto de color carne como una Barbie o un Ken; y cuando apretaba al bebé contra su pecho para que no llorara, este abría la boca y sonaba una campana eléctrica, como una alarma de incendios, insistente. Era hijo de Edgar, lo supo enseguida. Era el timbre de la puerta.

Era el timbre de la puerta a las cinco de la mañana, y ahí fuera estaba June. Maleta en mano.

A la media luz de la tarde, el cuerpo de ella se veía umbroso y hermoso sobre la sábana arrugada. La habitación, húmeda y calurosa; el sol se filtraba a través de las gruesas cortinas y las ventanas abiertas. Probablemente Betsy se había dormido.

RL estaba sentado y reclinado contra los almohadones sin nada que hacer. Hubiera encendido un puro, pero la habría molestado. Además, los puros estaban en su habitación, junto con la ginebra. Y no eran ni las tres de la tarde. Desde luego, estaba de vacaciones, pero había límites. Quizá.

Betsy llevaba una camiseta sin mangas y un sujetador, nada más. Dentro del sujetador, un pecho falso y otro auténtico. RL no sabía cuál era el auténtico.

Betsy dormía, con ese sueño que era como caerse por un pozo, la respiración profunda y lenta y un tanto obstruida.

No se sentía tal como había pensado que se sentiría.

Ya no le encontraba sentido al viaje a México.

Ella estaba guapa. De verdad. Larga y delgada. La estructura ósea de sus caderas. Tenía la piel roja y áspera de trabajar al aire libre, suavizada por la luz, por el sudor perfumado que la cubría. En el sueño seguía preocupada —él se lo veía en la cara—, pero se alejaba, caía en la nada.

¿Betsy había llegado a desearlo?

Se había puesto perfume. No era habitual en ella. RL no se había dado cuenta hasta ahora, o al menos la parte frontal de su cerebro no lo había observado. En el fondo de su cerebro reptiliano, él la conocía, captaba el salvaje aroma de algo dulce y fructífero. A veces se preguntaba qué parte de su vida era suya y qué parte instinto u olor, que para él era lo mismo. Había algo en ella que él deseaba. No tenía ni que saber por qué. Y había algo en ella que él no deseaba. No lo bastante.

Pensó en los hijos de Betsy: caras en la lluvia.

Pensó en Tailandia: en lo que ella le había contado de dejar que la semilla germinara, el comienzo de algo que solo posteriormente cobra la forma. A lo mejor él había dejado entrar la enfermedad. A lo mejor se había expuesto a ella. El gusano.

A lo mejor él viviría lo suficiente como para que la cosa fuera distinta.

Elige tu veneno.

Ay, dijo él, ay. Algo de lo que te desprendes. RL sintió que caía de él sin saber qué era.

Entonces se levantó y se fue, la dejó durmiendo, solo un momento, deslizándose silencioso como un ladrón, con su cuerpo rollizo enfundado en sus pantalones cortos y su camisa de muchos bolsillos —era un hombre ridículo, lo sabía—, y cruzó el frío suelo de baldosas y salió al pasillo y entró en su habitación, donde se sirvió un vaso de ginebra con hielo y sacó un habano Romeo y Julieta. ¿Qué le pasaba? Se sentía extraño.

Salió al balcón, el océano azulísimo.

Siempre he sido un bicho raro, se dijo RL. Encendió el gran puro y contempló los niños en el agua. El aire era caluroso y sin brisa, y el agua estaba lo bastante fría como para que no hubiera razón para salir, las olas bajas y juguetonas, chillidos de sorpresa de las chicas cuando el agua las acometía por detrás, de espaldas al profundo mar azul y mirando a sus mamás... Él se sintió —¿cómo?— ligero, el oso que baila.

Vaya, el triste y solitario oso que baila. Vaya, qué solo estoy, se dijo.

Pero no se sentía solo. Se sentía bastante bien, de hecho. Extrañamente ligero y etéreo. Sin ataduras. Tenía su pasado, su historia, años atrás ella le había dejado y le había roto el corazón, había decidido quedarse en el valle en lugar de aventurarse por el ancho mundo, se habían cometido errores, se habían volado las puertas de entrada y de salida, y, sin embargo, no todo eran perros muertos y malos viajes por carretera. Él había surgido del pasado con su hermosa hija, con las mañanas de octubre y los martines pescadores y el peso y la sorpresa de un pez grande en el sedal. Y sí, puede que ella muriera pronto. La muerte los esperaba a todos. Pero aquello tampoco era una excusa para no vivir.

Se quedó sentado entre el pasado y el futuro, vivo y fumando. Habanos auténticos, se dijo RL. Tan buenos como dicen.

Gracias, Dios de la nada. Ya no era el de antes, ya no sería alguien distinto, ni tenía un millón de dólares ni ninguna cerca que reparar. Su madre seguía muerta y él nunca podría decirle cuánto la había querido, y nunca iría a las Olimpiadas y de momento no era la persona que deseaba aquellas cosas. No quería ser rico ni guapo. Incluso sabía que Layla, guapa como era, tenía su propia vida, y por una vez podía descansar tranquilo y saber que lo que le esperara estaba ahí, esperándolo.

RL tuvo la impresión de tocar algo. El río que pasaba a su lado y que él dejaba pasar. Flotaba en él.

Algo.

Creyó que solucionaría algo acostándose con ella. Ahora lo entendía. Pensó que repararía o al menos reabría algo, pero el pasado permaneció exactamente en el mismo sitio, inmutable, todos los viejos impulsos y pesares, las palabras equivocadas y los silencios inoportunos... Ahora no importaba. Ahora estaba aquí y todo iba bien. Habría un futuro, se daba cuenta, y algo ocurriría en él. Pero de momento.

Ahora estaba sentado en el balcón embaldosado, fumando un enorme puro, contemplando cómo el humo se perdía en el aire inmóvil de la tarde. El océano y el sonido del viento en las palmeras, una risa inquieta en la tarde. Ahora siempre serían

las cuatro. No era un silencio al que no estuviera acostumbrado. Ahora el tacto, un sorbo, la brisa del mar en la piel. Ahora el marinero, que vuelve a casa. Una quietud inquieta. Aquí. Ahora.

Muy bien, dijo Layla. Y ahora ¿qué?

June se la quedó mirando mientras todos sus pensamientos abandonaban su cabeza. En su interior sentía una suciedad de barro, y de repente estaba llorando, acordándose de Taylor, el seno vacío que todavía llevaba en su vientre. Lo intentaron y lo intentaron, Mira...

Layla vio las lágrimas y se acercó para consolarla, pero ella no era ningún consuelo, también lloraba.

Lo siento, dijo June. Lo siento mucho.

¿Qué es lo que sientes? No lo sientas.

Joder, joder, joder, dijo June.

Layla la abrazó sin apretarla y se rio de ella, que todavía lloraba.

Escúchate.

Joder, dijo June.

Entonces las dos se echaron a reír y las lágrimas y el moco bajaron por sus suéteres y todo fue estúpido. Pero bueno. June sintió que era bueno abrazar a Layla, allí, en la cocina. June quería ser un simple consuelo, pero era una persona complicada, no podía evitar ser ella misma, la estéril... Y ahora aquella chica, un accidente como tantos, un bebé.

¿Qué voy a hacer?, preguntó Layla. Dime.

No, dijo June. Nadie te lo va a decir.

Pero es que no sé qué hacer.

Y todos los demás lo saben, todos tienen una opinión. Yo también. Porque para mí es una elección fácil. Para ti es más difícil.

No se lo he dicho a nadie.

¿A nadie?

A nadie en absoluto. Solo a ti.

¿Ni a...?

Solo a ti.

Vaya, dijo June.

Lo sé.

June se levantó, puso la mano en la encimera, miró por la ventana, tocó una taza de café sucia, junto al fregadero. Se sentía como una actriz en escena, buscando algo

que expresara su confusión y su pesar. ¿Qué haría esa persona? Todo aspavientos y palidez. Todo Sarah Bernhardt. ¡Sálvame!

¿Qué haremos?, preguntó. ¿Qué haremos?

Vamos a desayunar, dijo Layla.

June se lo pensó un rato. No creo que eso resuelva nada, dijo.

Ni se me ha pasado por la cabeza, dijo Layla. Ni por un momento. Pero me tomaría unas tortitas.

Es verdad, dijo June.

Y unos huevos con patatas.

¿Vamos al bar de Ruby o a aquel bar de carretera?

Anda, vamos. Cojamos la camioneta, vamos al bar de Ruby, y luego conduzcamos un rato, ¿te apetece? A lo mejor podemos subir a la sierra de los bisontes, a ver algún búfalo. Beberemos y conduciremos.

Nada de hacer el tonto, dijo June.

¿Qué?

Nada de beber, dijo June. No mientras estás...

No pasa nada por tomar una.

Son las nueve y media de la mañana.

No digo ahora. Digo después. A lo mejor podemos subir hasta Hot Springs, hasta los Symes. Me iría bien animarme para variar.

Ya veremos, dijo June.

Una no me hará daño.

Ya veremos, dijo June.

Se llamaba April, estaba casi seguro, y la había conocido en aquella fiesta en Madrona: se acordaba de la casa, el club de Richie Rich, con vistas al lago Washington, un grupo de chavales de California que tenían *jacuzzi*... y de alguna manera habían acabado ahí, y ahora ya dormía el sueño de los no muertos pero sin acabar de roncar, con los ojos pintados, muy pintados, dejando una mancha en el hermoso almohadón de Daniel. Domingo por la mañana, la luz casi horizontal. Había llegado el momento de cambiar de vida.

La cosa, dijo Layla, es que supuestamente esto es una mala noticia. Sé que es un problema. Pero parte de mí, en lo más profundo, está feliz. Mi cuerpo está contento de cojones con esto. ¿Sabes?

No lo sé, dijo June.

Lo siento.

No, dijo June, no lo decía por eso.

Iban en la gran camioneta de RL, Layla al volante, cruzando la reserva por una carretera de dos carriles llena de baches y remiendos. Sobre sus cabezas había una mezcla de cielo negro invernal y azul brillante, la promesa del sol, la promesa de la nieve. Una vaca blanca y negra en un campo, un tractor oxidado, un pino solitario con su sombra perfilada en el hielo. No se veía ningún otro coche, y la única casa se hallaba en la otra punta de un campo de heno, incrustada entre unos cedros que hacían de cortavientos en la base de la colina. Ellas eran las afortunadas, las únicas que estaban allí para ver toda esa belleza.

Es raro, dijo June, la manera en que a uno le ocurre lo que le ocurre.

Layla prorrumpió en una carcajada. Dijo: ¿Qué demonios significa eso?

June emergió de sus pensamientos, un poco sorprendida de sí misma.

Lo siento, dijo. No era más que el final de una larga conversación con mi cerebro.

¿Y qué tenías que decirte?

Bueno, estaba pensando.

¿Qué?

Oh, no quería ponerte en un apuro ni nada parecido. Pero estaba hablando de ti, de lo que deberías hacer, de si debía intentar aconsejarte. No pretendo nada con ello, es solo que ¿puedo hacer algo para ayudarte?

No, si lo entiendo.

Bien, dijo June. Y entonces fue como ¿hasta qué punto mi vida consiste en perseguir algo y conseguirlo y hasta qué punto consiste simplemente en dejar que las cosas pasen?

Así que crees que debería tener el bebé.

No he dicho eso.

Así que no crees que debería tenerlo.

Tampoco he dicho eso. ¿Crees que es un bebé?

¿Qué?

Si crees que es un bebé, y no algo que tienes dentro. Un bulto.

No, sin ninguna duda es un bebé. La otra noche tuve un sueño y pude verle la cara. Últimamente he tenido unos sueños muy locos y complicados.

Bueno, dijo June. Eso ya es algo.

¿Qué clase de algo?

No lo sé.

No, dímelo.

June esperó a que acabaran de descender una larga colina en curva que desembocaba en la otra carretera que venía del valle del río, campos grises y cuervos negros bajo un cielo que de repente estaba cubierto por una nube negra. Los cuervos daban vueltas sobre la carretera. Parecía un día de esos en que todas las apuestas se han cancelado, la vida habitual se ha suspendido. June metió la mano en la nevera que llevaba detrás del asiento y sacó una lata de cerveza fría goteando y la abrió. Layla había llenado la nevera, pero no para ella.

Creo que vas a tener un bebé, dijo June, eso es lo que creo.

Yo también lo creo, dijo Layla. Una niña.

No tienes por qué tenerlo.

Pero quiero tenerlo, dijo Layla. Lo otro está bien para los demás, ¿sabes? No los estoy juzgando ni nada. Pero he estado pensando y creo que eso no me va.

Te refieres al aborto, dijo June. De repente, estaba harta de tanto fantasear, de tanta inconcreción. Vas a tener el bebé.

No sé qué voy a hacer con él, dijo Layla.

Pero lo vas a tener.

Sí, lo voy a tener, dijo Layla. Cogió la cerveza que June tenía en la mano y le dio un sorbo y comenzó a nevar, una acometida breve y furiosa. Layla puso en marcha los limpiaparabrisas y entrecerró los ojos para ver la carretera, una momentánea tormenta de nieve, la camioneta flotando en el espacio. June observaba aterrada.

Condujeron a través de la tormenta, sin salirse de la carretera. Esta y todos los campos de alrededor estaban blancos.

Layla devolvió la lata de cerveza. June la había olvidado. Layla siguió conduciendo, más despacio que antes.

No sé qué piensas de mí, dijo Layla, los dos ojos en la carretera, atentos. Ya sé que eres mi amiga y eso. Pero esto es algo que necesito hacer, ¿sabes? Sé que no tiene ningún sentido. Sé que lo otro sería lo más práctico.

Tienes razón, dijo June. Sé que tienes razón.

Yo no soy una persona práctica, no creo.

Yo tampoco, dijo June. Nadie lo es. Pero todos lo fingimos.

Que te sea leve, dijo Layla.

No me jodas, dijo June. Te tomas esto como si fuera una idea, como si fuera un sentimiento. ¿Te haces una idea de lo que te está pasando? Me siento como si viera a

un bebé caminando por la autopista, como si en cualquier momento te fueras a cruzar delante de un camión.

Layla no dijo nada, simplemente siguió conduciendo. En la siguiente área de descanso, sacó la camioneta de la carretera, puso el freno de emergencia y se quedó mirando hacia delante a través del parabrisas.

No sabía que pensaras eso, dijo.

Estaré mejor en un momento, dijo June.

No, dijo Layla. Es bueno saber lo que piensa la gente. A lo mejor deberíamos regresar.

¿No quieres ir a las fuentes termales?

Hoy no, dijo la chica. Podría perjudicar al bebé. No quiero perjudicar *al bebé*.

Va, no me jodas, dijo June.

There stands the glass^[5] se dijo RL al despertar. Todas las canciones country se hicieron realidad de repente: en México con resaca y una mujer que a lo mejor lo amaba o a lo mejor no, y una luz cegadora entrando por los ventanales. A lo mejor lo único que le faltaba era un perro.

Ella no estaba allí, de todos modos. No estaba a su lado.

¿Por qué no? Rebuscó en la memoria lo ocurrido la noche anterior, encontró solo fragmentos y retazos, una especie de discusión, o quizá tan solo era él que se sentía mal. Se preguntó si la había echado. Desde luego, parecía posible. No se sentía especialmente amable ni cariñoso, y cometía errores, sobre todo cuando había bebido. Se sentía raro con ella. A lo mejor también se había portado de manera extraña.

Una especie de absurdo épico se apoderó de él, solo en un hotel lejos de casa y sin ningún motivo.

Se acercó a la ventana y se asomó a la luz cegadora y allí estaba ella: Betsy con su falda maya y un sombrero, doblando la esquina que había junto a la piscina. Lo cierto es que podría haber sido cualquiera pero era ella, lo supo, aunque solo fuera por el bolso de punto que acarreaba, una chica que siempre parecía que se había escapado de casa. ¿Qué llevaba allí dentro? Una botella de agua, protección solar, un repelente de mosquitos, un pañuelo rojo y un libro sobre espiritualidad o vegetarianismo. Una esterilla. Una novela manuscrita.

Pero ¿adónde iba? Eran las ocho de una mañana de domingo. En cualquier caso, temprano para los gringos. Los encargados de la piscina, con sus camisas blancas y su piel oscura, fregaban el azul profundo y silencioso del fondo. Las mesas estaban puestas, con flores en el jarrón. Betsy era la única turista que se movía, un aleteo de color doblando la esquina del edificio y desapareciendo. RL supo que tenía que seguirla, aunque no sabía muy bien por qué. A toda prisa se colocó su ropa de turista, sus complicadas sandalias y sus holgados pantalones cortos, y se puso una gorra de pescador con una larga visera que le hacía parecer muy estúpido. ¿Adónde iba Betsy? O ¿adónde iba sin él? Bajó las escaleras a toda prisa, sabiendo que ya le llevaba una manzana o dos de distancia.

Una soñolienta mañana de domingo, el repiqueteo de las campanas de la iglesia del pueblo, a un kilómetro y medio de distancia. Parecían hechas de hojalata. Allí estaba el océano, sin que nadie lo usara ni lo amara, más allá de la piscina de

cemento, los azulejos y las terrazas. La había visto girar tierra adentro, y ese fue el camino que siguió, apartándose de la brisa del mar, la mañana cada vez más calurosa mientras él caminaba bajo el sol. El viento se detuvo y también el olor a mar, y el olor a basura recalentada ocupó su lugar. Al otro lado del amplio bulevar, con su hilera central de palmeras, se encontró en un barrio confuso y variado de camiones abollados y óxido y huesos de animal. Parecía un lugar en el que a lo mejor se trabajaba, pero no se sabía muy bien de qué, algún negocio sucio o desagradable. Siguió un camino rojo de arcilla que pasaba entre las aceras de cemento, con más arcilla roja del mismo tipo a cada lado, esperando algo: parecía algo a medio hacer, un trabajo abandonado a la mitad. Un poco más adelante la vio desaparecer por un camino bordeado de un seto verde brillante; vio el revolar de una falda con muchos colores y ya no estaba.

Visto de cerca, era un seto de hojas lustrosas y letal, con púas largas y afiladas en cada rama. Se hizo un corte en un brazo y le salió sangre. A RL no le importaba la sangre.

Pasada la verja había otro lugar intermedio, medio mexicano con sus casas de manipostería y cubiertas de teja, pero norteamericano por sus Chevrolet familiares y la decoración del porche. Un viejo con una camiseta blanca y un sombrero de vaquero rociaba su patio de gravilla de herbicida.

¿Por dónde ha ido?, comenzó a preguntar RL, pero el anciano negó con la cabeza y señaló hacia el final del camino con su frasco de herbicida. Siguió con su labor. Aquella conversación no iba a tener lugar. Pasado el siguiente trecho de vegetación, apareció una especie de piscina comunitaria, abandonada. El agua se veía verde y turbia a dos palmos del remate, una mancha permanente. Después venía otro camino de gravilla, este flanqueado de ladrillos y moteado de anchos y vigorosos hierbajos. Las hojas se desperdigaban por el suelo y eran de un verde oscuro y mate, como hechas de cuero y de bordes blancos y puntiagudos. Estaban vivas, solo sentían indiferencia. Había algo en esos hierbajos que le desagradaba. Comprendía al anciano del sombrero y el herbicida, el impulso de borrarlas de la faz de la tierra. Su insolente vigor.

Al final del camino de gravilla había simplemente un final; no conducía más que a conejos muertos, cactus y piezas de coche. Vio su falda a un centenar de metros más adelante, pero con franjas naranjas y amarillas. El sol era de mañana, pero él lo sentía través de la tela de su sombrero, impasible e implacable. No se había alejado demasiado del océano, pero era como si este no existiera, ni señal ni olor del mar, la tierra roja recocida formando duros montones y cosas que parecían moldes con forma de conejo, secados hasta convertirse en tubos llenos de bultos. Una casa de cemento a medio construir. Un Montecarlo sobre bloques de cemento. RL se acordó de los centros turísticos que había junto al océano, con banderas blancas ondeando, agua azul y palmeras susurrantes, y supo que todo aquello era irreal, un espectáculo para los turistas. Pero aquello tampoco parecía más real, esquelético, inacabado... como

una Disneylandia entre bastidores, en la que estuvo una vez con su pandilla del instituto, la suciedad y la grasa y la basura sin recoger, conejos de dibujos animados corriendo sudorosos con su cabeza bajo el brazo...

Estaba casi seguro de que era ella. Una mancha de movimiento a todo color.

El sol lo aplanaba todo hasta dejarlo como una foto blanca, desierto, cielo, plantas espinosas con flores en lo alto que eran como una bandera roja. Un terreno duro, blanco alcalino. Un lugar donde te podías morir. Sintió cómo abandonaban el mundo conocido, la última calle medio vacía, una lata de cerveza Tecate, montones de restos de construcción, un cortacésped abandonado. Ahí todo era sencillo, brillante y caliente. La perdió entre las ramas de creosota pero volvió a encontrar su falda llena de color. Ella no volvió la mirada. Él tampoco la llamó.

Al cabo de unos minutos, RL volvió la vista atrás y miró: nada, más de lo mismo, el desierto del sol ardiente. Se preguntó si se había perdido.

Betsy siguió caminando un par o tres de kilómetros.

Te podrías morir aquí, se dijo RL, y nadie se enteraría. A lo mejor alguien vería buitres y vendría a echar un vistazo. Ni siquiera eran las diez de la mañana y todas aquellas criaturas del desierto ya dormían en sus agujeros, en la tierra fría y profunda o en la tupida sombra bajo un lecho de rocas. Aquí, donde él no pintaba nada. En aquel asunto no había derecho que valiera.

Se dio cuenta de que hacía algunos minutos que no la veía. Betsy había desaparecido. RL se detuvo y dirigió la mirada donde la había visto por última vez, o al menos eso creía, pero no había nada. A lo mejor se equivocaba, a lo mejor había sido un poco a la derecha o a la izquierda. A lo mejor ya se había parado y él no se había dado cuenta. A lo mejor RL la había alcanzado, o quizá la había dejado atrás, la había adelantado y había girado por donde no tocaba.

Cuando volvió la vista no había nada, el desierto vacío y el sol.

Cuando barrió la totalidad del desierto con la mirada, estaba perdido. ¿Por dónde había venido? Una colina aplastada de color ratón asomaba en el horizonte, pero hasta ahora no la había visto, y no tenía ni idea de si se hallaba al norte o al sur, hacia el océano o tierra adentro. Deseó con todas sus fuerzas haber prestado un poco más de atención.

No contaba con nada que pudiera ayudarlo: ni agua, ni sombra, ni móvil.

Todo calcinado por el sol. Eso era lo que ella buscaba, ahora se daba cuenta: la proximidad y el resplandor de la muerte, la luz plana y blanca. Perderse, dejarse ir. Comprendía el agua, cómo funcionaba y cómo discurría. Aquel lugar no le decía nada. Allí estaba, con su ridícula ropa, su nailon y su poliéster, sus bolsillos y sus hebillas, y comprendía que eso poco podía ayudarlo ahora. La suerte le ayudaría. La suerte y quizá alguien que le echara una mano. Domingo por la mañana. Estaba solo bajo el sol amplificado y pensó: podría hacer esto, podría hacer lo otro. Ninguna dirección mejor que la otra.

No era él quien decidía su suerte. La conciencia de ello se derramó en su interior

como la luz, como la gracia. Ya no era él quien decidía.

Eso era lo que ella buscaba, ahora se daba cuenta.

Se topó con Betsy arrodillada en un calvero de guijarros grises. Tenía los ojos cerrados y apretaba las manos delante de la boca, de manera que respiraba su propio aliento. Dolía arrodillarse en aquel suelo. Debía de sentir las espinas de cactus, las piedras, los huesos de cabra. Debía de sufrir, cosa que, pensó, era lo que pretendía. RL dejó de moverse, no dijo nada. Sintió una especie de luz dorada que brotaba de ella, no solo el reflejo del sol, sino su propia luz, era difícil decirlo. También era difícil verla. En aquel momento, RL no estaba preocupado por su supervivencia, ni tampoco por la de ella. Lo que ocurría era otra cosa. No le hacía falta comprenderlo. A medida que sus ojos se acostumbraban a aquel vertiginoso resplandor, se dio cuenta de que detrás de sus manos en oración —estaba casi seguro—, Betsy estaba sonriendo.

Un viento seco y cálido atravesó las ramas de creosota y ocote, produciendo un ruido solitario.

Ella sonreía, RL estaba seguro. Tenía los ojos muy apretados. No era una sonrisa social, la que se dedica a los demás —no la sonrisa de cuando te fotografían—, sino una felicidad interior que no se podía borrar de la cara. Era una chica con un cucurucho de helado. Una chica con su mascota. Una chica enamorada. RL sintió en el pecho una dicha que se hacía eco de la de ella. No podía explicarlo. Tampoco lo intentó. La vio como si fuera la luz del sol.

Al cabo de un rato —posteriormente intentaría calcular cuánto, y fue incapaz de decirlo—, ella abrió los ojos, pero todo el rato había sabido que él estaba allí. No había sido una sorpresa. Ella esperaba que viniera.

Mucho mejor ahora, dijo Betsy.

Dolido, piensa Howard. Borracho y otra vez borracho y todavía no borracho.

El casino Lucky Strike, las once de un sábado por la mañana, los veintisiete televisores retransmiten en un estruendo un partido de fútbol, y Howard se acuerda de Robert Mitchum vestido con una camiseta blanca y fumando un cigarrillo sin filtro, dolido.

Eso es lo que hacen los hombres, piensa Howard. Encajan. No tiene por qué gustarte, pero has de soportarlo. Mitchum fue a la cárcel por ello. Era de los dolidos. Había intentado amarla, ¡claro que sí! Pero a ella no le gustaba su estilo. Quería convertirlo en un gilipollas. Quería que Howard quedara como el malo. Bueno, pues no pasaba nada, se dijo, había otras muchas mujeres por ahí, muchas otras a quienes echar la red. Sin embargo, aquella era estupenda. Ojalá supiera cómo es un hombre bueno. Algún día ella lo lamentaría, pero Howard ya estaría lejos. No iba a esperar a que se diera cuenta.

En el largo pasillo de la parte de atrás, mientras se encamina al baño, Howard contempla cómo brilla el sol sobre el asqueroso linóleo, y piensa en un prado en mayo, un prado en el que hay caballos y mujeres.

Partículas de polvo aisladas flotan en medio de la luz. Partículas de suciedad aisladas sobre el suelo negro.

Cierra los ojos, está de pie en el urinario, y piensa en el sol primaveral, los caballos que viven en su cuerpo de caballo, que corren para disfrutar, la balsamina de hojas agitadas y flores amarillas. El propio Howard montado en un caballo veloz, al galope por las lejanas colinas verdes. Por encima, las blancas montañas cubiertas de nieve.

Cuando abre los ojos y mira hacia abajo, hay sangre en el urinario. Vuelve a cerrar los ojos. No quiere verla. Otro capítulo.

Americano, hermoso, en el aire, el reactor de Mexicana (viejo, cansado, con una abolladura junto a la puerta del pasajero) vuela hacia el sur en medio del cielo azul y sigue la costa, y luego da un largo y prolongado giro sobre el océano, un sencillo paisaje de agua azul verdosa y tierra verdísima recorrida de carreteras de un rojo sucio, y entre el mar y la tierra una fina cinta blanca de arena... Era bueno, era hermoso, ese ímpetu, ese poder, esa billetera americana que solucionaba todos los problemas. ¿Que Betsy quiere volver a casa? No hay problema, solo hay que sacar la billetera y los problemas se derriten y desaparecen.

Distinguía las palmeras mientras describían una curva sobre el agua, pero las perdió cuando ascendieron, cada vez más pequeñas, y desaparecieron, y solo el agua que había debajo y el tremendo sol tropical reflejándose en las salas desnudas. Velocidad y poder y resplandor, la agradable presión en el asiento cuando el piloto aceleraba hacia el cielo. Estos pilotos mexicanos, RL tenía que reconocérselo: no hacían pausa al final de la pista, no aflojaban el acelerador, eran todo puro ruido y empuje. Adelante. Adelante.

Lo siento, volvió a decir Betsy.

No te preocupes, volvió a decir RL.

¿Cuándo llegaría el carrito con las bebidas? Ah, ahí estaba, avanzando por el pasillo ahora que la señal de abróchense los cinturones acababa de apagarse y la tierra todavía se concretaba a sus pies, los coches, los árboles, las casas con cubierta de teja como pequeños trenes eléctricos de juguete... Solo que, se dijo RL: esta sensación de control, de mirar la vida desde lo alto, el amo, con su actitud un tanto desdeñosa... Pidió un gin-tonic, que era gratis, cosa que le hizo pensar que a partir de ese momento solo volaría con líneas mexicanas.

Lo sabía, dijo Betsy. Lo supe enseguida.

Volvió a contarse la historia a sí misma. Cosa que a RL tampoco le importaba mucho, no había discutido con ella, no se habían herido los sentimientos de nadie, aunque a veces se preguntaba si él había estado presente o si tan solo había sido una conversación entre Betsy y Betsy.

Alas para volar, pensó RL. Había consultado Internet en el centro de negocios del vestíbulo del hotel y en su pueblo estaban a once bajo cero, los ríos helados, los pajarillos congelándose en los árboles, los ciervos bajando de la montaña para pacer

en los lechos de flores. La vida no tenía sentido para él. Una vida de comodidad y abundancia, ¿por qué no? Tenía el dinero de su padre en el banco, unos cuantos millones, que RL no había tocado, pero había ganado el suyo. El cabrón de papá, se dijo RL. Su madre llorando en la cocina. Pero ahora los dos estaban muertos, y a no ser que RL anduviera muy, muy equivocado, a ninguno de los dos les importaría. RL podía gastarse el dinero de su padre en lo que le apeteciera sin traicionar a su madre. La única vez que tocó ese dinero fue para mantener a su madre en una residencia, y ya al final, cosa que le provocaba una sensación de orgullo mezclada con cierto sentimiento no muy bueno de venganza. Cuanto mayor se hacía, más los echaba de menos. A los dos.

Tenía que ver a mis hijos, dijo Betsy. Lo supe enseguida.

Bueno, eso está bien, volvió a decir RL. Espero que tengas razón.

La tengo, dijo ella. Simplemente me desperté y pensé: Estoy bien. Estoy bien del todo. Créeme.

RL exprimió la última gota de lima dentro de la bebida y contempló las profundidades azules y heladas de la ginebra. En realidad, pensó que Betsy estaba loca. Pero eso no significaba que se equivocara.

Tú sabes cosas que yo no sé, dijo.

Tienes razón.

Espero que tengas razón, eso es todo.

Ella le cogió la mano que RL tenía sobre el apoyabrazos y se la apretó con fuerza. Tenía las manos largas y hermosas, pero tantos años de trabajo duro las habían vuelto fuertes.

Has sido bueno conmigo, dijo ella. Siempre te querré por eso. Pero tienes que creerme.

Lunes por la mañana y de nuevo está de rodillas en medio de la oscuridad con olor a incienso de la iglesia. Ella y un puñado de viejas. Que es lo que June le parecería a cualquiera que se molestara en fijarse en ella, otra historia aburrida con zapatos cómodos. Y nunca tendría hijos. June nunca sería nadie importante. La lluvia helada del invierno salpicaba los vitrales.

Layla la quería, de eso estaba casi segura. A lo mejor era eso. A lo mejor ninguna de las dos podía asumir el calor y la presión de las obligaciones fantasmas del amor. Ahora no podía pensar en Layla: sola, lo que llevaba dentro. No era solo el bebé, sino todo su otro yo, que brotaba de los escombros del antiguo... June seguía pensando que simplemente se recuperaría y seguiría adelante con su vida, tal como había hecho siempre. Era una persona valiente cuando había que serlo; eso lo sabía: era capaz de aguantar. Era capaz de sufrir. Tampoco es que eso fuera un gran talento. Preferiría saber cantar.

Y miradla ahora, sentada en la iglesia pensando en sí misma. Siempre en sí misma. Siempre la segundona.

Jesús flotaba en torno a su cabeza como una especie de nube invisible, intangible, inalcanzable. June se puso cómoda y apretó las palmas de las manos y los labios, y tensó los hombros, esa oración que rezaba, aunque era incapaz de influir en nada. Nada sólido. Solo deseos y esperanzas, historias e imágenes, el corazón sagrado y sangrante y la Virgen formaban un todo en forma de torpedo dirigido al cielo. Y June, la no nacida no virgen. *Estéril*, la llamaría la Biblia, estéril entre las mujeres. El fruto de tu vientre.

Eso no la llevaba a nada.

No tenía que trabajar hasta el día siguiente. No tenía ningún sitio especial adonde ir.

Pero aquello seguía sin llevarla a ninguna parte, la oscuridad que no le respondería, la gran nube nada comunicativa de Jesús... June estaba desasosegada, desasosegada. Tenía la impresión de que necesitaba un huérfano, algo, cualquier cosa que necesitara que lo cuidaran. Algún pajarito que no pudiera volar. Se subió la cremallera del chaquetón. Así es June a los cuarenta y nueve años: una boina polar, una peluda chaqueta de poliéster color ladrillo con un falso adorno maya, calcetines de lana y unos cómodos zapatos marrones. Todo cabe en su pequeño bolso: el móvil,

la cartera, los medicamentos que debe tomar. Todo encaja como un rompecabezas. Faltan un par de piezas.

Fuera, gris y sin tener adonde ir. Ojalá pudiera oír a Taylor volver a tocar su trombón.

De momento se aloja en el Holiday Inn del centro, hasta que encuentre dónde mudarse. Sus cosas están desperdigadas donde las dejó, en casa de Howard, en el miniguardamuebles, en el garaje de RL. A las tres tiene una cita con un asesor financiero para hablar de qué hacer con el dinero. A día de hoy, cuenta con tres millones doscientos treinta mil dólares en su cuenta corriente, cosa que no parece muy buena idea. A lo mejor debería comprar uno o dos coches. Un bonito vecindario que pudiera considerar suyo. Ella no llora, June no llora, pero si llorara, esta sería la mañana perfecta para ello.

A lo mejor irá a almorzar fuera.

De todos modos, no hay nada que le interese a este lado del río, así que mañana volverá a mirar en el centro y jugará a la rayuela en los callejones entre la llovizna. Esos barrios eran viejos y siguen siendo baratos, civilizados por la parte de delante — todo son céspedes ininterrumpidos y cuidados buzones—, pero los callejones de atrás están llenos de personalidad, canoas y Bonnevilles abandonadas, leña amontonada, curiosos perros malamut, hombres que fuman en ropa interior. La lluvia llenaba los charcos, centelleaba en los cortacéspedes y las ventanas. Los huertos del año pasado estaban abandonados y marrones en hileras apretadas, esperando que los plantaran, y en alguna parte (quizá en la manzana de al lado) había un asombroso pozo de los deseos de cemento decorado con trocitos de plato, un gallo pintado en uno de los que había formado parte de la porcelana de la abuela, un trocito de su vajilla preferida para siempre incrustado en el cemento, o hasta que la erosión la redujera a la nada...

Un perrito la miró desde la siguiente manzana. Tampoco era tan pequeño, pero sí largo y de poca estatura. No se trataba exactamente de un perro salchicha, pero era peludo y estaba alerta. Se cruzaba de lado en el callejón y sus grandes orejas como radares la apuntaban, tenía la boca un poco abierta y los ojos brillantes.

Entonces se volvió y se alejó.

Esa era la casa de Dorris MacKintyre, ¿no? June estaba casi segura de ello. Había estado allí varias veces, pero nunca había llegado por el callejón, nunca la había visto desde ese ángulo. La cortina estaba corrida. Un temblor le bajó por la nuca: quizá eso no fuera una buena noticia. Permaneció junto a la casa y levantó la vista, tal como haría si mirara por la ventana, y ahí estaban las ardillas de Dorris, parloteando y corriendo por los cables eléctricos. Hola, se dijo, hola, adiós.

De nuevo el perrito de la otra manzana. Era como si se riera de ella. El pelo sucio, las patas pequeñas, ágil, ya no estaba.

Hay que ver, Dorris, se dijo June. Una buena muerte. Rezó para que no estuviera detrás de las cortinas. June deseaba lo mejor para la gente que amaba, y amaba a todo el mundo. A lo mejor ese era el problema. A lo mejor ya se habían llevado su

corazón, a lo mejor Taylor se lo había llevado con él, y todo lo que le quedaba era ese amor general, un bonito sentimiento. Entonces se acordó de Layla, de sus idioteces y sus pasiones, sus confusiones y sus problemas, y durante ese momento June se sintió apasionadamente celosa. Lo único que quería era lo que Layla tenía, la capacidad de entregarse, de olvidarse, de morir, de arder. Ese ansia de amor.

Era un bonito pensamiento.

Ella no era así.

Ahora el perrito estaba a su lado y la miraba. No llevaba collar, y June supuso que era un macho, por su aspecto general. Era de tres colores: blanco, negro y un marrón miel realmente precioso. Tenía las patas blancas y delicadas, manchadas del barro primaveral, y una hermosa manchita blanca en la nuca. La contemplaba expectante a un metro de distancia.

Hola, dijo ella.

El perro no se movió, apenas le enseñó los dientes y se quedó mirando.

¿De quién eres, perrito?, preguntó June.

El perro la miró a los ojos con insistencia pero sin agresión ni apremio. June tuvo la impresión de que intentaba decirle algo. Se puso a caminar otra vez, pero él siguió acompañándola. Cuando ella se detenía, él también. Cuando echaba a andar, él caminaba con ella.

¿Quién eres?, volvió a preguntar, pero el perro se la quedó mirando.

Se dirigió al final del callejón y se subió a la acera, y el perrito la siguió de cerca. Al parecer, ahora tenía un perro. Al parecer ahora era propietaria de un perro. Las últimas hojas otoñales formaban un relieve medio podrido sobre la acera húmeda, y una niña lloraba a mitad de la manzana. No una niña pequeña, sino una adolescente con tatuajes y pelo negro. June la conocía. ¿Quién era?

Greta, dijo.

La chica levantó la mirada, sorprendida. La sombra de ojos en forma de anillos de mapache le goteaba por las mejillas a causa de las lágrimas y la lluvia. June corrió hacia ella pañuelo en mano, el perrito a su lado.

Estás hecha un desastre, dijo, limpiando vigorosamente la cara de la chica. ¿Qué pasa?

Q... q... q... q..., dijo la chica.

No digas nada, dijo June. Rodeó a la chica con sus brazos, en la acera, al principio pareció que la chica quería desembarazarse —como un animal salvaje, la resistencia natural—, y luego se abandonó al abrazo. A través de las vértebras de la espalda de la chica, June sentía las convulsiones de su interior, un sollozo callado e involuntario que no acababa de salir. June se abrazaba a ella como si se le fuera la vida. ¿Qué sacaba cada una de aquello? ¿De qué servía, exactamente? Pero no importaba: era algo bueno, el tacto, y con algo bueno era suficiente, fuera cual fuera la razón. Lo miraras por donde lo miraras. Miró el perrito por encima del hombro de la chica, y sus ojos castaños parecían profundos y comprensivos.

¿Qué pasa?, susurró June. ¿Qué ha pasado?

Z..., z..., z..., z..., dijo la chica.

¿Qué?

Zorra, dijo la chica. Déjame en paz, zorra.

Apartó su cuerpo del de June y regresó a su llanto, pero June no la dejó en paz. Le puso la mano en el hombro.

Déjame en paz, dijo la chica.

¿Es por tu abuelo?

Greta levantó la mirada hacia ella, desconcertada.

¿Qué sabes tú de mi abuelo?

A veces cuido de él, dijo June. Estoy en el hospital de terminales.

Ah, eres tú.

Sí.

No, no se trata de él. No es eso.

Pues ¿qué es?

Nos ponen de patitas en la calle, dijo Greta. Hubo cierto orgullo en la manera en que lo dijo, una especie de ofensa deliberada. Han cerrado el 4B's, dijo, y mi madre ha perdido su trabajo.

¿Qué vais a hacer?

No lo sé.

¿Adónde vais a ir?

Greta la miró como si la misma pregunta fuera un insulto, y quizá lo era. June se vio a sí misma a través de los ojos de la chica, una zorra rica mirándola con desdén. En esta vida la gente trabajaba. No todos tenían su suerte. Aunque June había tenido una discusión con su suerte. Un ajuste de cuentas.

¿Es solo una cuestión de dinero?, preguntó June.

Greta se encogió de hombros.

Bueno, eso es fácil, dijo June. Yo tengo dinero.

Greta la miró como si le estuviera tomando el pelo y, de repente, June se sintió totalmente desnuda. Era una buena obra —Dios sabe que tenía dinero—, pero también había algo de malo, como era malo que tuviera el poder ahora y esa chica tan solo problemas. La había mirado con desdén. June necesitaba consuelo, seguridad, y se agachó para coger el perrito y acercárselo a la barriga, el perrito que la había seguido.

Cuidado, dijo Greta.

Pero fue demasiado tarde. El perro ya le había mordido la mano, con un frenético gruñido, repentino e inesperado, y luego había retrocedido hasta el aparcamiento, donde permanecía mirándola, el pelo erizado, a la espera de que lo azotaran.

Tenían un chaval, dijo Greta. Algo le pasó. Solía perseguir a este perro con el mango de una escoba.

June bajó la mirada para ver si la mano le sangraba, pero no era más que un

mordisquito.

¿De quién era?

De quién era ¿el qué?

¿De quién era el muchacho, el perro, el mango de la escoba?

De los Frey, dijo Greta. Vivían en la esquina. Eran una pandilla de cabrones.

Acaban de mudarse, dijo June.

Y han dejado el perro, dijo Greta. Nosotros le damos de comer. Y alguien más.

¿Cómo se llama?

Spode, dijo Greta.

Spode, dijo June. Dirigió la mirada al perro, que aún esperaba que lo azotaran. No era un perro perfecto. No era su problema. Se miró el mordisco de la mano y supo que *Spode* mordería a otros: habría discusiones, amenazas, sorpresas desagradables acerca de la naturaleza de la gente que conocía. Por culpa de este perro podría perder un par de amistades, se dijo.

Ven aquí, chico, dijo.

Bueno, dijo RL.

No lo digas. No digas nada.

Vale.

Solo un momentito.

En medio del barro y la nieve que había al principio de la carretera de Betsy, el perfil de los árboles y los alisos. En un pequeño calvero. Los camiones pasaban a toda velocidad por una invisible Autopista 35, a no más de un metro, un ciervo atropellado y congelado en la cuneta. RL salió para conectar la doble tracción y poder subir la carretera resbaladiza de barro hasta su casa. Cuando hubo acabado con el lado del copiloto, se puso en pie y allí estaba ella. Enseguida se estaban besando.

Parece un sueño, dijo ella, y RL dijo: México.

Tan lejos.

Estás segura de que quieres...

Betsy se rio. Pobre Robert, dijo. No sé lo que querías, pero seguro que no era esto.

No pasa nada, dijo él.

Ya lo sé.

Esto era justo lo que había planeado, dijo él. De principio a fin.

Me ha encontrado, dijo Betsy. No podría haberlo hecho sin ti. Me ha encontrado y te encontrará a ti.

¿El qué?

La gracia, dijo ella. La había perdido, pero ahora la he encontrado.

Esa necesidad de creer, repentina y ferviente, en lo más profundo de él. Ella acertaba, tenía que acertar, tenía que curarse. RL tuvo la sensación de que a su lado había algo, algo que no podía identificar. RL se sentía *ligero*.

Te encontrará, dijo Betsy.

Tras intentarlo, fracasar, amar, joderlo todo, RL vuelve a su hogar. A su *casa*, se corrige; pero tampoco es cierto. Mientras Layla esté en ella, es un hogar. Después de eso, febrero.

Hoy empezaremos a beber temprano.

Se está poniendo en ridículo. Todo el mundo lo sabe, June y Layla, ¡públícalo en el periódico! Ellas tenían razón y él se equivocaba. En ridículo delante de todo el mundo. El equipaje que se llevó a México está detrás del asiento, y por un momento siente deseos de volver al aeropuerto y coger el siguiente vuelo a cualquier parte. De vuelta en este mundo caído, piensa. Todo lo que le espera es rancio, monótono y aburrido. Ella era su billete de huida. Ahora ella se ha fugado sin él.

En su fuero interno lo único que desea es vomitar. No sabe adónde ir, no sabe qué hacer.

RL maldice en voz alta y golpea el volante con la palma de la mano.

Se le ocurre dar media vuelta, subir la larga carretera que va a casa de Betsy. Pero no puedes rescatar a una persona de sí misma. Ella no quiere que la rescaten. Quiere estar sola con sus hijos y con ese horror de Roy. RL no lo entiende, pero el hecho de que no lo entienda no cambiará nada. Vuelve a estar solo en el mundo.

Solo: y sin plan.

RL no sabe lo que quiere, excepto que quiere una copa. ¡Y ahí está el bar Clearwater! ¡Menuda potra!

El cielo es de un gris perlado y se oscurece hacia la noche, hay una promesa de nieve en el aire espeso. A RL aún le esperan ochenta kilómetros de una carretera mala y llena de curvas hasta llegar a su casa. Solo una, se dice. Una idea que ya ha tenido antes, lo sabe. Quizá debería comprarse un perro. Una razón para vivir. Layla, se recuerda: esa razón basta. Demasiados coches en el aparcamiento para esa hora de un martes por la tarde, y el tintineo de una música que sale por el marco de la puerta le parece a RL un mal presagio.

¿Pollo y *dumplings*?^[6] dice el hombre que hay en el taburete junto a la puerta.

Solo quiero tomar una copa, dice RL.

Entre y siéntese donde quiera, dice el hombre de la puerta, un caballero de cierta edad con una dentadura postiza falsa y resplandeciente. Lo único que digo es que esta noche hay pollo y *dumplings*. Si tiene hambre, vuelva aquí y pague. ¡Cinco pavos!

¡Todo lo que pueda comer!

Muy bien, dice RL. Su pesadilla se hace realidad en oleadas, un bar lleno de viejos y viejas, todos ellos vestidos con ropas del viejo oeste de poliéster, de esas que no se desgastan, los hombres llevan broches con perla, y las mujeres bordados e incluso algún fleco esporádico. RL es el cliente más joven, al menos diez años. Todo el mundo fuma, todo el mundo bebe escocés con agua, whisky de centeno y jengibre, en la máquina de discos se oye cantar a Merle Haggard and the Strangers, puertas batientes, una máquina de discos y un taburete..., y todos ellos tienen delante un plato de pollo humeante, con una salsa dorada, unos gruesos y blancos *dumplings* y guisantes. RL esperó su turno en la barra —muchísima clientela, la camarera no da abasto— y se acordó de la cafetería de su instituto, el mismo olor a comida, aquí mezclado con cerveza derramada, desinfectante y el hedor a cigarrillos de un bar abierto.

Siente que la noche lo rodea como un sueño febril, irreal y malvado, las caras que se carcajean y la confusión del ruido del bar. En silencio, pero con una mirada cómplice, la camarera le trae Jack Daniel's con hielo, recoge su dinero y le lleva el cambio, pero cuando le entrega la calderilla, le lanza una mirada muy expresiva, como si se intercambiaran otro tipo de moneda... Las manos de la camarera son largas y delgadas, tienen las uñas delicadas y puntiagudas, hermosas a no ser por la cicatriz roja y en relieve que le cruza el dorso de la mano izquierda. La madera de la barra está surcada de profundas ranuras allí donde los viejos han frotado sus monedas, año tras año, formando profundos surcos y cicatrices en la vieja madera, pulida por los cariñosos dedos de los viejos, que beben y pierden el tiempo durante el día. RL sabe que ese es el único daño, solo las horas y los kilómetros desde México —¿era esta misma mañana? lo era, lo era—, pero algo se está colando en su interior, se infiltra, como un veneno sutil.

Entonces dos parejas comienzan a bailar, aunque tampoco es que bailen exactamente, ejecutan los movimientos de un baile, pero sin gracia, sin fluidez, como un montaje de imágenes congeladas y una expresión de gran seriedad, casi de sufrimiento, en la cara de los hombres. Pollo y *dumplings*, se dice RL, pollo y *dumplings*. Las mujeres con sus mejillas rollizas como *dumplings*, blancas. Dirigen su sonrisa a la cara pétrea de sus parejas, pero la sonrisa está solo en la superficie de su cara, no es más que una máscara de algo más profundo, algo que también está en el interior de RL: la certeza de la pérdida. Como una campana que hace sonar otra campana, ese sufrimiento que pasa de una mente al silencio que le contesta. Betsy se ha ido. No va a volver. Él está solo. *Solo*, es el eco en la cara de la esposa del ranchero vestida estilo Oeste que da vueltas por la pista de baile como un boxeador fatigado. Solo, dicen las manos de la camarera, el olor a pollo y *dumplings*, el humo que se va posando en capas en el aire caliente del bar.

RL apura la copa y se encamina a la salida.

¡Volverá!, dice el hombre de la puerta. Nadie prueba el pollo y los *dumplings* sin repetir. Todos vuelven.

La sensación de vivir un sueño no le abandona ni siquiera en el aparcamiento, ni cuando vuelve a estar en la carretera. Los faros encendidos, la tarde que se oscurece, y la sensación de haber extendido el brazo y haber atravesado con la mano algo tan insustancial como un papel mojado. Al cabo de un minuto comienza a nevar, y cada uno de los copos blancos se agita y flota a la luz de sus faros. Ahí está otra vez, dentro del torbellino. Aquí está otra vez, y ya ha desaparecido.

No podía tenerlo en el motel, dijo June.

No, dijo Layla. Entra.

De todos modos, te echaba de menos.

Mierda.

¿Qué?

Yo también.

La nieve cae lentamente sobre la calle húmeda que hay a su espalda, unos cuantos copos se le derriten en el pelo.

Mea sobre una roca plana y redonda mientras la nieve cae a su alrededor a través de los árboles negros y el Blackfoot cae por un rápido poco profundo a unos seis metros de distancia. ¿Dónde pasé las Navidades? Solo en el bosque.

Solo en su estudio, una pequeña habitación construida aprovechando un extremo del garaje —pero que es suya, toda suya—, Edgar se da cuenta de que ha comenzado el auténtico invierno, los cielos gris perla y la nieve blanca. Que venga, piensa. Que nieve sobre los aleros, que el río se congele. Barre todo este pueblo y que solo quede una mancha de puro blanco. Que se *borre*.

Se le ocurre encender la radio, pero decide que no. Se le ocurre subir a la casa y prepararse una taza de té, cosa que sería agradable. Pero Amy y la niña están echando la siesta, o al menos hace unos minutos, y no quiere despertarlas. Las cuatro. En un rincón hay una pequeña nevera con un par de botellas de cerveza, cerveza buena. Las cuatro es un poco pronto. Pero tampoco es *tan* pronto. Además, está nevando, la sensación de estar de vacaciones, un momento que se sale de lo habitual. La nieve que gira, gruesos copos que caen lentamente, una nieve de esfera de nieve...

Una cerveza, pues. La abre y contempla la obra que hay sobre su mesa de dibujo, el bosquejo a lápiz de la cara de ella. No la ha visto en un mes, pero no puede contenerse. Es un poco obsesivo, lo sabe —hurgar en la herida, en la ausencia, una y otra vez hasta que duele—, pero se ha convertido en una especie de meditación. Siempre la misma cara pero nunca la misma cara dos veces. Igual que el tiempo, las pequeñas corrientes de sentimiento que pasan por sus rasgos, un poco de felicidad, un poco de irritación, las infinitas y sutiles gradaciones de sentimiento, y todas mezcladas. Esta, quizá, es un recuerdo del viaje en ferry a la isla: feliz y excitada, la brisa del mar estimulando su sangre, pero un poco temerosa, indecisa... Era más fácil dibujarlo que expresarlo en palabras, porque las palabras hacen que todo quede separado, como si fueran cosas distintas, pero en su cara todo era un solo sentimiento complicado. La cara: donde la persona interior, el desconocido, el incognoscible, aflora un poco al mundo. Todo estaba allí, solo había que saber cómo mirar.

A lo mejor, si se queda al otro lado de la calle, puede verla por la ventana.

A lo mejor ya ha vuelto a Seattle.

Entre el móvil, los mensajes de texto, Internet y los mensajes instantáneos, es casi más difícil no estar en contacto con alguien que estarlo. Se precisa un acto de voluntad. La voluntad de Edgar solo funciona de manera intermitente. Ella ya ha desaparecido de Facebook. El último contacto, un mensaje de texto que él le envió a las tres de la mañana, *¿Dónde estás?*, y su sombría respuesta: *Estoy aquí*.

Se da cuenta de que necesita verla.

Se da cuenta de que no tiene ninguna excusa. Simplemente va. A alguna parte. Fuera. Al otro lado de la puerta. Luego ya se le ocurrirá alguna explicación para Amy, o no.

Por suerte, lleva unas botas de montaña impermeables, su uniforme de invierno, tiene su chaqueta de lana a mano y su gorro de punto. Deja la cerveza en la estantería que hay junto a la puerta y sale a la tarde lechosa, la nieve callada y quieta. Cuando llega al callejón se da media vuelta y ve que la nieve casi ha borrado sus pisadas. Borra, piensa. Que todo vuelva a ser nuevo. Que quede limpio.

Y así, cuando RL llega por fin a casa, tras el último esfuerzo desde Bonner cruzando el pueblo, una docena de accidentes en la carretera resbaladiza por la nieve y las luces intermitentes a través de la profusa nevada —emergencia, emergencia—, y luego el lento camino a través del distrito universitario donde unos dementes *hippies* ciclistas invisibles en la nieve suben la larga colina, no espera nada, y, sin embargo, se encuentra todas las ventanas iluminadas, un Prius desconocido en la entrada, ¿o es el de June? ¿Y de quién es esa otra cabeza que hay en la ventana de la sala?

Como si estuviera en un sueño, coge la maleta de detrás del asiento, donde se ha calentado por la calefacción, y huele el aroma a coco del protector solar. Todo un día. El mundo parece un lugar pequeño y absurdo, y RL no tiene sitio en él. Pero al menos está en casa, por fin en casa.

Cuando cruza la puerta la conversación se apaga bruscamente. Pero qué diantres. Es Edgar.

Bienvenido a casa, hola, dice June.

¿Cómo ha ido por México?, dice Layla.

Edgar no dice nada.

RL mira una cara tras otra como en un sueño. Todos formando un círculo sin él.

¿Qué ocurre?, pregunta RL. ¿Qué pasa?

Todos se miran entre ellos, y ninguno a él. Finalmente es June quien le dirige la mirada.

Pareces agotado, dice June.

Por favor, dice RL. ¿Se ha muerto alguien? ¿Quién se ha muerto?

No se ha muerto nadie, dice June. No ha pasado nada terrible.

Por favor, dice RL, y mira a Edgar, su empleado, por amor de Dios, tiene que decírselo, da un paso y agarra a Edgar por la pechera de la camisa y le zarandea para que se lo diga, lo que sea.

Nadie está en el hospital, dice June.

Siéntate, dice Layla. Siéntate antes de que te derrumbes.

Estoy bien.

Pareces un fantasma, dice su hija. Siéntate.

No quiere sentarse, pero lo hace de todos modos, ocupa un asiento a la mesa de la cocina. June también se sienta allí y Layla le lleva un vaso de agua, y a continuación

también se sienta. Edgar dice: La verdad es que tengo que irme.

No, dice Layla. Quédate.

La mirada medrosa de Edgar pasa de la cara de Layla a la de RL y de vuelta a la de ella, pero obedece. Ocupa un lugar a la mesa. Al igual que en el póquer, piensa RL, los cuatro en torno a una mesa. Como el póquer indio, piensa, donde todo el mundo menos tú sabe lo que tienes.

Voy a tener un hijo, dice Layla. Eso es todo.

La noticia le impacta en el cuerpo, en la barriga, en el mismo lugar donde Betsy le hizo daño. Ha fracasado. Todos los demás lo miran y RL se siente desnudo ante su mirada, desamparado. Por eso está aquí, el único sentido de su vida es cuidar de ella, protegerla. En esto ha fracasado. A ojos de todos.

Ahora las mujeres cuidan de él. Lo miran con amabilidad y preocupación. Más de lo que puede soportar.

Entonces miró a Edgar, y comprendió por qué estaba presente. Edgar no se atrevía a mirarlo a los ojos.

Vosotros dos, dijo, señalando con la cabeza a Layla, Edgar, y de nuevo a Layla.

Ya hace algún tiempo.

Todas esas bruscas revelaciones femeninas. RL ya estaba harto de ellas. Echaba de menos sus ilusiones: ser feliz, ser querido, cuidar de los suyos, incluso conocer a los suyos. Fue recorriendo las tres caras con los ojos y supo que era mentira. Una mentira que le encantaba. Una serie de mentiras.

Y tú, piensa, volviéndose hacia Edgar, que todavía no le mira a los ojos: ¿Qué me dices, Edgar?

¿Qué tienes que decir en tu defensa?, le pregunta RL.

Poca cosa.

¿Qué opina tu mujer?

Esto le ha jodido. RL se da cuenta con cierta satisfacción.

Amy no lo sabe. No creo que lo sepa.

¿Se lo vas a contar?

No sé qué voy a hacer, Robert. La verdad es que no lo sé. Creo que me voy.

Se vuelve hacia June, que es claramente quien maneja el cotarro. Le pregunta: ¿Te parece bien? Hace rato que debería haber vuelto a casa.

Bien, vete.

RL lo ve buscar la mirada de Layla, pero esta se la oculta. Le ha hecho daño, RL se da cuenta. Le ha hecho daño a su hija.

Vete, intenta decirle Layla. Vete ahora mismo. Intenta mirarlo cuando sale, pero algo fatídico permanece. ¡Edgar! Su pobre corazoncito está lleno de miedo y late con fuerza. ¡Vete!

Esta horrorosa calma. No pasa nada. Todo está a punto de pasar.

Te amo, piensa ella. A continuación susurra, no muy fuerte, como cuando rezaba:
Te amo.

Y June le pone una mano en el antebrazo para contenerlo y él se da cuenta, ella lo toca, y por un momento podría funcionar, podría contenerse, pero no lo hace.

Y Edgar, en medio de los gruesos y oscuros copos de nieve que se arremolinan a ráfagas a la luz del porche, está fuera y solo, con la sensación de haber huido. No solo de RL, sino también de las mujeres y de la imposibilidad. De él mismo, quizá. Una última mirada hacia atrás antes de echar a correr hacia casa, esa momentánea vacilación...

Y justo en ese momento se abre la puerta y sale RL, embistiendo como un rinoceronte, y en un solo movimiento se lleva a Edgar por delante y luego los dos caen y forcejean en la nieve húmeda. Algo golpea a Edgar en el estómago. Un sabor a sangre en la boca y su mente se embarulla, y las mujeres observan desde el porche y Edgar no quiere participar en eso. Se pone en pie —intenta ponerse en pie—, la nieve está resbaladiza y RL le golpea en la cara. Sangre y mocos salpican la nieve blanca y basta, piensa Edgar, ya basta.

RL retrocede para admirar el efecto de su puñetazo, sangre en la luz del porche, sangre sobre la nieve, cuando Edgar se le acerca y le lanza un golpe corto a la nuez y luego seis puñetazos a su blando barrigón. RL se derrumba como un saco de mierda. Edgar le da una patada a un lado de la cabeza y se aleja. Esto último de propina. No era su intención, pero se le ha encendido la sangre y se ha cegado.

Layla profiere un grito al ver esa patada, un grito animal, algo breve y agudo arrancado de su interior.

Basta, dice June.

Entonces todo ha acabado. La sangre cae por la pechera de su camisa y RL está inmóvil en la nieve. Edgar permanece allí, respirando. June se acerca a RL y se arrodilla a su lado en la nieve.

Está..., dice Edgar.

Lárgate, dice Layla. Vete.

Pero él vacila.

Llamaré a la policía, dice Layla. Lo haré.

Él la mira, pero Edgar está como muerto. Se da media vuelta para marcharse, vuelve la cabeza para ver, pero no hay nada para él, ni calidez, ni luz, ni curiosidad. Hay cosas de las que no te recuperas, piensa. Hay cosas que simplemente se acaban. Se adentra en la oscuridad, echa a correr porque hace demasiado frío para caminar, todavía tiene la sangre encendida, la cara manchada. El sabor a sangre en la boca.

Este final, piensa. Corre más deprisa.

Después: RL está echado en su enorme cama vacía. Debe de haber dormido un rato, pero ahora está completamente despierto. Fuera ya ha oscurecido, y un rayo de luz entra por debajo de la puerta cerrada. El viento silba en los aleros de la casa. A veces se las oye moverse en silencio por el piso de abajo, procurando no molestarlo, no despertarlo. Sus voces apagadas, sus movimientos suaves.

Fúnebre, piensa.

Este final.

Y ahora ¿qué? Lo ha visto en la cara de su hija, en la cara de June: ya no querían saber nada de él. Estaban furiosas. Él tampoco se sentía especialmente orgulloso de sí mismo, no en este momento. La tráquea le dolía y le ardía, también la barriga. Tenía un ojo morado. Un espantoso dolor de cabeza. Lo que se merecía ni más ni menos, se dijo RL. ¿Y ahora? Pero solo quedaba aguantar, un lugar vacío, una serie de días que pasar.

Layla y su bebé. Y qué sentir, además.

Una esperanza y una luz que se apaga enseguida. No lo tendrá, no podría. Al final será otra herida, otra mala experiencia, guardada en una caja para que no se propague el olor. Los últimos años de su matrimonio con Dawn. Quizá Betsy, pronto. Las cosas que comenzaron con amor y luz y esperanza y acabaron en nada, o peor que en nada. Se portó mal con Dawn, se ha portado mal con Edgar. Cenizas, óxido, un sabor a monedas en la boca. Tierra de las vías del tren que huele a petróleo. En su interior se siente como la linde de la ciudad que de pronto se transforma en depósitos de gasolina, parques de caravanas y polígonos, un páramo de frío acero. Fragmentos de cristal roto brillan en la gravilla, y sobre su cabeza los cables de electricidad que cuelgan bajos, ni siquiera un infierno, solo un lugar abandonado, descuidado. Cómo ha terminado así. Él es el único responsable. Eso no le mataría, lo sabía, era demasiado terco y estúpido para suicidarse, y tampoco bebería hasta matarse, estaba casi seguro. No lo hizo cuando todo acabó con Dawn. Pero entonces tenía a Layla, ella le cuidaba, tenía el amor de una hija para superarlo. ¿Qué le sostendría ahora?

RL se está poniendo dramático. Todavía tiene que cuidar de Layla.

No es lo mismo, de todos modos, no es el ajetreo diario de la escuela y el desayuno. Ahora ya comete sus propios errores. Y el trabajo de RL consiste en darle libertad, no en sujetarla. Y ella lo ha visto débil, lo ha visto estúpido y violento.

Siente cómo se sonroja en la oscuridad, aunque no hay nadie delante para avergonzarse. Ahora está solo en una habitación a oscuras, y avergonzado. Solo.

Solo; o eso parece.

Tarda un minuto en comprender que la puerta se ha abierto un dedo, una rendija de luz tenue pero real en la habitación a oscuras, una de ellas está allí de pie, observándolo. ¿Cuál? ¿Y por cuánto tiempo? Por un momento se dijo que a lo mejor había estado dormido, pero no. Solo inmovilizado por su autocompasión y su amargura.

Se incorpora sobre un codo para ver quién es.

June entra en el dormitorio, cierra la puerta a su espalda con un chasquido seco y flojo, se acerca a la cama y se tiende a su lado, sin tocarlo. Al otro lado de la cama, es una cama grande, *king size*. Los dos permanecen echados boca arriba, el almohadón bajo la cabeza, los ojos mirando al techo, respirando.

Desde luego, todo lo que he hecho ha sido un desastre, dice June.

RL reflexiona y dice: No más que yo.

No, dice June. No más que tú. Pero también un desastre. Todo este dinero y sin tener adonde ir.

RL se queda contemplando el techo oscuro, los dos solos, a la deriva. Es la hora de la siesta, se dice RL, acordándose de las tardes en los rincones en penumbra de su propia infancia, el sonido de los vaqueros azules girando en la secadora de abajo, el olor a planchado.

Puedes quedarte aquí, dice por fin. Todo el tiempo que quieras.

Gracias.

No, lo digo en serio, dice RL. Layla te quiere. Y Dios sabe que me iría bien un poco de ayuda.

Lo he estado pensando, dice June; y hay algo en su voz que lo sorprende, una nueva emoción o sonido, no es capaz de identificarlo.

June dice: Esto tiene que acabarse, ¿sabes? Lo he estado pensando. Es demasiado triste, demasiado confuso. No puedes seguir amontonando los días para salvar tu vida. Y yo no soy mejor. Estoy acostumbrada a considerarme mejor, pero no lo soy. Este torbellino. Tiene que detenerse.

El torbellino, piensa RL. *Atrapado en medio del vórtice de los cojones.*

RL dice: Lo sé. Pero ¿qué podemos hacer?

He estado pensando en ello, dice June. A continuación, para gran sorpresa de RL, entrelaza su mano fría y pequeña con la de él.

RL se echa a llorar. Ella no se da cuenta.

Cuidaremos el uno del otro, dice ella. Lo intentaremos.

RL se aferra a su mano mientras espera que se le pase esa flaqueza y pueda volver a hablar sin que se note la emoción. Un minuto que se alarga a tres o cuatro. Pollo y *dumplings*, dice una voz en su cabeza. Pollo y *dumplings*, pollo y *dumplings*, pollo y *dumplings*. Da vueltas y vueltas y al final se desvanece.

¿Serás capaz?, pregunta RL. ¿Serás capaz de intentarlo y conseguirlo?

Eso no lo sé, dice June.

Yo no sé hacerlo peor, dice él.

Ya hemos intentado no intentarlo, dijo ella. Hemos intentado conformarnos con lo que nos ha traído el azar. Y eso nos ha llevado hasta aquí.

Bueno, dijo RL. Supongo que lo descubriremos.

Supongo que sí.

Ella le aprieta la mano de manera sobria, comedida, algo que RL encuentra emocionante. Más de lo que esperaba. Mucho más de lo que tenía derecho a esperar. Siente que se le forma una lágrima en el pecho.

A continuación, la puerta se abre bruscamente y Layla entra, no les ve en la oscuridad, no espera encontrarlos, las manos de ambos se separan en un vuelo como alas independientes mientras los ojos de Layla se acostumbran a la oscuridad y los ve tendidos sobre la gran cama.

Me preguntaba dónde os habíais metido, dice.

RL intenta encontrar algo que decir, pero no le hace falta. Su hija cierra la puerta casi por completo, una franja de luz tenue los ilumina a los tres, a continuación se tiende entre ellos con la cabeza a los pies de la cama. Simplemente se deja caer.

Al cabo de un minuto dice: Menudo desastre he montado.

Y Layla se queda sorprendida cuando June y su padre se echan a reír, una carcajada sonora y auténtica.

¿Qué?, dice Layla. ¿Qué os divierte tanto?

Pero en ese momento ninguno de los dos puede dejar de reír para contárselo, la carcajada se alimenta a sí misma de manera malsana, como la carcajada en un funeral o un accidente, pero aun así es contagiosa, y al cabo de un minuto, después de risitas y un momento de calma, regresa la carcajada y la propia Layla se suma a ella contra su propia voluntad, contra su propia aflicción, pero se ríe, y June y RL se ríen, y *Spode*, el perrito, *Spode* los oye y con el hocico abre la puerta del dormitorio y los ve a los tres en la cama y en su corazón de perro sabe que allí es donde él también debe estar. No volverán a dejarlo fuera. Desde la puerta corre a largas zancadas y cuando llega a la cama pega un salto, y ninguno de los tres se espera ese misil en forma de bola peluda, todo dientes y ganas de jugar, y eso les vuelve a provocar otra carcajada, y pasa un rato antes de que se desvanezca.

Primavera, la vio por primera vez en la colina que queda encima del pueblo, con la forma de una azucena de glaciador, una flor que parecía una campanita amarilla, pequeña y tímida entre los hierbajos. Edgar dejó de correr para mirarla, pero cuando se detuvo el viento le cortó como un cuchillo. A través de su chaqueta de nailon sentía la inminencia de la nieve. Nubes negras, lluvia o nieve por encima de Lolo.

Aún así, primavera.

Bajó corriendo el barranco de Cherry a toda velocidad, adelantando a los que paseaban a su perro y a los que contemplaban los pájaros, asustando a una bandada de azulejos, manchitas de un color puro y brillante en la periferia de su visión, también unos cuantos petirrojos, y los omnipresentes cuervos. Lo empinado de la pendiente le hacía daño en las rodillas al correr, pero era lo que quería, un poco. Resbalando y deslizándose sobre la gravilla, contando con que la gravedad le ayudaría, adelantó a la misma observadora de pájaros de trenza gris de casi cada semana, quizá en su última primavera. La mujer daba la impresión de saber algo, como si tuviera algo que decirle, pero simplemente le sonrió de una manera cómplice cuando él la adelantó. La mujer llevaba binoculares y bastones para caminar. Ser vieja, elegante, despierta e interesarse por algo. Estar al aire libre, hiciera el tiempo que hiciera, con la parka anudada a la cintura.

Todavía no había estado en la nueva casa, pero sabía dónde estaba porque lo había mirado en Internet. La había visto desde el espacio, las tejas verdes y metálicas del tejado.

Cuando no sentía lástima de sí mismo, Edgar se decía que este era un mundo maravilloso, con gente hermosa y milagros esporádicos.

Hay que ver qué calle tan elegante. Justo al lado del río. Todo era madera roja y cercas, grandes Toyota familiares en la entrada, pequeños Mini, coches divertidos, coches para pasarlo bien. Mujeres guapas trabajando en el jardín con ropa de jardinería. Edgar no estaba acostumbrado a pensar en aquel pueblo como un lugar donde la gente tenía dinero: la gente con dinero era discreta, no hacía ostentación. En sus mansiones de troncos junto a la zona de esquí o aquí, con un bonito arroyo atravesando el patio trasero y vecinos simpáticos y discretos. Gente como nosotros, se dijo Edgar. Gente que tiene una vida fácil.

Ahora RL se había unido a ellos. Edgar ya no trabajaba en la tienda de pesca, así

que técnicamente ya no era asunto suyo, pero no obstante seguía decepcionado. ¿De dónde había salido el dinero?

La casa era bastante bonita: agradable, razonable. Casi toda era de madera marrón rojizo por fuera y no demasiado llamativa, con un par de paneles solares en el tejado y árboles alrededor. La casa de al lado era enorme y blanca, con el porche rodeado de columnas de estilo colonial, pero aparte de eso la casa de RL parecía un lugar razonable, un lugar donde alguien podría ser feliz. Una chica. No la había visto en tres meses.

Donde una chica podría ser feliz sin él.

No la había visto desde aquella noche. Ahora estaba al principio del sendero. No sabía qué esperar. No quería nada de ella. Ni siquiera quería molestarla, y sabía que su presencia la molestaría. Lo cierto es que debería marcharse, volver al río y cruzarlo, y regresar a la casa del lado sur. Él la olvidaría, igual que ella lo había olvidado.

Pero ahí había algo real, cierta traición. Eso era la felicidad misma. Se habían hecho felices el uno al otro, cuando no se hacían desgraciados, que era casi siempre. Sin embargo, era real, y él no podía marcharse. Huir.

Tampoco podía moverse. Estaba pegado a la calle como un trozo de chicle tirado.

Los pies lo llevaron hacia la puerta, contra su voluntad pero deseándolo, inseguro. La nueva casa donde ella vivía. Podía ser que RL estuviera allí, cosa que a Edgar le daba miedo, aunque creía que RL no lo sabía. Eso era peligroso y estúpido. El propio Edgar: peligroso y estúpido.

Se abrió la puerta antes de que le diera tiempo a llegar, y el perrito ladraba y daba golpes contra la puerta mosquitera.

Spode, dijo la mujer. *¡Spode!* Basta.

Buscaba a Layla, dijo Edgar.

No está aquí.

¿Estará en otro momento? Podría...

No, dijo June. Abrió la puerta mosquitera y el perrito salió corriendo hacia él, en realidad ya no era un perrito, despierto y alerta. Con sus ojillos brillantes. Quería saltar sobre la pierna de Edgar, pero mantenía cierto control.

June ponía una expresión amable. Dijo: No está aquí, Edgar.

¿Está en el pueblo?

No, dijo June. No está en el pueblo.

¿Hay alguna manera de ponerme en contacto con ella?

Creo que no, dijo June. Necesitaba pasar un tiempo fuera. Ha sido un invierno duro para ella.

Ya lo sé, dijo Edgar.

Pero él no sabía nada: lo vio en la cara de ella, en ese casi desprecio. Ella lo sabía, él no sabía nada. Ella sabía que él no sabía nada. Edgar se sintió encogerse, pero ella no había pretendido ser desagradable. Alargó la mano y le tocó un brazo.

Le diré que has venido a verla, dijo June.

Gracias, dijo Edgar. ¿Está RL...?

Está en Costa Rica, dijo June, construyendo casas para los pobres. Hábitat para la Humanidad. ¡Lo sé! No parece propio de él, ¿verdad?

No sé qué decir, dijo Edgar.

Creo que él mismo se quedó sorprendido, dijo June. Vamos, *Spode*. Entremos.

El perrito —un perrito bonito, un poco marisabidillo— le lanzó una última mirada escrutadora a Edgar para asegurarse de que no necesitaba defender la casa. A continuación dio media vuelta y volvió a entrar por la puerta mosquitera, y June le dio a Edgar un breve abrazo, dejó abierta la puerta mosquitera, y cerró. Lo único que podía hacer Edgar ahora era dar media vuelta y volver. Regresó a la calle, un viento frío soplaba del sur. Tendría suerte si no comenzaba a llover o a nevar antes de llegar a casa. Cuando pisó la calle se volvió para lanzarle un último vistazo a la casa antes de echar a correr otra vez, un vistazo a la casa con sus árboles rodeándola y sus paneles solares, y, en lo alto del tejado —antes no se había fijado—, en el punto más alto de la casa había una chimenea hecha de piedras del campo, y vio salir una solitaria columna de humo blanco. Solo eso, un solo aliento y nada más. Dio media vuelta otra vez y echó a correr. Pero durante todo el camino de vuelta le estuvo dando vueltas, lo veía en su mente: una nube blanca e informe recortándose contra el oscuro cielo de primavera, un poco de vapor, de nada, y sin embargo lo reconoció: el comienzo de algo.



KEVIN CANTY nació en 1953. En 1990 se licenció en Inglés en la Universidad de Florida y en 1993 obtuvo un máster en Escritura Creativa en la Universidad de Arizona. Actualmente es profesor de la Universidad de Montana, en Missoula, donde vive. Es autor de tres libros de relatos: *Ajenos a este mundo* (1994), *Honeymoon* (2001) y *Where the Money Went* (2009); de cuatro novelas: *Into the Great Wide Open* (1996), *Nine Below Zero* (1999), *Winslow in Love* (2005) y *Todo* (2010); y escribe regularmente artículos para *Vogue*, *Details*, *Playboy*, *The New York Times* y *The Oxford American*. Además, algunos de sus cuentos han aparecido en publicaciones como *The New Yorker*, *Esquire*, *GQ*, *Tin House* o *Story*.

Notas

[1] Es como tener el corazón rodeado de hielo. <<

[2] Porque en inglés el verbo «amar» se utiliza también para decir: «Me encanta esa película»: *I love that movie*. (N. del T.) <<

[3] *Rosco* es una palabra de argot estadounidense que significa «pistola». (N. del T.)

<<

[4] La marca de tus labios en la taza de café medio llena que te serviste y no te bebiste, te serviste y no te bebiste, te serviste y no te bebiste... (N. del T.) <<

[5] *Allí está el cristal*, título de una canción country popularizada por Webb Pierce.
(N. del T.) <<

[6] Son unas bolitas de masa hervida o frita que a veces lleva fruta dentro. (N. del T.)

<<